

Más allá de los fantasmas

Ángeles Suárez del Solar

INTRODUCCIÓN

Nací en una familia grande, como las que se usaban antes. Mi padre tenía seis hermanos, mi madre dos, y muchos primos; y nosotros fuimos seis. Como en todas las familias, había simpatías y antipatías, secretos, historias ocultas, mitos y leyendas. Fuimos educados para repetir el esquema de reproducción biológica y social: crecer, casarse, tener éxito profesional, hijos y nietos, y vivir muy felices.

Sin embargo, no fue ése nuestro caso. Toda la vida nos persiguió —y nos alcanzó— el fantasma de un padecimiento fatal llamado enfermedad de Huntington, que dio a nuestras vidas un sello particular, que nos hizo diferentes.

Siempre traté de sobreponerme a esa diferencia, de ver y desplegar las cualidades y ventajas que sin lugar a dudas he tenido a mi alcance, pero lo hice a costa de un esfuerzo tal, que acudí a la negación. En el intento de no sucumbir, llegué a simular que la enfermedad familiar no existía, aprendí a reprimir y a ocultar los hechos y emociones que se relacionaran con ese asunto.

Finalmente, la realidad me rebasó: sólo yo sigo en pie, sólo yo conservo vida y salud. Aunque en apariencia la situación es afortunada, es muy difícil de asimilar, tanto, que llegó un momento en que me abrumó la necesidad de expulsar lo más oscuro de mi corazón y de describir con toda la apertura de que soy capaz los detalles de cómo se desarrolló el proceso vida-muerte de mi bella familia. Porque hay que decirlo, era una bella familia.

Cada uno de ellos, mi madre, mi padre y mis cinco hermanos, empezando por la mayor, Beatriz, Gloria, Vicente, Arturo y Raúl, tienen un lugar único y especial para mí. Como tributo, reconocimiento y agradecimiento, he querido hacer una recapitulación de

la gama de sentimientos generados en cada momento hacia cada uno, un recorrido en el tiempo con ellos para decirles lo que no pude en vida —sin ambages, sin mistificaciones—, así como lo que he decantado después de su muerte, con el paso de los años. Si bien su existencia estuvo marcada por la enfermedad, no es el padecimiento médico lo que me propuse destacar: la relación afectiva que mantuve con cada uno, la evolución de esas relaciones y la manera en que viví las pérdidas, son el principal motivo de este texto.

Con este escrito me estoy despidiendo de mis muertos. Me despido no por primera vez, pero sí en otro plano: confirmo que ya no están, que me he quedado aquí por alguna razón que seguiré tratando de descubrir, y reconozco que nos encontramos en distintos mundos; de vez en cuando me recuerdan que están conmigo, como lo demuestran algunos sueños.

Concluyo que aun cuando no están, sí están, pero ya no como un peso, sino como una ayuda. No sólo eso, siento que me cuidan, que están pendientes de mí, observando mi proceso de crecimiento, protegiéndome, como si fueran mis ángeles guardianes.

Les digo a todos: hasta pronto. Hasta pronto Arturín, Yoyita, Rau-lín, Vicente, don Arturo, mamá y Beatriz.

Hemos sido compañeros de viaje, vinculados de una manera compleja y entrañable, tan imbricada y estrecha que seguramente tendremos que seguir desenmarañando la madeja en vidas futuras, en otras dimensiones. Estoy segura de que nuestros lazos son extraordinariamente fuertes, precisamente porque su principal ingrediente es el amor solidario, el elemento por el cual hemos vivido y habremos de vivir.

GLORIA ALICIA

Vivíamos en la cerrada de San Borja, en la colonia Del Valle; era una casa con jardín, tanto al frente como atrás. Te veo bella y elegante, de piel muy blanca, cabello y ojos castaño claro, vistiéndote en la recámara, con un discreto traje sastre color gris, cuidando el peinado y el maquillaje: pintándote los labios de rojo subido.

Observaba cuidadosamente cada uno de tus movimientos: primero te colocabas la faja, luego el fondo completo de nylon y después la falda recta; finalmente te abrochabas el saco... Me urgía ser grande para hacer lo mismo, aunque, te confies, jamás he podido sentirme a gusto con los labios pintados, por más que lo he intentado.

Retengo imágenes sueltas, escenas aisladas: cuando amamantabas a Arturo, el quinto hijo, después de Beatriz, de Gloria, de mí y de Vicente. Me parecía misterioso que tuvieras medio escondido a un hermanito mío, pues costaba trabajo verlo entre tantas capas de tela que lo cubrían; misterioso también que no me permitieran entrar a la habitación cuando le estabas dando de comer. En otra escena, le enseñabas los primeros pasos a Vicente, entonces de dos años, quien tambaleante hacía pruebas entre tus brazos y los míos.

Poco después de llegar del kínder —el Carlos Grossman, ¿o el Alfonso Pruneda?—, adonde me iba a recoger alguna de las muchachas de servicio, tú regresabas de la gimnasia. Me saludabas con dulzura y te dedicabas a tus asuntos mientras llegaban mis hermanas del Sagrado Corazón en el camión de la escuela, para comer todas juntas. Me fascinaba tu traje especial de gimnasia, de dos piezas: short y top de lana color azul cobalto. No podía imaginarte metida en ese traje y menos haciendo gimnasia, pero la idea despertaba en mí un embeleso extraordinario.

Me sentía el centro del universo cuando elogiabas mi pelo negro y ondulado, me fijabas los vaivenes de las ondas con jitomate y me

enseñabas a peinarme con las manos, no con peine, para cultivar el movimiento y naturalidad del cabello infantil. Tu presencia me seducía y me provocaba un intenso deseo de imitarte.

De la colonia Del Valle nos fuimos a Acayucan, Veracruz, donde habitamos una casa de construcción pueblerina, de un solo piso. La cocina estaba un poco separada, con paredes de celosía que daban a la huerta. Había un gallinero grande con una escalera de palo, más ancha que alta, recargada contra uno de los muros; ahí se colocaban las gallinas para dormir. La huerta era bastante grande: había algunas palmeras, árboles de naranjo, plantas de cacao, de café y muchas otras. El cacao nos pareció algo extraordinario, pues conocíamos el chocolate pero no sabíamos de dónde venía. Era un fruto grande, como papaya, de cáscara dura y color verde pálido, que al abrir mostraba una pulposidad blanca y muchas semillas grandes, envueltas también en pulpa blanca, cuyo sabor era agradable.

Entonces todavía tomaba leche en biberón, a pesar de tus burlas y las de las muchachas. Iba a una escuela de monjas con mis hermanas y cada vez que podía me escapaba al salón de Gloria. Yo quería estar siempre con ella, con las “niñas grandes” —un año mayores que yo—, que se atrevían a jugar dentro del salón de clase. Así me hice una de las dos cicatrices que tengo en la barbilla, por subirme a un pupitre y de ahí brincar al piso, como lo hacían las demás; caí mal y fui a dar contra el suelo directamente con la barbilla.

Esa etapa fue breve. Tú estabas presente, pero no siempre cercana. Me llenaba de asombro y de admiración ver que cortabas flores de azahar del huerto y las colocabas junto con las sábanas y la ropa limpia, dentro de los cajones, para perfumarlas. Me parecía un acto de profunda sabiduría, casi de magia, el mezclar acertadamente cosas de naturaleza distinta, pues yo estaba aprendiendo el orden de las cosas: lo de comer con lo de comer, lo del baño en el baño, lo de la huerta, afuera. Además, percibía aquello como algo que sólo podía provenir de una persona extremadamente fina y delicada.

También te imaginaba como alguien “de adentro”, pues no salías, pasabas gran parte del tiempo en tu recámara. Sin embargo, un buen día apareció en la sala una foto donde tú y mi padre se veían bailando en una fiesta. Nos contaron que la noche anterior habían asistido a un baile, en el que había adornos de frutas con banderitas de papel de china picado, como los que llevaron a casa y nos mostraron; en esa fiesta resultaron los ganadores de un concurso de baile. Me llené de orgullo y de envidia. La siguiente ocasión quería ir con ustedes a la fiesta, escuchar la música y atreverme a bailar, lo cual me atraía sobremanera y temía al mismo tiempo, pues era cosa de grandes y a mí me faltaba la estatura y el saber cómo hacerlo. Crecía en mí ese sentimiento de fascinación por tu mundo, el mundo de los sentidos.

Fue entonces cuando conocí los límites: tú me los marcaste. Me hice amiga de un vecino de doce años, Ángel, de familia con menores recursos que la nuestra: su olor me trastornaba, todavía lo puedo reproducir en mi memoria. Un día platicábamos no sé de qué, sentados en la escalera de las gallinas —él estaba sin camisa—, su olor era más fuerte que nunca, y me recosté sobre su hombro perdidamente llevada por la atracción. Al día siguiente, Ángel me habló de cómo los animales “se picaban” y me explicó que los hombres y las mujeres también lo hacían, incluso mis padres. Yo no terminaba de entender a qué se refería, pero quería saber más. Me ofreció enseñarme cómo —en ese momento estábamos en la huerta—, pero yo tendría que quitarme los calzones, lo que me pareció raro. La curiosidad me ganó y empecé a quitármelos. Repentinamente cayó del cielo un agudo grito tuyo —nunca te había escuchado gritar— ordenándome que de inmediato me subiera los calzones y me metiera a la casa. Sorprendida y asustada, un poco sin comprender, te obedecí. Por la noche mi padre me llamó solemnemente para reconvenirme: nunca debía quitarme los calzones, únicamente para ir al baño. Si lo volvía a hacer, él tendría que ponerme unos calzones de fiero con llave. Entendí el significado del asunto muchos años después; en ese momento sólo supe que

ese tipo de experimentos estaba prohibido.

Al poco tiempo regresamos a la ciudad de México; nos instalamos en la calle de Atlixco, en la Condesa. En esa casa de dos pisos, cuya entrada era por el garage, ya no vivieron ni Beatriz —que por razones por mí desconocidas se cambió a casa de la abuela Eglantina— ni Arturo, entonces de poco más de un año, a quien también por razones desconocidas lo mandaron a vivir con la tía Nena a Cuernavaca. Mi padre salía a trabajar todo el día, tú dormías la mayor parte del tiempo, y las muchachas nos pedían con frecuencia que no hiciéramos ruido porque te dolía la cabeza. Confirmé una realidad: estabas presente, pero ausente.

Aprendí a fumar a mis cinco años, tú y mi padre fumaban profusamente. Cuando alguna vez salían y nos dejaban con las muchachas, Gloria y yo les exigíamos que trajeran los cigarros de mi padre —Delicados sin filtro— y nos poníamos a fumar con las nanas, mientras escuchábamos la radionovela *Ángeles de la calle*, en boga en ese entonces, y que me hacía sentir muy importante, pues en el título del programa se mencionaba mi nombre.

Eras una madre juguetona, enamorada de su primer hijo varón —Vicente—, el pequeñín a quien enseñabas a boxear en la cama matrimonial. También eras una madre cariñosa que nos recibía en su lecho las mañanas de domingo, junto con mi padre, para acurrucarnos, retozar y escuchar la lectura de las tiras cómicas dominicales del *Excélsior*, donde aparecían el guapísimo Príncipe Valiente y su no menos bella esposa, Aleta, o “*Aventuras de dos pilluelos*”, con la gruesa madre, doña Catana —pegalona, con su eterno rodillo en la mano, pero finalmente acogedora y consentidora— y con su tía, la señorita Secante, solterona, flaca, alta, rígida y de chongo. También en ese diario dominical aparecían Don Pancho y Ramona, con sus eternos problemas domésticos: él desordenando el mundo hogareño y ella en la constante labor de mantener la limpieza, el orden y las formas. ¿Te acuerdas, mamá?

A mi olfato llega el olor de las empanadas de mermelada de fre-

-sa que mi memoria gastronómica conserva como uno de los más exquisitos manjares de mi infancia. Después constaté que este gusto sensorial tuyo fue usado en tu contra como prueba de que nutrías mal a tu hijos. Alguna de las Martínez Parente me preguntó con cierto tono de desafío qué era lo que comíamos, y yo, recurriendo a lo que me parecía lo mejor, mencioné las empanadas; sólo obtuve un comentario desfavorable, algo así como “¿Ya ven?, pobres niños, sólo los alimentaban con mermelada”. Me di cuenta de la trampa y de que aboné en tu descrédito. Sentí mucha rabia e impotencia para defenderte porque juzgaban el todo por una parte... sentí también una gran culpa.

En algún momento me di cuenta de un desacuerdo entre tú y mi padre. Era costumbre-ley que los domingos comiéramos en casa de la abuela. Asistían todos los hermanos de mi padre, con sus cónyuges e hijos. Un día mi padre te apresuraba para que terminaras de arreglarte y nos fuéramos, pero tú te tardabas y te tardabas, hasta que, después de mucha presión de su parte, le dijiste que no querías ir, que preferías quedarte en casa. Mi padre se enojó y argumentó de mil formas por qué debías ir. Tú defendiste también de mil maneras por qué no era tan necesario hacerlo. Yo creía que podías quedarte sin que hubiera mayores consecuencias, pero la furia de mi padre era enorme, desconocida para mí. Terminaste por acceder y llegó la “familia feliz” a Tacubaya, como si nada hubiera pasado. Por vez primera me percaté de que las apariencias ocultaban verdaderas tormentas. Noté también que la tía Chata, la madre de mis queridas primas, compartía tu punto de vista: ella también asistía, pero con una actitud de fuerza, fumando y fumando, con mirada segura, haciendo gala de su libertad e independencia.

Descubrí una madre furibunda, rabiosa, explosiva; te descubrí cuando defendías tu derecho a recoger a tu segundo hijo varón —Arturo— de manos de tu cuñada, la tía Nena. Fue el segundo y último pleito que presencié entre tú y mi padre. Memorable.

Según supe después, enviaron a Arturo con la tía Nena, desde

Acayucan, porque tuvo una infección intestinal y consideraron que no habías sido capaz de cuidar la higiene en su alimentación. Cuando el chico mejorara, regresaría a vivir con nosotros, pero mi padre consideró poco pertinente que tú lo acompañaras a recogerlo. Quizá preveía alguna escena violenta, pues ya estaban “caldeados los ánimos” porque la abuela había confiscado a Beatriz.

Estaba mi padre por subir a la camioneta e ir por Arturo, cuando lo alcanzaste para acompañarlo; él te dijo que no era prudente, tú insististe, él replicó, y así se sucedieron argumentos y contraargumentos, subiendo cada vez más de tono, hasta llegar a los gritos y los aspavientos. La discusión continuaba, la tensión aumentaba y yo, oscilando entre la camioneta y la puerta de la casa, observaba azorada: no podía tomar partido, sentía que ambos tenían la razón, me asustaba la violencia y quería intervenir, pero no sabía cómo. En algún momento me senté en la palanca que tenía el seguro de la puerta del garage y me detuve con mis manos en el marco. Cuando al fin te diste por vencida, azotaste esa puerta con todas tus fuerzas. Grité de dolor: ¡ocho de mis deditos habían quedado prensados!, pues los pulgares presionaban el lado opuesto de la puerta. Ese día Arturo no fue recuperado.

Fuiste, asimismo, una madre conspiradora, capaz de fraguar un plan en absoluto secreto. Un día te acompañé a un convento, cerca de la casa, convencida de que solamente iríamos de visita. Entramos: era una casa antigua con portón de madera, adentro había un pequeño patio, y cerca de la puerta de la calle, otra que daba acceso a un salón, al que nos introdujimos, y cuyas paredes estaban repletas de imágenes de santos. Yo no conocía el convento ni a ninguna de las monjas, la visita era para mí toda una novedad. Después de un momento de espera, entró una religiosa y te entregó un palo envuelto en papel periódico. Mientras caminábamos de regreso a casa te pregunté para qué era ese palo, y tú sencillamente contestaste:

—Para matar a las ratas.

Todo el asunto me pareció muy extraño. Normalmente no fre-

cuentabas monjas ni había ratas en la casa.

Después supe —no sé si por frases sueltas atrapadas entre cuchicheos de los adultos, o porque años más tarde alguien me lo contó— que habías ido a la casa de la abuela, en Tacubaya, y que como siempre que lo hacías la muchacha no te dejaba pasar por órdenes de la dueña, empujaste la puerta y exigiste a la abuela que te devolviera a Beatriz. Como se negara, le diste un buen golpe en la cabeza, ¡con un palo envuelto en papel periódico! Por desgracia, ese arranque de valentía, rebeldía y dignidad supremas, significó tu descalificación total como persona y tu confinamiento permanente en un hospital psiquiátrico.

Ése, madre, fue el gran cambio en mi vida. El primero de muchos otros, pero finalmente el que repercutió en mí de manera definitiva y profunda, el que me determinó hasta estos días en que te escribo.

A los cinco años adiviné, y luego supe por mi padre, que habíamos tenido otro hermano, pero que había nacido con dificultad —y por eso tenía que permanecer en una incubadora en el hospital—, y que tú también estabas enferma y por ello te quedarías en otro. Mi memoria guarda débilmente este suceso. No sé con exactitud cómo nos lo explicaron, pero sí me quedó claro que ya no viviríamos contigo. Tampoco con nuestro padre, porque él tendría que trabajar fuera de la ciudad a partir de ese momento. Nos hablaron de unas “señoritas muy buenas que se dedican a cuidar niños” —las Martínez Parente—, que ya estaban a cargo de nuestro hermano menor —Raúl— y con quienes también iríamos a vivir los demás. Nos separaríamos de madre y de padre y tendríamos que adaptarnos a una casa y a unas personas desconocidas.

Sentirme sin un lugar que pudiera considerar propio, sin el cobijo afectivo de ustedes, desprotegida, librada a mis propias fuerzas, frágil, indefensa, abandonada, sin entender completamente lo que pasaba, a pesar de las explicaciones de nuestro padre, me produjo un dolor tan intenso que lo palpaba en mi pecho con toda claridad; también sentía una gran impotencia —pues quería hacer algo para

evitar ese desmembramiento— y una rabia infinita que nunca supe contra quién dirigir. No sé cuánto tiempo pasó entre el golpe que le propinaste a la abuela y nuestra llegada con las Martínez Parente. Pudo haber sido cosa de unos cuantos días o quizá de uno o dos meses. No tengo idea y no hay quien me lo diga, pues quienes lo supieron prefirieron ocultarlo, y quienes hubieran querido decirlo, no se enteraron de primera mano.

Una informante privilegiada sería la tía Anita, tu media hermana, pero ella contaba la misma historia en versiones diferentes cada vez que le preguntábamos, así que aprendí a tomar su información con todas las reservas del caso. Además, nuestro padre se encargaba de desprestigiarla, pues decía que ella no sabía nada y que inventaba un poco. Una de las versiones fue que inmediatamente después del “palo para las ratas”, todos estuvieron de acuerdo en que tú estabas loca y llamaron tu hermano Raúl para comunicarle los hechos y quizá para obtener algún aval moral para internarte. Supongo que el tío accedió; tal vez no sabía qué otra alternativa proponer.

Tampoco sé cuánto tiempo pasó entre esta violenta dispersión de la familia y la primera visita que te hicimos en el hospital. Sé que cuando se quitó la casa de Atlixco yo tenía cinco años, y creo que tenía ocho cuando volvimos a verte en tu nuevo domicilio. ¿Qué pasó en esos tres años? Cuando tengo que hacer precisiones de este tipo me angustio mucho, mamá, es como si algún profesor me pidiera la tarea en público y no pudiera contestar; me siento en falta, como si tuviera la obligación de saber todo, minuto a minuto. Mi memoria ha borrado no sólo hechos, sino periodos completos relativos a los asuntos que me hacen temblar por dentro.

Sí, madre: me olvidé de ti por un tiempo, estaba ocupada adaptándome a las nuevas normas de las Martínez Parente y también a las de la casa de la abuela, donde tú sabes que Gloria y yo también pasamos temporadas, junto con Beatriz, que ya pertenecía a aquel coto. Yo descubría entonces el gozo de las clases de baile, la responsabilidad de cuidar a los hermanos menores y las “mieles” de la dis-

crimación por ser morena, en casa de la abuela; y por advenediza, con las damas cuidadoras.

Cuando nuestro padre venía a la ciudad, sólo Gloria y yo íbamos a verte. Por razones que conocí más de veinte años después, Beatriz no asistía a esas visitas; los niños eran muy pequeños.

Yo te visitaba con mucho gusto. Quería estar contigo, verte más seguido, platicar y jugar contigo, abrazarte y que me abrazaras, admirarte, contemplar tu hermoso cutis blanco, “de porcelana”; sentirte, aunque tocara tu esqueleto en cada abrazo, pues adelgazabas a ojos vistas.

En una de las caminatas callejeras obligadas por las Martínez Parente, descubrí que el hospital donde estabas quedaba a pocas cuadras de donde vivíamos. Nosotros en la Cerrada de Perpetua, en la San José Insurgentes, y tú en el hospital del doctor De la Fuente, en la esquina de Río Mixcoac y Avenida Universidad. Yo promovía cada vez que era posible que pasáramos por ahí, y se me antojaba tocar a la puerta y pedir verte, pero sabía que no dejarían entrar a un grupo de niños sin algún adulto con autoridad para solicitar la visita. Hubiera querido pasar más tiempo contigo, mamá, acompañarte en tus desamparos. Te sentía muy sola y muy triste, y yo también me sentía muy sola... y muy triste.

Al principio tenías una habitación al fondo del “jardín”: un espacio con maleza, totalmente descuidado y con un “estanque” que no era más que una primitiva y sucia pileta con pececitos color naranja, con los que nos querían convencer de lo bonito que era el lugar. Entonces aprendí a simular. Todos simulaban que estabas en un lugar seguro y agradable, yo simulaba que me entusiasmaban los famosos peces para hacerte sentir bien, y tú seguramente simulabas que aceptabas vivir ahí; todos éramos conscientes de que estábamos simulando, de que el medio era deplorable y la situación más que deprimente. Yo me daba cuenta de todo esto y no podía hacer nada, sólo lloraba por dentro. No recuerdo haber llorado abiertamente en ninguna de nuestras visitas, ni antes ni después, en ningún lugar: me sentía

permanentemente vigilada, no había ni un resquicio de privacidad, pero además, yo tenía que ser fuerte, si no ¿cómo iba a transmitirte algún consuelo y a cuidar de mis hermanos?

No puedo olvidar la impresión que me produjo ver a una persona mayor reaccionar con sinceridad frente a las condiciones de tu reclusión. Cuando fuimos a verte con una amiga tuya, Ángeles Buenfil —por quien recibí mi nombre—, ella no resistió ni diez minutos: se le llenaron los ojos de lágrimas y salió corriendo del hospital.

En otra temporada, aún no sé por qué razón, fuiste a vivir con nosotros en casa de las Martínez Parente, entre mis nueve y mis once años. Para mí fue una gran experiencia, una gran satisfacción: podía verte todos los días, platicar contigo, abrazarte, cuidarte. Ahí viví momentos intensos contigo, momentos únicos e inolvidables.

Sin embargo, la enfermedad ya estaba avanzada: tu caminar era irregular, llamabas la atención, la gente no sabía qué ocurría contigo y te miraba con curiosidad. Yo desafiaba con furia esas miradas, en la calle, en la iglesia, en mi escuela. Las devolvía aumentadas en gran escala, hasta que lograba que la gente se avergonzara y terminara por voltear para otro lado. Me hacía feliz estar contigo, pero me echaba a cuestras la responsabilidad de protegerte.

A ti te hacía ilusión ir por nosotros a la escuela, esperarnos a la salida. No faltaba la torpe monja o la indiscreta condiscípula que, sin el menor tacto y con un dejo de curiosidad malsana y hasta con actitud burlona, preguntaran: “¿Quién es la señora que vino por ustedes el día de ayer?” Yo creía que respondiendo con seguridad y aplomo evitaría las sonrisas simuladas y el largo cuestionamiento: “Mi mamá”. Sin embargo, de ahí derivaba inevitablemente una serie de preguntas que no quería contestar; no quería ser considerada diferente a las demás, me contrariaba mucho saber que la explicación de mis circunstancias provocaba aún más interrogantes y aún más curiosidad, y que irremediabilmente vería dibujarse en los rostros inquisidores un gesto de rechazo y, peor aún, de lástima, de incomprensión. Eso era lo que me pasaba; no quería que te hirieran

ni siquiera con la mirada, con sonrisas mal disimuladas, con actitudes de rechazo. Sufría mucho por ti, me preocupaba verte expuesta a recibir cualquier tipo de desconfianza, por sutil que fue a.

Pero no todo era tormento, había momentos de alegría: compartimos el entusiasmo porque asistirías a la ceremonia de fin de año, cuando yo terminaba el quinto grado de primaria. Te acicalaste con cuidado —presumida como siempre—, fuiste al salón de belleza para que te peinaran y te maquillaran. Me di cuenta de que el maquillaje fue exagerado y mal hecho, quizás a consecuencia de que no controlabas tus movimientos, y la empleada no pudo delinear los toques finos en esas circunstancias. Pero me sentí muy complacida y orgullosa con tu presencia; era la primera vez que mi madre me vería actuar en un acto tan importante para mí.

En ese festival escolar bailé la Rapsodia húngara número dos, de Franz Liszt, en la que ejecutaba los pasajes de mayor dinamismo: era la que brincaba más, la que representaba varios papeles, la que desplegaba mayor habilidad física —ejecutando como solista “la rueda de molino” o “las manecillas del reloj”—, o formaba parte del pequeño trío que pasaba por el frente o por detrás del grupo principal, una y otra vez a lo largo de la obra. Todavía ahora, cada vez que escucho esa pieza, varios resortes internos se activan en mí y poco me falta para saltar a un escenario ficticio y volver a realizar las piruetas que entonces ejecuté frenéticamente, bajo el influjo de tu mirada que me observaba, de tu presencia en la sala del antiguo cine Alameda, de saber que disfrutabas conmigo, o a través de mí, de ese despliegue de dominio sobre el cuerpo que a ti ya te faltaba. Era como si yo lo quisiera realizar por ti, como si deseara conjurar desafortunadamente un destino previsible.

Por otro lado, en la casa de las Martínez Parente disfrutaba mucho de tu compañía. Iba a tu recámara siempre que podía, me gustaba dormir la siesta contigo, hacerte mandados, como comprarte cigarrillos —a veces Faritos, cuando me pedías que comprara los más baratos, pues la patria estaba pobre, aunque después me corregías

aclarándome que la patria no estaba tan pobre como para comprar esos cigarros— y pastillas de menta, que consumías en grandes cantidades. No tolerabas demasiada cercanía física; cuando me re-costaba en tu pecho me decías que pusiera mi cabeza en la almohada porque tu corazón no aguantaba ese peso; desencantada, tenía que retirarme un poco.

En alguno de esos momentos de convivencia cercana, no sé si para responder a alguna pregunta mía, o más bien por considerar que a los once años de edad ya era tiempo de enseñarme ciertas cosas, me explicaste, no sin dificultad —debido a tu formación católica conservadora—, cómo nacían los niños, y leímos juntas algunos párrafos alusivos en un libro religioso. Me di cuenta de que estabas queriendo cumplir con tu deber de madre y lo aprecié mucho; más que reaccionar ante la novedad de la información, me conmovió tu sentido de responsabilidad y de afecto para conmigo. Para entonces yo ya estaba enterada de qué se trataba el embarazo y también me daba cuenta, por otro lado, de tu debilitamiento, lo que me hizo darle mayor importancia a tu intención y a tu ternura. En esa ocasión pude sentirte realmente mi madre, a pesar de las circunstancias.

En otro de esos momentos de confidencias, me contaste que habías recibido una herencia, no sé de quién, y que con ese dinero mi padre y tú habían puesto un molino de nixtamal, con el que habrían de obtener muchas ganancias, pero que debido a su impericia, todo se había perdido. Considerabas que él te debía ese dinero.

Al mismo tiempo, me confesaste que estabas harta de vivir en casa de otras personas: querías divorciarte y adquirir una casa donde vivir con todos tus hijos; me dijiste que le habías pedido una suma importante de dinero a mi padre para comprar ropa, pero que con ese dinero querías comprar un billete de lotería a fin de obtener el premio y lograr tus propósitos, y me pediste que comprara ese billete. Fui consciente de la falta de proporción entre tu deseo y la posibilidad de realizarlo, pero entre que quise adoptar tu fantasía y alimentar tu ilusión, me sumé a tu plan, pues yo también lo desea-

ba, aunque lo del divorcio no me terminaba de gustar. No dije una palabra a nadie y compré el billete.

Resultado: desastroso. Cuando “la gente cuerda” preguntó por la ropa que habrías de comprar, se supo todo y, lo peor, fue que ¡no nos sacamos la lotería! El hecho se juzgó como una locura y abonó en el desprestigio de tu integridad como persona, ¡me dolió tanto...! Estaba segura de que hice bien en apoyarte, pero me dio mucha rabia saber que yo había contribuido a tu descrédito.

A favor de ese descrédito se abonó también una violenta y terrible situación. Un domingo, como era habitual, varios de los niños de la guardería iríamos a Tequesquitengo con Mamá Querida y con el Pato, un sobrino de las Martínez Parente que también vivía en esa casa y quien nos llevaba en su camioneta. Al Pato se le ocurrió invitarte y tú, como niña ilusionada, aceptaste y buscaste inmediatamente la ropa que usarías y lo demás que habrías de llevar. Me encantó la idea de que nos acompañaras, por primera vez ese viaje sería placentero para mí. Antes lo había sentido como una obligación y como una tortura. Invariablemente me dolía la cabeza de manera insoportable por tener que respirar, durante el largo camino, el humo de gasolina quemada que salía por el escape y se metía a la camioneta. Además, me quedaba con hambre porque sólo comíamos las tortas que se llevaban desde la casa; era forzoso nadar, pero el agua del lago estaba congelada y, lo peor, era que había maleza acuática que me hacía temer a cada momento quedar enredada y no poder salir jamás.

No pasaron ni diez minutos, seguramente el tiempo que duró el conciliábulo entre las “cabezas”, cuando alguna de éstas vino a comunicarte que no, que no era posible que viajaras con nosotros. Te enfureciste, gritaste, manoteaste, y yo contigo: me indigné, me pareció el acto de mayor crueldad jamás ejercido contra una persona desvalida. Me di cuenta de cómo se imponía un poder absurdo, insensible e incomprensivo sobre una persona que sólo pedía afecto y compañía, y estar con sus hijos. Decidí que entonces yo no

iría, que me quedaría contigo. Pero ese poder implacable quebrantó mi voluntad: a jalones y empujones me obligó a participar del “sano esparcimiento dominical”. Algo muy profundo se rompió en mí con ese suceso; tengo noción de sus secuelas en la formación de mi personalidad, pero me es difícil precisarlas. Fue el impacto del abuso de poder, de la injusticia disfrazada de sensatez; la sensación de invalidez, de impotencia, de rabia desenfrenada, pero finalmente sometida.

Si mi memoria no me falla, este incidente generó la idea de que tú tenías arranques violentos y que no era conveniente que permanecieras con nosotros, así que poco tiempo después te enviaron nuevamente al hospital de De la Fuente.

Ahí tu situación empeoró. Te cambiaron a un cuarto en el edificio principal del hospital, uno destinado a enfermos de mayor gravedad. Entonces, tuve que reconocer que tus capacidades psico motrices empeoraban: te deteriorabas notoriamente, estabas cada vez más delgada, tu cara se enjutaba y tu posibilidad de articulación verbal disminuía enormemente; ya casi nadie entendía lo que querías decir. Mi gran necesidad de mantener contacto contigo me hizo abrir los oídos al máximo para comprender tus palabras, aun en los casos más difíciles, y muchas veces te serví de intérprete: tú decías algo y yo lo traducía a los doctores e incluso a mi padre. Eso me proporcionaba un gran orgullo, pero al mismo tiempo me destrozaba por dentro: ¿cómo era posible que requirieras de intérprete?, ¿quién te entendía en la vida diaria, cuando yo no estaba? No sólo se me rompió el corazón, sino que toda yo estuve a punto de deshacerme; resistí porque, como te dije antes, desde entonces había adoptado la consigna de ser fuerte a toda costa. Pero estuve a punto de desintegrarme cuando tuve que traducir algo así como:

—Ángeles, por favor dile a tu papá que le ordene al doctor que no me apliquen electroshocks, no los aguanto, sufro cuando me los aplican, no me gusta que me amarren, que no me pongan la camisa de fuerza.

Fue la primera vez en mi vida que escuché esa expresión. Te imaginé casi electrocutada, sometida, aplastada bajo un poder supuestamente científico, pero desalmado, frío, autoritario, al arbitrio de empleados menores, con la complicidad y el descuido de las autoridades mayores.

Traduje el mensaje a mi padre, pero percibí su afiliación al otro bando, una rendición de armas que también me rompió el corazón: mi hombre fuerte no era tan fuerte. Así que, por segunda vez, tuve que aprender a caminar sin mi apoyo fundamental, a los once años de edad.

Algún tiempo después, y por causas que desconozco, te cambiaron al sanatorio del doctor Falcón —todavía, cada vez que paso por ahí se me encoge la panza, o el alma— en la colonia Florida. Por alguna conversación entre adultos alcancé a entender que era un lugar menos prestigioso, pero aceptable. Cuando lo conocí me pareció mucho mejor que el anterior: era más acogedor, más limpio y menos “aséptico”, es decir, con menos pretensiones de científicidad; por increíble que parezca, me daba cuenta de todos esos matices. También percibí que se trataba de un lugar para enfermos que ya no tenían remedio, donde no se trataba de curar, sino sólo de mantener lo mejor posible a quienes se encontraban en un de-clive irremediable.

Varias veces te visitamos en tu nuevo domicilio, y yo te veía más ausente en cada ocasión. Quería seguir estando cerca de ti, pero tú estabas cada vez más lejos de mí y del mundo. No sé si te sedaban de tal manera que no podías tener contacto con la realidad, o el avance de tu enfermedad así lo determinaba.

Cierto día, cuando me encontraba en clase de sexto grado, con la queridísima madre Alma Rosa, recibí el recado de que un familiar mío me esperaba en la Dirección. Acudí; era la tía Pepe. Nos dijo, a Gloria y a mí, que te encontrabas muy enferma, que había que ir a verte inmediatamente. Yo imaginé algo fatal, pero no me atreví a aceptar ese pensamiento. Durante el camino, en el taxi, no hablamos una

sola palabra. Llegamos al sanatorio, pasamos a tu cuarto, estabas en cama, en coma; cubría tu cabeza una mantilla bordada por mí recién-temente. Parecías dormida, no había manera de hablar contigo, sólo pudimos estar a tu lado un momento, porque pronto pidieron que nos retiráramos y fuimos a la capilla; poco tiempo después alguien vino a comunicarnos que habías fallecido.

Volví a saber de mí en el velatorio, en Tangassi —desde entonces bien acompañada por mis primas Inés y María—, combatiendo un gran dolor de cabeza y decidiendo comer en lugar de asistir al entierro. Me envolvía una sensación de orfandad; no sabía identificar mis sentimientos verdaderos, trataba de adivinar qué debe uno sentir y cómo debe uno actuar, pensaba en el compromiso del luto, no quería parecer una mala hija.

En el festival escolar de ese año —el sexto grado de primaria— yo participaría en una danza de corte prehispánico, con música de Silvestre Revueltas. Pero un cierto sentido del deber de guardar luto me obligó a renunciar a ese gusto, a pesar de que mi padre me había dejado en libertad para tomar la decisión; concluí que no era correcto.

No puedo dejar de decirte, mamá, lo que sentía con toda claridad. Después de tu muerte descansé, me tranquilicé.

En primer lugar, en primerísimo lugar, sabía sin lugar a dudas que habías dejado de padecer: yo tenía la certeza de que todos los días de tu vida encerrada en el hospital eran deprimentes; de lo insoportable que era para ti verte disminuida en tu calidad de ser humano, sin ser escuchada, aislada, separada de tus hijos, de tus amigos y familiares; yo sabía que te dabas cuenta de tu deterioro físico y mental, de tu necesidad de depender de otros, muchas veces personas desconocidas y desconsideradas —quizá, quiero pensar, otras veces, de personas generosas y piadosas— para solucionar hasta el menor detalle de la vida cotidiana, como bañarte, comer, peinarte. Sabía que sufrías por verte sometida a las normas, así como a posibles abusos e injusticias de una institución. ¡Sabe Dios qué pensamientos pasarían por tu mente, qué disciplinas

mentales te inventarías para disminuir tu pesar! ¿Cómo te las arreglarías para vivir cada día, uno por uno, sin ningún aliciente?, o ¿qué alicientes habrás encontrado?, ¿cómo te las arreglarías para no lamentarte por todo lo que quisiste hacer y tener y que no pudiste? ¿Qué tuviste que hacer para resistir verte al espejo y comparar tu aspecto de cuando eras no sólo joven, sino sana y muy bella, con el de tus últimos años? Por todo eso, descansé después de tu muerte.

Pero también descansé porque a mí se me facilitaron las respuestas a las interrogantes que los desconocidos me hacían acerca de mi familia. Fue más sencillo contestar: “Mi madre murió”, respuesta que suscitaba no más allá de una cara larga, una reacción de no saber qué hacer o decir, o una breve frase alusiva a la triste situación, como: “Qué pena” o “Pobrecita”, con todo y lo que siempre odié, desde lo más profundo de mis vísceras, que me pobretearan.

Sabes que me era muy difícil contestar a una pregunta relativa a tu enfermedad: me llovían miles antes de que pudiera articular una respuesta coherente. Incluso hoy todavía me sucede; no acabo de mencionar tu enfermedad, cuando mis interlocutores me interrumpen con cuatro preguntas simultáneas acerca de con quién y dónde vivíamos. No podía dar una respuesta fácil, como: “Con mi tía” o “Con mi abuela”, no. Tenía que explicar que había guarderías particulares —cuando aún ni siquiera se extendía el uso de las guarderías públicas—, que se trataba de una guardería particular de tiempo completo, donde vivíamos todos los días del año. Esas explicaciones resultaban complejas y poco comprensibles para muchas personas, lo que me obligaba a hacer aclaración tras aclaración, al mismo tiempo que inventaba la manera de ser breve, concisa, lacónica y terminante. Era una situación verdaderamente torturante para mí. Creo que todo se debió a que me creí que era pecado mentir, pues de otra manera hubiera inventado una historia fácil para repetirla ante cualquier pregunta incisiva o simplemente indagatoria.

También descansé porque fantaseé que ahora sí, ya despojada de tu corporeidad terrena, de tus padecimientos de este mundo, y des-

-de una dimensión espiritual que te proporcionaría mayor poder, tendrías todo el tiempo, la capacidad y la disposición para cuidar de mí, de todos nosotros. Te imaginé como algo parecido a un ángel protector, dedicado las veinticuatro horas del día a procurar nuestro bienestar; yo podría despreocuparme y confiar en que todo marcharía mejor de ahí en adelante.

Con tu muerte, debo concluir, puse fin a muchas inquietudes internas y descansé.

Sin embargo, siempre me quedé con la espina de la injusticia. Las tías, especialmente la tía Pepe, habían prometido devolvarte a Beatriz después de que muriera su madre, la abuela Eglantina, pues ellas no se atrevían a causarle ningún disgusto. La ironía de la vida fue que no pudiste ver tal día: falleciste seis meses antes que tu suegra.

Tu presencia permaneció a lo largo de los años en forma de recuerdos y cuestionamientos. Muchas veces nos preguntábamos cómo hubiéramos sido si tú no te hubieras enfermado; quizá Beatriz y yo hubiéramos resultado más rebeldes, pues presentíamos que eras una persona muy conservadora; o quizá nos hubiéramos convertido en unas señoritas bien portadas, casadas con un buen partido y con hijos ejemplares.

Teníamos una gran necesidad de reconstruir tu personalidad, de elaborar una imagen tuya independiente de la enfermedad que padeciste. Nuestra madre había sido una persona, no una enfermedad, pero conocíamos bien poco de esa persona.

Supimos algo por vía de nuestro padre, pues tenía la mejor intención de ser franco y responder a nuestras preguntas, pero en los hechos adoptaba una actitud de "mejor no toquemos ese tema". Quizá lo movió el propósito de no fijar la atención en lo doloroso para evitar mayor sufrimiento, como se acostumbraba en otros tiempos: "Es mejor olvidar", "Ya pasó, hablemos de otra cosa"; también pudo deberse a un temor a la verdad, a las verdades más profundas y estremecedoras. El caso es que él condicionó un ambiente de cierto tabú respecto a tu persona. Sí, respondía a las preguntas, pero lacónica

y muy brevemente, y transmitiendo tal tensión que invitaba a no plantear una segunda pregunta.

La tía Anita nos contaba que cuando eras soltera se veían poco, que eras un tanto altiva con ella y le ponías distancia. La tía Consuelo dice que no se acuerda de muchos detalles de tu vida, no obstante que fueron compañeras en la escuela de estudios comerciales; me extraña que con tan buena memoria para todas las historias familiares, ella olvidara casi por completo lo que se refiere a ti.

Sé que fuiste hija de don Francisco González y de doña Flora Carrillo, quien enviudó y se volvió a casar; entonces tú y mi tío Raúl se fueron a vivir con los “abuelos” Carricart, quienes eran padrinos o parientes de ustedes. La abuela Flora murió dejando a tu media hermana, Anita, de diecisiete años. Quizá por haberte separado de tu madre a los diez años y debido a que tuviste que adaptarte a una nueva familia, te hiciste de un carácter tímido y reservado, según te describen quienes te conocieron recién casada. Tus rasgos de personalidad, de acuerdo con De la Fuente, eran de tipo neurótico, obsesivo, perfeccionista.

Eras bellísima, sin duda; hay fotografías que lo confirman, especialmente la que le regalaste a nuestro padre antes de casarse, la famosa foto de soltera. Es un retrato de estudio en el que pareces artista de cine de los años cuarenta —de 1946, para ser precisos—, con la iluminación especial empleada en esos casos, en el que aparece un leve resplandor alrededor de tu cabeza, con lo que tu pelo castaño adquiere finas luces doradas. Aún ahora, quien ve esa fotografía colgada en mi casa admira tu belleza; cuanto visitante pasa frente a tu imagen emite cuando menos una frase de admiración, si no es que convierte tu hermosura en tema de conversación. Eras meticulosa en tu arreglo, procurabas estar siempre bien peinada y maquillada, así como usar los accesorios adecuados para cada ocasión.

También sé que eras muy religiosa; tú misma me contaste que tuviste algunos problemas de salud durante el embarazo de Beatriz

y te encomendaste a la entonces beata Beatriz de Silva, y como la niña nació bien, la bautizaste con el nombre de la ahora santa. Yo soy Guadalupe (María de los Ángeles Guadalupe) por la virgen del Tepeyac; Gloria fue De Jesús debido a tu devoción por el Niño Jesús, y Arturo recibió como segundo nombre el de san Antonio. Mantenías la devoción por algunos santos, aunque nunca te advertí como fiel seguidora de las formas o de las obligaciones religiosas externas.

Muchas veces he recordado que, a pesar de haber sido ama de casa, de haber tenido una formación académica limitada (estudios comerciales, pero eso sí, de muy buena calidad), de haber ejercido una corta experiencia laboral como empleada en la Ford Motor Company, eras una buena lectora. Tenías obras literarias en tu minúscula biblioteca que entonces yo no podía valorar, pero alguno de sus títulos sobrevivieron a los avatares del tiempo y estuvieron a mi alcance en mi primera juventud. Los descubrí en la casa paterna a los diecisiete años y los reconocí como tuyos. El ejemplo más vívido que tengo es *Las estrellas miran hacia abajo*, de A. J. Cronin. Lo tomé con toda la intención de vivir la experiencia de leer los mismos renglones por donde antes habían pasado tus ojos —como si leyera al mismo tiempo que tú, por encima de tu hombro—; lo leí con manos temblorosas al imaginar las tuyas dando vuelta a cada página. Buscaba descubrir algo que me indicara quién eras tú en realidad, saber algo sobre tus intereses, tu verdadera personalidad. Lo leí, también, con un cierto sentido de veneración.

La vida miserable y triste de los trabajadores en las minas de carbón de Inglaterra, en los años treinta del siglo pasado: su pobreza extrema, enfermedades, hambre, humillaciones, falta de oportunidades, me produjeron una sensación de ahogo y de inmovilidad tal que me aplastaba. Fue la primera novela verdaderamente fuerte que leí en mi vida. Me parecía incomprendible que hubieras podido seguir esa lectura; imaginaba que quizá te confortaba saber que había otros que también sufrían, incluso quizá más que tú, o de otra manera. De ahí deduje que tal vez habrías tenido una vena mística o una

amplitud de miras que pudieron haberte ayudado en tu padecer.

Al paso de los años mi relación contigo no termina, se transforma. Todavía, de vez en cuando, apareces en mis sueños, en los que yo como adulta me siento realizada de poder cuidarte.

La mamá que fuiste, la mamá que recuerdo, la que llevo dentro, son diferentes y complementarias. La mamá que tuve, la mamá que me faltó, la mamá de la que soy resultado me explican, hablan por mí. Te llevo y te muestro dondequiera, en todo momento; eres parcialmente yo, y soy parcialmente tú. Sigues aquí, siempre conmigo.

BEATRIZ

Era un domingo por la noche cerca de las diez; Alfonso y yo nos disponíamos a ver un clásico del cine mexicano en televisión; esperábamos la hora con reloj en mano. Sonó el teléfono, era una voz desconocida que se identificó como vecino tuyo. No sabía cómo darme la noticia: normalmente los sábados iban a correr juntos, pero ese sábado no habías respondido a sus llamadas. Más tarde insistió sin obtener respuesta, hasta que decidió abrir tu casa, pues tenía una llave que le habías encomendado, y te encontró sin vida.

Tú, nuestra hermana mayor, la más inteligente, la más audaz y combativa, habías dejado de existir.

Me es difícil desenterrar los recuerdos que guardo de ti. Fuiste —por imposición— un modelo a seguir: la hermana odiosa, la no querida, la diferente. Después te convertiste en la rebelde y atrevida. También fuiste compañera de aventuras intelectuales, sociales, políticas, y finalmente mi hermana; la entrañable, cercana y queridísima amiga Beatriz. Sin embargo, y muy a tu pesar, no dejaste de ejercer la pesada influencia de hermana mayor.

Cuando nací tú ya existías, y tenías tres años. La primera noción

que tengo de ti se ubica en la casa de Cerrada de San Borja. Gloria y tú eran las grandes, iban al colegio del Sagrado Corazón; yo a un pequeño kínder cercano a la casa. Sólo retengo algo de tu presencia, vagamente, ninguna anécdota en particular; así, cuando vivimos en Acayucan, eras parte del grupo, nada más. Alguna vez me contaste que cuando yo era muy pequeña tenía un parche en un ojo, y que te habían encargado que me vigilaras para que no me lo quitara, pero yo lo intentaba constantemente. Eso fue antes, en Potrero, Veracruz, donde vivíamos debido al trabajo de nuestro padre. Sólo vienen a mi mente las historias que se contaban después, como la de que en Potrero te habían regalado unas botas y estabas orgullosísima de ellas; incluso hay una fotografía tuya con las botas puestas, caminando por las vías del tren.

Por cierto, eras preciosa; una bebé radiante, intensamente rubia y de ojos verdes, sonriente, inocente. Tú misma hacías la broma de que, en algún momento, te habían cambiado en el parque, pues sentías que ya no tenías el esplendor que se veía en las fotografías de tus primeros años. Y sí, algo cambió en ti a partir de los siete años; te espigaste, tu cara se alargó y tu nariz se fue haciendo recta. Te fuiste endureciendo. ¿Fue parte de tu crecimiento natural o resultado de que te separaron de nuestra madre y de nosotros?

Sí, te separaron. Las razones no quedan claras para mí, aun ahora. Supe que cuando naciste, tanto tú como nuestra madre estaban enfermas y, por ello, al salir del sanatorio, fueron a la casa de la abuela Eglantina. Sin embargo, cuando se repusieron, sólo nuestra madre volvió a casa; tú permaneciste con la abuela. De acuerdo con los relatos de la familia —versiones muchas veces contradictorias entre sí y dichas generalmente en forma tan breve, que parecía que ocultaban algo—, en algún momento volviste a vivir en la casa paterna.

En Potrero, por ejemplo, cuando Gloria y yo ya habíamos nacido, tú estabas con todos; más tarde, en la colonia Del Valle de la ciudad de México, y posteriormente en Aca yucan, también; pero en la casa de Atlixco, en la colonia Condesa, ya no. Tenías siete años cuando regresamos de Acayucan; volviste a la casa de la abuela y no saliste de ahí hasta los diecisiete, cuando ya había pasado año y medio de la muerte de la abuela y dos de la de nuestra madre.

Fuiste una hermana mayor distinta de todos nosotros. En casa de la abuela ella te consentía; también la tía Pepe, la tía Consuelo y el primo Fernando. Contaban que el abuelo hacía lo mismo y de-jaba que le jalaras los bigotes. Él murió cuando tú estabas muy pequeña. Eras diferente porque no padeciste, como nosotros, la adaptación a una guardería donde había muchos otros niños; porque a ti te festejaban todo lo que hacías y a nosotros nos censuraban y vigilaban permanentemente. No tenías restricciones económicas, todo te sobraba, y a nosotros nos repetían una y otra vez que el dinero no era suficiente y que nuestro padre se atrasaba en los envíos de las mensualidades. Yo sentía que a ti la vida te sonreía y a nosotros nos maltrataba.

Físicamente también eras distinta: delgada y alta para tu edad, mientras que Gloria y yo éramos chaparritas. La diferencia, entonces, se marcaba naturalmente, hasta que todas crecimos y quedamos de la misma estatura.

La situación empeoraba cuando Gloria y yo vivíamos contigo en casa de la abuela —lo que sucedió por temporadas a petición nuestra, ya que tampoco nos gustaba la casa de las Martínez Parente—. Ahí las comparaciones eran cotidianas: “Aprendan a su hermana Beatriz, ella sí se sabe portar con las visitas”; “Fíjense cómo se viste, ella sí tiene buen gusto, no que ustedes tienen gusto de sirvienta”; “Beatriz baila muy bien, por eso en la clase de baile siempre destaca”. A propósito, años después comprobé que esto último no era verdad, que la que sabía bailar era yo.

Por otro lado, tú tenías un sentido del humor muy hiriente, fino

pero devastador, eras cruel, burlona. Yo evitaba, hasta donde podía, ser blanco de tu crítica, porque dolía. Por ejemplo, decías que yo no era hija de nuestros padres, sino que me habían recogido; que era hija de unos carboneros que me habían regalado porque no podían mantenerme. De ahí mi color oscuro, no como el de los demás. Yo sabía perfectamente que era mentira, pero me sentía agredida innecesariamente. Sabía que eran ocurrencias para hacerte la graciosa, la inteligente, la superior, pero me dolía.

A lo largo de esa etapa infantil, hasta que yo tuve catorce años y tú diecisiete, cuando todos nos fuimos a vivir con nuestro padre a Ciudad Obregón, Sonora, mi relación contigo fue competitiva, distante, llena de rivalidad, agresiva-defensiva, de amor-odio... porque también te admiraba. Quería leer tanto como tú; quería estudiar la preparatoria como tú —aunque parecía muy difícil, porque en exámenes te pasabas toda la noche estudiando—; quería ir a las fiestas, como tú; me interesaba lo que te ocurría en la escuela y en las diversiones. Y, debo confesarlo, sí te sentía superior, aunque rabiaba por ello. Peleábamos o nos separábamos en todo, salvo en un punto: el baile. A las dos nos fascinaba la danza; a ti te gustaba dirigir y a mí bailar, así que tú ponías las coreografías y juntas las ejecutábamos. En ese aspecto sí nos sentíamos identifica-das. Eran momentos en que lo demás no importaba, en que compartíamos una sensación de estar en otro lugar, en otro plano. Pasábamos horas en ese trance.

En Obregón hubo cambios radicales. En primer lugar, tú no querías ir a vivir con nosotros; más bien, no querías salir del Distrito Federal y dejar de estudiar, ya que estabas por ingresar a la universidad, y en esa ciudad no había más que un tecnológico. Tus discusiones con nuestro padre duraron días y días; él argumentaba que era muy importante que nos integráramos como familia, ya que antes no se había podido. No sé cómo terminó la discusión, pero te quedaste en Obregón a estudiar lo que se pudiera, en calidad de mientras. En segundo lugar, por ningún motivo aceptaste el papel de hermana

mayor, es decir, la obligación de dirigir el funcionamiento de la casa y de ser la figura de más autoridad moral después de nuestro padre. Claramente le dijiste a Gloria que “le vendías la primogenitura por un plato de lentejas”, y a nuestro padre que serías una hija más, y sólo eso.

Admiré mucho tu valentía y tu firmeza, la claridad con que planteabas lo que querías y lo que no, y tu capacidad para argumentar. En ese proceso aprendí que era posible enfrentarse a la autoridad, que uno podía oponerse a un mandato y expresarlo, que se podía pensar, decidir y actuar por uno mismo. Percibí también cuánto me enriquecía escuchar las razones que se encontraban detrás de dos puntos de vista opuestos, cada uno defendido con gran vehemencia. Yo participaba un poco de ambas posturas; entendía que no quisieras suspender tus estudios, pero quería que te quedaras. Ahora estarías en nuestro terreno, experimentaríamos qué pasaría si realmente fueras tú uno más de nosotros, los hermanos.

Y sí, fuiste uno más de los hermanos. Gloria asumió con gusto su lugar de matrona y tú pudiste sentirte liberada de la función que amenazaba con atraparte. En Obregón, y después en Agua Prieta, nos divertimos mucho. Teníamos encima la autoridad paterna, pero estaba concentrada, no diluida como antes en varias personas. Además, gustosos le cedíamos ese derecho simplemente porque él era nuestro padre; los y las demás eran sustitutos. Todos aprendíamos poco a poco lo que era vivir en una familia de verdad, era un poco como jugar a la “casita”: nuestro padre ensayaba con ciertos titubeos su papel, Gloria el de “jefa del hogar” y los demás el de hijos, pero todos reales, nadie postizo. A la vez que nos divertimos, discutíamos y, sobre todo, platicábamos. Platicábamos con un cierto sentido de complicidad, pues como fuereños, nuestro grupo estrechó sus lazos y juntos observábamos y comentábamos las peculiaridades del lugar: formas de hablar, costumbres, qué era bien visto y qué no, y también los chismes sobre quién andaba con quién, sobre los bailes de sociedad y similares. Hacíamos viajes y paseos, y también

recibimos a la tía Pepe, a quien le tocó ser visita, y ya no autoridad; recibimos también al primo Fernando y al primo Javier.

Ahí, durante esos cortos quince meses, todos nos hermanamos —aprendimos a ser hermanos, en toda la extensión de la palabra, que no es poca cosa— y tú pasaste a formar parte del grupo con pleno derecho: nos aceptaste y te aceptamos.

Al regresar a la ciudad de México ingresaste a la Facultad de Psicología, y yo, después de seis meses de espera, entré a la preparatoria, por convencimiento propio, pero también siguiendo tus pasos. A partir de entonces, el acercamiento entre tú y yo fue creciendo. Compartíamos, incluso con Gloria y con Vicente, a “los cuates de la cuadra”. Después te empezaste a relacionar con Alberto, quien me parecía el hombre más guapo y más interesante sobre la tierra, y te hiciste de un grupo de compañeros de la Facultad con quienes te reunías con cierta frecuencia para hacer trabajos escolares, grupo al cual me integraba al terminar sus sesiones de trabajo. Me sentía honrada de departir con ellos; aprendí también algunas cosas de su especialidad, que además me interesaban mucho.

Con tus amigos Ricardo, Yolanda, Ethel, Adriana y contigo, aprendí lo que era el conductismo y sus inconvenientes, así como la rigidez de los esquemas con que los padres educaban a sus hijos. Supe de la antipsiquiatría, de la que leí algo al respecto y comentábamos las películas que abordaban esos temas, como Fando y Liz. Mi mundo se ampliaba cada vez más: me fascinaba la idea de romper barreras, de descubrir que era posible estar en desacuerdo con lo que se consideraba bueno y único, y crear nuevas perspectivas. Me atrajeron en especial los planteamientos de la nueva corriente psiquiátrica que desconfiaba de los métodos autoritarios de tratamiento —entre ellos los electroshocks—, y proponía un acercamiento más individual y humanitario a los pacientes. Era un alivio en varios sentidos: era encontrar un tratamiento que me hubiera gustado que se aplicara a nuestra madre y, en el fondo —en ese fondo inconfesable—, esperaba que tal enfoque ofreciera un destino diferente a cualquiera de

nosotros, en el caso de enfermar. Siempre pensé que habías elegido la psicología como una manera de conocer a fondo la enfermedad de nuestra madre y de hacer algo para beneficio nuestro o de futuras generaciones.

Por ese tiempo fuimos dándonos cuenta de que lo que nos enseñaban en las escuelas de monjas, en el medio familiar y en el círculo de amistades, era absolutamente contrario a lo que empezábamos a ver por nosotras mismas: las historias paralelas o tras bambalinas que cada familia guarda. En la nuestra había varias de ellas. Observábamos, en calidad de público, cómo se comportaba “la gente de bien”; sabíamos qué señor había engañado a qué señora, pero también qué señora se había hecho de la vista gorda. Sabíamos asimismo cómo esos señores y esas señoras simulaban vivir de acuerdo con las normas sociales y religiosas, y encima exigían de los otros una rectitud intachable. Se atrevían, además, a ser intolerantes con quienes osaran manifestar alguna idea diferente. Es decir, hipocresía tras hipocresía, pero eso sí, con toda la soberbia del que pretende tener la única verdad.

Cuando tuve que elegir carrera, estuve tentada a seguirte; pero mi necesidad de adquirir identidad propia me aconsejó no hacerlo. Me decidí por la historia para responder a mi necesidad de explicarme de dónde venimos y por qué somos lo que somos. Podría decir ahora que intentaba saber por qué nos tocó lo que vivimos como familia, de dónde venía esta enfermedad y cómo nos alcanzó a nosotros en particular.

En 1968 me asombraste nuevamente, me desbrozaste el camino. Fuiste, según ha dicho alguien, como el ciclista que va a la cabeza del equipo: tú resistías la fricción del aire y abrías un espacio protector para los que venían detrás de ti.

Yo todavía estaba en la preparatoria, en el Simón Bolívar, así que era ajena a la problemática que se vivía en la universidad. Solamente escuchaba comentarios condenatorios y atemorizantes acerca de “esos bárbaros estudiantes”. Tú sí estabas informada y,

desde luego, tomaste el partido de los estudiantes: aunque no eras una activista de tiempo completo, asistías a las manifestaciones y a las asambleas de tu escuela. Conforme avanzaba la huelga, nuestro padre se alarmaba cada vez más y pretendía alejarte del peligro y de la “desorientación”. Sin embargo, participaste en la Manifestación del Silencio y en otras más. No estuviste en Tlatelolco, no sé si por insistencia de nuestro padre o por otras razones que no supe, pues yo me había ido a Oaxtepec a un campamento mundial de jóvenes con motivo de las Olimpiadas. Así como en la sociedad, el movimiento estudiantil dejó claro dentro de la familia que había dos maneras distintas de ver el mundo: la de la autoridad y la de la libertad y la búsqueda de nuevos sistemas de valores.

Seguías con Alberto, quien me hacía reír muchísimo enseñándome frases del caló popular, como aquello de que en lugar de ron se decía “jugo de vampiro”, y otras que me hacían mucha gracia. Lo que no me gustaba era que, según yo, él te había inducido a fumar marihuana, y a mí me asustaba el uso de cualquier droga. Respecto a ti, sentía que quizá fueras débil, dependiente o torpe, y no toleraba esa imagen tuya; tenías que seguir siendo guía en la fortaleza y en la lucha.

Desarrollar la libertad, la búsqueda, y adquirir conciencia de la propia responsabilidad, se fueron dando un poco más adelante, cuando nuestro padre se fue a trabajar al estado de Chiapas, llevándose a Raúl; los demás nos quedamos en México. Ésa fue una bella temporada, entonces éramos más que hermanos, éramos como socios; nos veíamos unos a otros con camaradería, pero con respeto, ya como adultos de dieciséis a veintitrés años.

En ese periodo entré a la universidad y empecé a trabajar. Tú y yo éramos el equipo “crítico y pensante” de la casa; compartíamos lecturas, comentarios de películas, noticias políticas, descubrimientos sobre otras maneras de vivir y otras concepciones éticas que íbamos conociendo en el medio universitario, así como nuestras inquietudes sobre el futuro que queríamos vivir. Continuabas con tu cáustico

sentido del humor, pero ya no lo recibía como agresión, sino como muestra de amistad y de afecto. Me involucré en una huelga de trabajadores universitarios; además de que comentábamos los motivos y el desarrollo del movimiento, te reías de mí porque veías que iba al trabajo bien arreglada. Me decías que seguramente en plena guerrilla yo pediría tregua para ponerme los tubos y esperar a que se secaran. Con frecuencia invitaba a mis compañeros a la casa después de un largo día de guardias, boteos, asambleas y discusiones, generalmente a uno diferente cada día. Entonces también me hacías burla: decías que, conmigo, tú y mis hermanos no se podían aburrir, pues cada día traía un ejemplar a cual más exótico, que hacían apuestas sobre si el siguiente sería más peculiar que el anterior o no, que se podía aplicar al caso el título de la película *Adivina quién viene a cenar*.

Existía una tensión entre nosotras que oscilaba entre la evidente afinidad y el deseo de diferenciación; se manifestaba con frecuencia en las sobremesas familiares. Cuando alguien decía que tú y yo nos parecíamos mucho, ambas saltábamos casi rabiando para protestar y rechazar enfáticamente tal idea; estábamos seguras de que no había ningún parecido físico entre nosotras. Sin embargo, la realidad me golpeó un día en que hacía un transbordo en la estación Pino Suárez del metro; en su interior había tal cantidad de tiendas y puestos de fritangas, que el panorama visual era sumamente confuso; entonces me pareció verte a lo lejos y corrí para alcanzarte y saludarte, pero cuando estuve suficientemente cerca, descubrí que era yo misma viéndome en un espejo. Tal contundencia me aplastó y me silenció para siempre. Recordé lo que nos decía la tía Nena cuando llegábamos caminando de la escuela rumbo a la casa de Tacubaya, y ella nos veía de lejos: "Se me antoja cantar 'Una morena y una rubia...', de *Las leandras*". Odiábamos ese comentario, pues pensábamos que tal comparación era un invento suyo.

Llegó el momento en que tanto tú como yo necesitábamos construir nuestro propio espacio. Yo digo que tomé la decisión antes que tú, y tú decías lo contrario, pero la realidad es que fue casi al mismo

tiempo, y las mudanzas dependieron del momento en que cada una encontró un lugar para vivir. Así empezamos cada una nuestra aventura individual.

Habías hecho el servicio social en el hospital psiquiátrico Fray Bernardino; me sobrecogía cada vez que me contabas alguna de tus experiencias, como el abandono de los enfermos o su grado de aislamiento interno, o cómo se tenía que proceder con un paciente cuando entraba en crisis. Padeciste mucho esa prueba, te fue difícil cumplir con el tiempo requerido. Después empezaste a trabajar ya formalmente en el hospital 20 de Noviembre, en consulta externa, con pacientes que requerían un trasplante de riñón. A ti te correspondía confortar a los enfermos y convencer a los posibles donadores de la necesidad de la operación. También ahí te era difícil mantenerte al margen del sufrimiento de los enfermos y te afectaba percartarte de las resistencias de los familiares para ceder un órgano; tenías que manejar el enjambre de sentimientos desgarradores y antes ocultos que esa situación generaba en las familias. Además, te mantenías unida a grupos de estudio con tus antiguos compañeros y quizá con otros nuevos.

Después experimentaste ser ama de casa, con Alberto, en Veracruz. Estabas emocionada, pero con dudas: tendrías que depender de él y temías aburrirte al dedicarte únicamente a cocinar, ordenar la casa y esperar que tu hombre regresara del trabajo. Pero te arriesgaste. Te apoyé; valía la pena intentarlo, probar, no sólo lo inusual, sino también lo usual, tan rechazado por nosotras y, hay que decirlo, también tan temido.

Yo me veía en ti: si tú podías, tal vez yo podría. Deseaba con toda mi alma que hicieran una pareja feliz. Además, con ese hombre tan guapo, tan inteligente, vital y alegre, no parecía difícil. Desgraciadamente, Alberto resultó aficionado al alcohol y a las aventuras fuera de casa, más allá de lo que podías aceptar.

Me sentí muy triste y a la vez honrada cuando, casi un año después de tu partida, llamaste a mi trabajo para comunicarme tu

deci-sión de separarte de Alberto y pedirme que te recibiera en mi casa mientras te acomodabas nuevamente en la ciudad de México. Ese momento representó un cambio radical en nuestra relación. Por primera vez yo tendría la oportunidad de ayudarte, de darte fuerza; ahora sí, nuestro trato sería de igual a igual, no de hermana mayor a hermana menor.

No sé por qué en este momento viene a mi memoria la vida tormentosa de las hermanas Brönte, encerradas entre cuatro paredes, rivalizando entre ellas, amándose, odiándose y, al mismo tiempo, produciendo cada una su propia creación literaria.

El tiempo de convivencia fue muy gratificante, de reencuentro, ahora como adultas. Yo misma había pasado recientemente por una experiencia similar. Habíamos aprendido, en corto tiempo, lo difícil que nos resultaba establecer relaciones duraderas; simplemente elegíamos hombres con los que era poco menos que imposible construir una vida sana.

Pronto me cambié de casa y te quedaste en el minúsculo departamento donde había vivido un tiempo. Los vecinos, Rafael y su compañera Nancy, habían sido amigos míos, pero pronto se separaron; así que tú y él empezaron a entablar una amistad, hasta que formaron pareja.

Él no me gustaba mucho para ti, pero te veía contenta. Rafael era poeta, amigo de otros poetas; a ti te gustaba esa compañía y ese estímulo para ampliar tus lecturas y, por lo tanto, tu concepción del mundo y sus infinitos matices, algo que siempre te había interesado.

La vastedad de nuestra concepción del mundo y de sus límites creció exponencialmente cuando estuvimos en Moscú. Compartir contigo parte de esa experiencia fue enriquecedor en varios sentidos: miraba las novedades también a través de tus ojos, pero ahora yo era la guía, la que conocía el lugar, el idioma, el cómo manejarse. Como había llegado a Moscú hacía más de un año, me correspondía, como anfitriona, mostrarte a ti y a nuestra prima Inés todo lo que había aprendido hasta entonces, lo cual hice con el mayor de los

gustos. Pudimos jugar como niñas, una forma de compensar los años infantiles que no vivimos a plenitud; reímos y gozamos como nunca, sin preocupaciones, sin temores, vivimos la alegría a “pierna suelta”. Inés se portaba también como chica, a pesar de sus varios años de casada y de sus tres pequeños hijos. Por andar en la juerga nos dejó el tren a Leningrado y abordamos otro de manera clandestina; esto nos permitió conocer cómo viajaba la gente común y corriente, no sólo los diplomáticos. Íbamos y veníamos en mi coche por la ciudad y a visitar algunas poblaciones cercanas, de día, de noche y de madrugada.

Durante mi jornada de trabajo, en la Embajada de México, conté con la ayuda de varias personas que salieron con ustedes, ¿te acuerdas?: Lariza —la dulce, bella y excelente joven que hacía el trabajo doméstico en mi casa— se encargaba de llevarlas a pasear, aunque ella sólo hablaba ruso y ustedes no sabían ni una palabra; lo que más disfrutaba era el relato, sus innumerables aventuras y situaciones chuscas originadas por la falta de entendimiento con ella. También salían con Rafael y Radik; los dos eran amigos de mi amiga Claudia, a quienes yo no conocía, uno cubano y el otro checo, estudiantes en el prestigiado y estricto Instituto de Relaciones Internacionales. Otro amigo muy querido que las acompañó fue Jorge, a quien le decía “mi hermanito”, por apellidarse como nosotros; era mexicano y estudiante de cine, como Claudia, la hijastra del embajador.

Ésa fue una experiencia memorable, ¿verdad?: encontrarnos tan lejos de nuestro mundo habitual, fuera de toda influencia social y familiar, dedicadas únicamente a disfrutar de lugares y culturas desconocidas, y a divertirnos.

De regreso a México, retomaste tus asuntos de trabajo. Habías iniciado una etapa que parecía promisoría. Te reincorporaste al ISSSTE, pero ahora en actividades menos traumáticas; cambiaste la psicología clínica por la psicología de la educación. Con muchos esfuerzos y piruetas financie as, gracias a varios préstamos, compraste un bonito departamento cerca de Avenida Toluca, en la calle

de Ajusco. Empezaste a tomar parte en actividades feministas y te integraste a un grupo de apoyo a mujeres violadas. Canalizaste así tu combatividad nata y tus inquietudes sociales. A veces esa combatividad se convertía en beligerancia un tanto fuera de proporción para mi gusto.

A mi regreso del extranjero, entre tú y yo se desarrolló una intensa relación de compañerismo y camaradería. Durante varios años, casi todos los fines de semana comíamos juntas e íbamos al cine, y cuando no era posible, entablábamos conversaciones telefónicas que duraban más de una hora. Hablábamos de la familia, de las novedades en nuestros trabajos, de las personas que ambas conocíamos y sus noticias recientes —quién se había ido a la revolución de Nicaragua, o quién se había separado de su pareja y por qué—, de lo que estábamos leyendo, o de tus experimentos novedosos como paciente en diversas corrientes y técnicas de psicoterapia.

Una de las cosas que compartiste conmigo paso a paso, y que a ambas nos afectó mucho, fue la desaparición de Alberto. Ustedes habían vuelto a establecer contacto y llevaban una relación más o menos cordial. Un día me llamaste para decirme que él se iría a la Unión Soviética a tomar un curso de formación política, y me pedías que hablara con él a fin de darle una orientación general sobre qué llevar y cómo eran las cosas por allá. Me pediste también que fuera a su casa para ver cuáles de sus muebles me interesaba comprar, pues iba a quitar su casa de la colonia El Reloj. En ese mismo momento me pasaste la bocina y Alberto y yo acordamos fecha y hora para mi visita.

Cuando llegué a su casa nadie respondió al timbre; después de varios intentos, me di cuenta de que la puerta estaba entreabierta, así que decidí pasar. No había nadie, nadie respondía a mis llamados y comencé a ver los muebles para ver si alguno me interesaba. Pensé que Alberto habría salido a comprar cigarros a la esquina, o algo así. Después de un rato me convencí de que no estaba y me fui.

Tiempo después me contaste que la madre de Alberto fue a la

embajada soviética a pedir noticias de su hijo, pues no había recibido ninguna comunicación de él; le informaron que nunca estuvo registrado como estudiante ni tampoco como visitante en aquel país. La señora se alarmó y buscó a los amigos de su hijo para saber si le podían dar algún dato sobre su paradero, pero nadie supo decirle nada concreto; hasta que un buen día se encontró a otro de sus amigos en la calle, quien le dio una dirección aquí en México, donde quizá podrían informarle algo. Cuando ella llegó al departamento señalado, no había nadie, tampoco hubo quien respondiera ni al timbre ni a sus llamados, la puerta estaba entreabierta y la señora entró. Cerca de la puerta había una mesa sobre la cual estaba ¡el pasaporte de Alberto! La señora, muy desconcertada, decidió llevarse el documento, esperando obtener información sobre su hijo en otro momento. Pasaron meses de dudas y averiguaciones infructuosas, hasta que la familia desistió, aceptando que la de Alberto había sido una desaparición voluntaria y decidieron respetarla. Hasta la fecha no se ha sabido nada más de él. También a ti y a mí nos afectó ese hecho, no sólo por la desaparición en sí, sino por lo misterioso del asunto; imaginamos una y mil hipótesis que jamás pudimos comprobar. Fue un tema que comentamos y revisamos varias veces.

En cuanto a nuestra familia, hablábamos de cómo veíamos a cada quién, intercambiábamos las noticias recientes acerca de los demás. Alguna vez observamos lo mal que se encontraba la relación entre nuestro padre y Vicente, el único de los hermanos que continuaba viviendo con él. Nuestro padre lo corregía, hiciera lo que hiciera; le recriminaba que no trabajara y que no hiciera nada en la casa para mantenerla ordenada, le manifestaba cuánto desaprobaba a algunos de sus amigos que, según pensaba, lo inducían a tomar alcohol todo el tiempo. Entonces tú planteaste que sería saludable que no vivieran juntos y propusiste que Vicente se fuera a Nueva York, donde Raúl ya llevaba tiempo viviendo y trabajando. De acuerdo con tu personalidad determinante y un tanto impositiva, convenciste a nuestro padre y organizaste ese viaje. Aunque parecía una resolu-

ción un tanto abrupta y tal vez abusiva para con Raúl, los demás te apoyamos confiando en tu experiencia como psicóloga, y también en que hacer algo era mejor que no hacer nada. El experimento no fue tan fructífero, pues Vicente se gastaba en unos días todo el dinero que le enviaba mi padre para el mes y, efectivamente, resultó una responsabilidad adicional para Raúl. Así, después de algunos meses, decidimos entre todos que Vicente regresara.

También me platicabas de unos talleres de fin de semana a los que asistías en ocasiones; alguno de ellos consistía en reproducir el nacimiento de cada persona dentro de una alberca para imitar el medio acuático del feto. Me hablaste de otro en el que tuviste reacciones corporales un tanto extrañas para mí, como que las manos se te doblaban hacia adentro y se ponían rígidas, como patas de gallina. A mí se me ponía la piel, precisamente, de gallina, cuando te escuchaba, pues tenía la sospecha de que te daban drogas, aunque quería confiar en que ese tipo de tratamiento tendría algún resultado positivo. Otro método terapéutico que probaste fue el de la bioenergética; me explicaste en qué consistía y ese sí me atrajo, pues mi natural inclinación a la danza y al baile me hacía sensible y tenía curiosidad respecto de la posibilidad de curar la mente a través del cuerpo. Incluso me invitaste a una sesión que para mí fue todo un descubrimiento; me sentí muy bien acogida por el grupo y por el terapeuta. Me hubiera gustado continuar asistiendo a esas sesiones, pero algo me decía que no era conveniente, pues ése era tu espacio y había que respetarlo.

Ciertos domingos o días festivos, después de comer en algún restaurante, nos íbamos a mi casa en vez de ir al cine; tomábamos café o dormíamos una siesta en las hamacas que tenía en la terraza, y hablábamos, hablábamos, hablábamos — nuestro pasatiempo favorito—. Una de esas charlas fue memorable para mí, pues por primera vez me contaste cómo viviste tu infancia, tus recuerdos y tus impresiones.

Te comenté entonces que habías sido una niña consentida por

muchos adultos, y que seguramente habías tenido una infancia con-fortable y fácil. Me aclaraste que no, que para ti ser consentida fue un gran compromiso; sentías que no podías fallar en nada, te sentías obligada a destacar en todo y, para colmo, a servir de ejemplo para tus hermanos. Viviste ese consentimiento como una carga que te impedía moverte libremente. Recibí una gran sorpresa; nunca se me había ocurrido que una niña consentida no la pasara bien. ¿Cómo podía ser que si eras tan aceptada —que la abuela y las tías te presumían con las visitas en cuanta oportunidad se presentaba—, eso no te diera confianza ni te hiciera sentir segura y halagada? Me di cuenta de que quizá por eso después te rebelaste e hiciste todo lo contrario de lo esperado: no te casaste con un buen partido, no te arreglabas como una “señorita bien”, abandonaste cualquier práctica religiosa, eras crítica y beligerante contra toda forma de pensar y de actuar propia del sistema establecido.

Y una sorpresa mayor me causó saber cuál había sido tu percepción de nuestra madre. Al parecer no tenías recuerdos directos de ella cuando eras muy pequeña. Después te contaron que tu madre no te quería, que era mala y peligrosa, así que creciste con una terrible sensación de abandono de nuestra madre y con temor hacia ella. Cuando se te acercaba, no la querías ver y te escondías. Me parecía casi imposible que ambas tuviéramos una idea tan diferente de la misma persona, aunque esa diferencia se explicara a partir de la experiencia de cada una: tú separada totalmente de tus hermanos y con versiones negativas de la imagen materna; yo, padeciendo su debilidad, en contacto directo con ella, si no cotidiano, sí frecuente.

Esa charla fue larga y muy sanadora. Era extraño que nunca antes hubieras hablado de esto; tú, la gran cuestionadora, la que ponía entre la espada y la pared a nuestro padre para que diera respuestas a lo que nos habían ocultado. Fue un acto de valentía y de confianza, de apertura y de acercamiento. Si quedaba en mí algún resquemor por la diferencia de vida durante la infancia, desapareció por completo: comprendía que esa época fue tan difícil para ti como para

mí, y eso nos unía aún más.

En cambio, hubo algo que me dejó un sentimiento de deuda con-tigo para siempre. Un día me llamaste por teléfono para decirme que estabas embarazada, que ya lo habías pensado mucho y que habías decidido abortar. Traté de convencerte de que lo pensaras un poco más. Recordé cómo años atrás habías regañado a una de las jóvenes que trabajaba en nuestra casa cuando se embarazó; decías que era un error, casi un pecado imperdonable traer a este mundo lleno de desastres y sufrimiento a una criatura más, habiendo tantos niños sin padres; recordé también que en tu trabajo con mujeres violadas, muchas veces se recomendaba el aborto. Quizá te habías familiarizado demasiado con ese procedimiento, necesario en ciertas circunstancias. Pensé, y te lo dije, que tu caso era dis-tinto: tenías a tu lado al padre del bebé y este mundo podía no ser tan terrible; además, seguramente Arturo y yo te ayudaríamos con él para que no interrumpieras tus actividades profesionales. Tu última respuesta me dejó muda: “Sé que no puedo hacerme responsable de una criatura, va más allá de mis fuerzas; aunque contara con toda la ayuda, no puedo imaginarme a mí misma como madre”. No pude decir más, sólo pedirte que me mantuvieras al tanto y que contabas con todo mi apoyo. Me avisaste día, hora y lugar de la intervención; te pregunté si Rafael te acompañaría, y como me dijiste que sí, consideré que por tratarse de un asunto tan íntimo entre ustedes dos, yo saldría sobrando y no me ofrecí a ir contigo. Tiempo después me confesaste que querías mi compañía, y que me sentiste poco solidaria; lamento mucho ese malentendido, yo también hubiera querido estar contigo en esos momentos.

Unos meses más adelante descubriste que Rafael mantenía una relación paralela a la que tenía contigo; descubriste que cuando él te decía que iba a ver a su madre a Querétaro, en realidad iba a ver a su “novia”. Se desplomó tu confianza en él, y después de muchas discusiones se separaron. Él aducía que tenías un carácter insoportable; tú que no te respetaba, pues se burlaba de las reuniones

feministas a las que asistías.

Esa separación te afectó mucho. Además de la tristeza, la depresión, la rabia y el desencanto, empezaste a tener malestares físicos: te ardía toda la boca por dentro, como si estuvieras enchilada; a veces te daban mareos y dolores de cabeza. Consultaste a un doctor, y luego a otro, y a otro, y a otro; después visitaste homeópatas, yerberos e incluso hasta brujos. No hubo un diagnóstico claro, todos te recetaban algo, desde vitaminas y complementos alimenticios hasta chochos, agüitas y yerbas. Alguna vez llegas te a mi casa con una gran bolsa de plástico transparente, en lugar de bolsa de mano, llena de medicamentos —eran más de diez— para tomar en el curso de tu visita.

Te desesperabas cada vez más, te sentías muy mal física y anímicamente. Cada vez que me llamabas para contarme del último curandero o del remedio más reciente, yo intentaba tranquilizarte, te hacía ver que tenías que darle tiempo a cada tratamiento antes de cambiar de doctor, te preguntaba detalles sobre tus malestares y, dentro de mis estrechos límites, trataba de aconsejarte: que tuvieras paciencia y confianza en una posible curación. A veces ya no sabía qué decirte, veía que no tenías consuelo, que tu impaciencia aumentaba y el tiempo transcurría sin remedio; viviste cerca de dos años en este infierno.

Por otra parte, me extrañaba que tu terapeuta, con quien llevabas ya algún tiempo, no te pudiera brindar la ayuda necesaria. Yo suponía que todos tus males eran psicológicos y que se habían desencadenado a raíz de tu desilusión con Rafael, por lo que una buena terapia debía hacer que mejoraras, pero no era así. No sabía qué pensar: si tu terapeuta era incapaz profesionalmente, o tu enfermedad era, en verdad, imposible de curar.

En el curso de ese tiempo, seguíamos teniendo nuestros acostumbrados encuentros y llamadas telefónicas. Si bien estábamos de acuerdo en muchas cosas y compartíamos el interés por descubrir nuevos horizontes, a mí me costaba trabajo aceptar a algunas de

tus amigas feministas; eran muy bruscas y radicales, descalificaban en términos absolutos y groseros a los hombres en general, y en particular a quien no pensara igual que ellas; me producían sentimientos simultáneos de temor y rechazo. Se me quedó muy grabada una frase que dijiste cuando me contabas de una fiesta a la que asististe y que era sólo de mujeres; con gran hilaridad afirmaste que felizmente no se había presentado “ningún batracio con pene”. Esa expresión y tu actitud al decirla, me hicieron percibir en ti una gran amargura y falta de esperanza que me sobrecogieron. Sentí mucha tristeza por ti.

Ya te veía mal: no te concentrabas, no te mantenías quieta, nada te parecía bien. En unas vacaciones de diciembre, cuando te mencioné que iría a Playa Azul con una amiga, me pediste que te invitara. Acordamos que tú llegarías unos días después que nosotras, cuando mi amiga estuviera por irse a otro lugar. Esos pocos días que esperábamos fueran de tranquilidad y placer, resultaron casi una pesadilla, pues todo te incomodaba: la comida no te gustaba o te lastimaba la boca, pero tenías hambre; si íbamos al pueblo, la gente o los camiones te agobiaban; en las noches no podías dormir y a cada rato prendías y apagabas la luz, manifestando tu impaciencia; te aburrías muy pronto, empezábamos una actividad y ya querías hacer otra cosa; o te mareabas, o te dolía la cabeza y ya no sabías qué pastilla tomar, y me preguntabas qué hacer para remediar tus malestares. No sabía qué aconsejarte. Mi paciencia se agotaba, pero seguía haciendo el esfuerzo de estar contigo y ayudarte lo más que podía.

En ese estado de ánimo, una tarde, sentadas en la playa mirando al mar, con cierta tranquilidad comentaste:

—Yo creo que lo mejor es suicidarme, creo que sólo así podré descansar.

De momento pensé que era “un decir”; pero no, me di cuenta de que hablabas en serio y no lo toleré. Exploté y te dije casi a gritos que ni lo pensaras, que seguramente se encontraría algún

remedio para tus malestares, que el suicidio no era remedio para nada. Nunca te había hablado así, no te permití ni una palabra más al respecto, no soportaba la idea de tu muerte y menos aún del suicidio. Te prohibí categóricamente volver a mencionar el tema.

Tu idea del suicidio era algo que me rebasaba, no sabía cómo manejarla, me enloquecía, para mí era inconcebible, y sólo eso pude hacer. Después pensé que quizá tú necesitabas, precisamente, decirlo, desahogarte, descargar con alguien lo que tanto te atormentaba, pero no pude contenerte, no tuve la capacidad emocional ni espiritual para acogerte y consolarte, como me hubiera gustado. Me aterricé y me cerré. Ese incidente quedó guardado para ambas y jamás lo volvimos a mencionar, incluso mi memoria lo borró por mucho tiempo, hasta ahora.

Sin embargo, cada vez estabas peor. Incluso tenías movimientos corporales involuntarios, frecuentes y repentinos, comotícs. Llegué a pensar que te sentías tan mal que estabas inventándote la enfermedad de nuestra madre, que psicológicamente te habías sugestionado y la estabas imitando de manera inconsciente.

Te sentías tan aburrida de todo que pediste licencia en tu trabajo, pues ya no te gustaba; querías hacer algo distinto. Tradujiste un texto de tu especialidad y escribiste un artículo, pintaste tu casa, ya no sabías qué hacer, literalmente “no te hallabas”. Empezaste a temer la soledad, te alojaste por temporadas en casa de familiares y de amigos. Para las vacaciones de fin de año, me pediste pasar varios días en mi casa, pero en ese entonces yo tenía pareja y vivía en un departamento muy pequeño; al mismo tiempo me sentía emocionalmente desarmada para convivir con tu desesperanza. No podía decirte que sí, pero me costaba decirte que no. Cuando se lo platicué a una amiga, ella se ofreció de buena voluntad a recibirte en su casa, aunque también era sumamente reducida. Ese ofrecimiento de María Elena me hizo guardarle una profunda gratitud, que conservo hasta ahora, y con su apoyo me liberé en parte de la sensación de haberte defraudado.

Parece que fue benéfica para ti esa estancia con María Elena, al menos no pasaste sola el fin de año. Ella constató tu estado, que era de una aguda depresión y de un extremo sentimiento de vulnerabilidad.

Un sábado, el último sábado de enero de 1984, me pasé toda la mañana en un salón de belleza, primero esperando turno para que me rizaran el cabello, y después en el largo proceso del permanente; estuve muy a disgusto, los peluqueros no me trataron bien y al final me quemaron el cabello. La noche del día siguiente, domingo, recibí la noticia de tu muerte.

No entendía qué pasaba, ¿cómo era posible que hubieras muerto?, ¿cómo había sido? Tu vecino apenas podía hablar; me dio a entender que había sido por decisión propia, pero yo no terminaba de registrarlo. Mientras comprendía lo sucedido, me dirigí a tu casa, le pedí a Alfonso que me acompañara, no sin antes llamar a los hermanos y darles la noticia. Pensamos que era mejor avisar a nuestro padre cuando supiéramos algo más sobre lo que había sucedido.

Era evidente que lo habías preparado todo: sobre la mesa del comedor dejaste tus documentos más importantes, incluyendo un texto donde explicabas tu decisión. Estabas en el estudio, pero no me atrevía a pasar a verte. Tampoco quise preguntar cómo había sucedido, pero alcancé a escuchar que alguien mencionaba veneno para ratas. Supe que había que llamar al Ministerio Público, trasladarte a la delegación y realizar una serie de trámites. En ese momento me centré en lo que había que hacer y dejé de lado mis sentimientos; los había bloqueado para funcionar.

En la delegación nadie entendía tu letra, sólo yo supe descifrarla, y me ofrecí a transcribir a máquina tu último mensaje. Mientras lo hacía, estaba dividida; entendía tu letra pero no el contenido, entendía algunas frases pero no el verdadero motivo de tu decisión. Quería concentrarme en leer y releer tu caligrafía, pero sentía que todos me miraban con curiosidad y que debía terminar mi tarea lo

más pronto posible. Así que me protegí bajo esa y las demás misiones organizativas y administrativas para posponer el momento de darme cuenta de mi estado interno. Hubo que identificar te varias veces, pero eso lo hizo Arturo, yo no podía; había que organizar el lugar de velación, avisar a familiares y amigos, dar explicaciones, recibir pésames, firmar y recoger documentos, asistir al forense y obtener la autorización para el entierro o la incineración. Hubo varios momentos en que me enojé fuertemente contigo porque no estabas ahí para ayudarnos; como si estuvieras evadiendo una parte del trabajo que te correspondía, pues siempre nos habíamos repartido las tareas entre los hermanos. Todavía no había asimilado que tú ya no estabas con nosotros.

Arturo y yo asumíamos la dirección de los quehaceres: Vicente y Raúl realizaban los encargos que les encomendábamos, y Gloria recibía las condolencias. Nos hacías falta para tomar algunas decisiones, para responder a preguntas incisivas y afrontar consejos no pedidos de algunos impertinentes. El equipo estaba incompleto, te necesitábamos para organizar tus propios funerales. Sí, Beatriz, así de absurda era mi sensación.

Con esta experiencia entendí “en carne propia” que las ceremonias tienen no sólo una función social sino también una función emocional individual y grupal; el velorio, el entierro, los rosarios, las misas, sirven para procesar una realidad tan repentina y tan contundente que no podemos aceptar en un primer momento; sirven para digerir en grupo la ausencia de alguien cercano y nos dan la oportunidad de sentir el dolor que ello nos causa. A mí me hizo falta permanecer en tu velorio y darme cuenta de lo que me pasaba internamente; al poco tiempo de estar ahí, tuve que ir al forense, acompañada por Inés, y regresé casi para salir al panteón.

Pedimos que fueras incinerada y depositamos tus cenizas en la tumba de nuestra madre. Fue un acto íntimo; únicamente los cinco hermanos presenciamos la exhumación de los restos maternos, golpeados

por emociones intensas y contradictorias, reprimiendo lo más posible cualquier explosión de sentimientos.

No hubo rosarios ni misas por respeto a tu convicción antirreligiosa, así que cada quien por su lado procesó su pérdida como pudo. Yo me fui a la playa con Alfonso y con María Elena, adoptando el remedio que mucha gente cree apropiado: distraerse, no encerrarse para no estar pensando todo el tiempo en la tristeza, airearse para olvidar pronto. En realidad lo que sentí fue que no encontraba el lugar ni el momento adecuados para desahogarme. Un día, en la playa, me alejé un poco de mis amigos porque necesitaba estar sola, y ahí, en traje de baño, tumbada boca abajo y a pleno sol, tuve un fuerte ataque de llanto. Casi me convulsionaba en cada bocanada de dolor, emitía sonidos que seguramente se escucharon a buena distancia, pero no me importó; mi necesidad de desahogo era superior a cualquier sentido de pudor.

Saberte ausente para siempre era doloroso, pero todavía comprensible; saberte derrotada me afectaba aún más, pues no concebía que tú, la valiente, hubieras tenido que doblegarte. Traté de entender tus motivos y tu percepción de las cosas: tenías que haberte sentido muy, pero muy mal, para decidir suicidarte. Imaginar el grado de soledad, de aislamiento, de abandono y de desesperanza en el que te encontrabas, me lastimaba tan profundamente que con dificultad sostenía ese sentimiento por más de un instante. Pensar que hubieras sufrido físicamente en el tránsito de tu muerte, me producía un pesar y un desasosiego que llegaban casi a la desesperación. Cruzó también por mi mente el oscuro pensamiento de que quizá te hubieras arrepentido cuando ya era tarde, pero eso sí ya no lo aguantaba, así que en cuanto aparecía ese pensamiento, lo desechaba de inmediato. Concluí que se necesitaba de una gran dosis de valentía tanto para decidir vivir, como para decidir morir, y respeté muy sinceramente la salida por la que optaste; no tuve problemas de conciencia como le sucede a otras personas en casos similares.

Finalmente, me quedé con la idea de que fue tu infinita soledad lo

que te llevó a la muerte. Por eso, cuando mis primas me preguntaron cómo me podían ayudar, les pedí que por favor nunca me dejaran llegar a esos niveles de aislamiento, que por favor se mantuvieran cerca de mí, aunque a veces pudiera ser no muy grata, como lo fuiste tú en los últimos tiempos. Puedo decir, en honor a la verdad y con un agradecimiento de todo corazón, que han cumplido con mi solicitud al pie de la letra.

Es importante para mí decirte que María e Inés, nuestras primas cercanas —Inés más cerca de ti por edad—, han sido mis apoyos más importantes después de tu muerte. Ellas, un poco mayores que nosotras, con quienes compartimos tantas y tantas reuniones familiares en casa de la abuela durante la infancia, y en nuestras casas en la juventud y en la edad adulta; con quienes tuvimos menos intereses comunes mientras sus hijos estaban creciendo, se fueron convirtiendo cada vez más en compañeras y amigas tanto en las ocasiones de festejo y disfrute como en los momentos más difíciles. He de decirte que estoy segura de no haberme colapsado en más de una ocasión gracias a su presencia solidaria y oportuna, incondicional y comprensiva.

Aproximadamente dos semanas después, tuve que dismantelar tu casa, que habías legado a Arturo, según tu nota fina. Sólo estuvimos Inés, Arturo y yo; creo que los demás decidieron no asistir. Ése fue otro ritual de despedida y de sufrimiento: revisar tu ropa, tus enseres de cocina, tus medicinas, tus artículos de tocador, libros, papeles, fotografías, muebles. Determinar el destino de cada cosa, qué quería conservar y de qué estaba dispuesta a deshacerme. También entonces experimenté sentimientos contradictorios; había cosas que quería tanto, que prefería eliminar pronto de mi vista, oscilaba entre el apego y el desprendimiento, dudaba y padecía.

En las semanas subsecuentes, varias de tus amigas me ofrecieron consuelo, me llamaron o me visitaron y se preocuparon por hablarme de ti; de cómo te veían últimamente, de tus logros y aciertos. Nadie mencionó la enfermedad de nuestra madre, todas coincidían

en que tenías alteraciones psicológicas o emocionales. Ni siquiera tu terapeuta —que me mandó llamar para asegurarme que lo que escribiste en tu mensaje póstumo sobre la envidia que me tenías no era dirigido a mí, sino a la vida, producto de tu desesperación— se atrevió a mencionar la posibilidad de que tuvieras Huntington. Es más, la que había sido mi terapeuta, socia de la tuya, a quien le pregunté abiertamente si teníamos probabilidades de heredar esa enfermedad, sesión tras sesión, me dijo que se había olvidado de consultar los manuales necesarios para darme respuesta.

De manera que, ahora que tengo más información y, sobre todo, después de los hechos, me doy cuenta de que por supuesto que tenías corea de Huntington y de que todos lo negamos, empezando por tus amigas psicólogas. A decir verdad, no sé si ellas lo intuían o lo sabían a ciencia cierta y pensaron que era mejor no decirnos nada, o si simplemente se sumaron a la negación de la realidad que establecimos colectivamente. Tú misma no mencionaste nada al respecto en tu despedida. La idea de la enfermedad familiar existía en todos nosotros de manera subterránea, pero hasta tu muerte, no pensamos en ella como algo realmente factible para nosotros.

Yo seguía muy desconsolada, acomodando la multitud de pensamientos y sentimientos que se desataron con tu partida. Además, tenía que seguir mi vida diaria: el trabajo, mi relación con Al fonso, las ocupaciones domésticas. En esas primeras semanas tuve un sueño que no lo parecía por la calidad de las imágenes: extremadamente nítidas, vívidas, luminosas y con cierto grado de transparencia. Cualquier película que hubiera visto con imágenes parecidas, palidecía ante la majestuosidad de lo que estaba percibiendo. Aparecía tu rostro de gran tamaño, abarcando toda mi vista; estabas muy hermosa, como nunca antes, infinitamente más bella que cuando eras bebé, con tu pelo muy rubio y tus ojos verdes especialmente brillantes. Emanabas una luz dorada muy fina; lucías radiante y serena, con una sonrisa dulce y pícara, de complicidad. Parecías pletórica de felicidad. Entendí que dondequiera que te encontraras, no estabas

sufriendo, que estabas muy bien acompañada, que habías actuado correctamente. Que rebosabas alegría y querías que yo lo supiera. Además, necesitabas contarme con detalle lo que había pasado y describirme paso a paso ese otro mundo donde ahora estabas, pero mi espíritu era incapaz de recibir tal torrente de comunicación y me asusté, tanto, que inmediatamente desapareció esa visión. Lamenté mi pequeñez, porque sí me hubiera gustado saber lo que querías decirme.

Otro día soñé-sentí que me llamabas por teléfono; ya no te veía. Querías retomar el ritmo de nuestras interminables conversaciones telefónicas para contarme tus novedades, como antes, pero ahora tus novedades se referían a un lugar desconocido para mí, tan atractivo como distinto y misterioso. Entendí que en esa ocasión te valiste del teléfono para no asustarme, para probar si de esa manera podíamos comunicarnos. Querías consolarme y a la vez hacerme partícipe de tu maravillosa aventura. Nuevamente me atemoriqué, no podía sostener el auricular y simplemente escucharte, quería pero no podía; entonces, como por encanto, se interrumpió la experiencia. Nunca más volviste a intentar otra comunicación. Me pesó mucho mi incapacidad, pero finalmente sí lograste consolarme: de una manera que para muchos parecería mágica, me tranquilicé y acepté tu muerte con serenidad.

Ahora que han pasado los años, me doy cuenta de que mi relación contigo fue más intensa que con cualquier otro de mis hermanos; primero fue de amor-odio, luego de identificación, crecimiento, camaradería y apoyo mutuo. También me doy cuenta de que tu muerte es la que más me afectó de todas, pues fue la primera de los hermanos y totalmente inesperada. No ocurrió directamente como producto de una enfermedad, lo cual me hubiera ayudado a prepararme para el desenlace final. Fue producto de tu voluntad, y

eso me cimbró en cuerpo y alma. Nunca antes había estado cerca de una experiencia así, me hizo constatar la fragilidad de esta vida y vislumbrar la posibilidad de otra. Ahora confirmo que descansas en paz.

¿Por qué me sacudió tanto tu muerte? ¿Por qué me ha sido tan difícil entrar en contacto con mis sentimientos hacia ti para escribir este texto?

Finalmente, lo que representabas para mí era la posibilidad de ser y hacer cosas diferentes a lo establecido y lo aceptado socialmente, la posibilidad de ir más allá de lo que nos había mostrado nuestro medio familiar. Eras mi punta de lanza, lo que tú hicieras tal vez yo lo podría hacer; eras un punto de referencia obligado en todas mis decisiones; fueran en el mismo sentido o en sentido contrario a tu manera de resolver las cosas.

Saberte impotente ante condiciones adversas contradecía mi noción de ti: la que podía, la que luchaba, la que lograba. ¡Cómo!, ¿tú no pudiste y entonces yo no podré? Me resistía a aceptarlo, me aferraba a la idea de que la voluntad lo puede todo, y tú eras mi ejemplo de voluntad.

Tu ausencia me confrontaba conmigo misma, me obligaba a decidir por mí misma, a prescindir de ese referente que habías sido tú; ahora yo sola debía tomar la responsabilidad de discernir lo que era conveniente o no, de abrir nuevas brechas, de arriesgarme a experimentar por mi cuenta.

Me había acostumbrado, sin percatarme, a ir un poco detrás de ti: a caminar, trotar o correr siguiendo tus pasos, a veces muy de cerca, a veces a distancia, con cierto disimulo o bajo protesta; también tomaba caminos diferentes, incluso desaprobando con violencia las vías elegidas por ti, pero siempre en comunicación contigo, siempre en comparación contigo. Por eso cuando elegiste la muerte me detuve en seco; ahí no podía seguirte, la respiración se me aceleraba, se me entrecortaba, como si te hubiera visto saltar a un precipicio y yo me hubiera detenido justo a tiempo, justo en la orilla. Nunca he dejado

de respetar tu decisión, pero desde ese momento en adelante, mi afirmación por la vida fue rotunda.

DON ARTURO

El ingeniero Suárez, mi padre, tú, eras taciturno, de gesto adusto, aprehensivo, sensible, por momentos atormentado y a veces fíes ero: risueño, bailador y ávido de vida.

Te casaste en 1945, a los treinta años, con una bella mujer de veintiséis, mi madre. Tuvieron seis hijos, según dicen, a pesar del consejo de amigos y familiares, quienes opinaban que no deberían tener tantos. Queda en el misterio para siempre por qué no limitaron tan prolífica descendencia; las opiniones se dividen: unos dicen que se sometieron a un ciego acatamiento de las disposiciones de la Iglesia contra los métodos anticonceptivos; otros, que des conocían dichos métodos —aunque una amiga tuya sí los practicó: ella me cuenta que era un asunto tratado con mucha reserva en ese tiempo, pero que sí había medios para prevenir los embarazos—; y también dicen que la enfermedad de mi madre disparaba un apetito sexual irrefrenable. Después, en nuestra primera juventud, cuando te preguntábamos el porqué de tantos hijos, siempre respondiste tajantemente: “Ése es un asunto privado entre su madre y yo; nadie tiene derecho a cuestionarme ni a opinar”.

Queda también en el misterio si se sabía o no que ella era portadora de una enfermedad incurable, degenerativa, hereditaria y mortal. Nos dijiste que se supo a partir del nacimiento de Vicente, cuando ella empezó a presentar rarezas, como el no hacer absolutamente nada y pedir a las sirvientas que le acercaran cualquier objeto, aunque estuviera al alcance de su mano, por ejemplo. Pero hay versiones diferentes: que antes de la boda sí se sabía de la enfermedad de nuestra madre y que los padres adoptivos de ella advirtieron a la posible consuegra de la situación real, pero que tanto ella como tú se empeñaron en realizar el matrimonio. Incluso se dice que ése

fue el motivo de la animadversión de suegra contra nuera, misma que posteriormente pudimos constatar los hijos.

¿A qué se debió tal empeño en llevar a cabo el matrimonio? A falta de información certera, también especulamos: hay quien asegura que tú, después de haber sido rechazado ya dos veces en tus requerimientos matrimoniales por otras pretendidas, y debido a que sufrías un complejo de inferioridad, encontraste en Alicia la oportunidad de probar ante el mundo, quizás ante tu madre en particular, que sí podías tener una esposa, y no cualquiera, sino una mujer de buena estatura, blanca y hermosa; y que ella, por su parte, sabiéndose portadora de tan terrible enfermedad y ya casi considerada solterona a sus veintiséis, vio la oportunidad asimismo de realizar las expectativas atribuidas a una mujer de su clase y condición: matrimonio y maternidad. También hay quienes opinan que quizá lo que motivó el matrimonio fue la creación de lazos solidarios entre dos personas que se sentían marginadas, necesitadas de aceptación, y que estuvieron dispuestas a complementarse entre sí. Lo único que sé es que no recuerdo ninguna escena de amor o ternura entre ustedes, sí de tolerancia y aceptación, de cortesía y trato civilizado.

Tú, don Arturo, padeciste las consecuencias como ningún otro miembro de la familia, pues te sentías víctima, pero también responsable en parte. Al menos así me pareció a mí.

Durante mis primeros cuatro años de vida te veo trabajando en tu pequeño despacho —una construcción separada de la casa por el jardín del frente, a la entrada, cerca de la calle—, donde conservabas exóticos objetos traídos de tus correrías ingenieriles, como un lagarto disecado; cantándome canciones con letras alusivas a nuestro color, como “Morena, morena fuiste por mi triste desventura...” u “Ojos negros, piel canela, que me llevan a desesperar. Me importas tú y tú y tú, y nadie más que tú...” También te veo curando una a una las ronchas causadas por la rubéola y el sarampión en Beatriz, y por el sarampión en Gloria y en mí. Esta tarea te tomaba tanto tiempo que cuando terminabas con la tercera hija ya era hora de empezar con

la primera, y gracias a tu minuciosa paciencia ninguna de nosotras conservó ni el más mínimo rastro de tales laceraciones cutáneas.

Cuando vivíamos en la calle de Atlixco, a mis cinco años, todavía era tu consentida, me decías Canque de cariño, aludiendo a cómo yo pronuncié mi nombre por primera vez: Cánqueles; todavía me cantabas canciones relativas a nosotros, en ellas no cabía nadie más, pues los demás eran blancos o francamente rubios; entonces, acariciabas mi pelo colocándolo detrás de mi oreja, con lo que yo llegaba al éxtasis del placer; nos bañabas en tina a Gloria y a mí y nos preparabas tu máximo logro culinario: bolillos al horno untados con mantequilla, y chocolate caliente; te ocupabas de revisar la casa cuando llegabas en la noche y descubrías que habíamos dejado la estufita de juguete conectada a la corriente eléctrica, por lo que después de explicarnos el peligro y de reconvenirnos, decidiste desprender la clavija del cable de la estufa. Siempre fuiste muy racional para regañarnos: nos preguntabas nuestros motivos y nos explicabas los tuyos —por ejemplo, cuando me preguntaste por qué despanzurré una muñeca y te contesté que quería saber qué tenía dentro, contestaste que las muñecas eran para jugar con ellas, no para averiguar nada en especial—; nos dejabas mudas y sin posibilidad de réplica, pues tus argumentos siempre eran más sólidos.

Al cabo del tiempo, a cierta distancia, reconocí tu aspecto maternal, quizá provocado por la disminución de capacidad de mi madre para atender al detalle nuestras necesidades.

El primer gran golpe para la familia fue cuando se decidió nuestra separación: Beatriz ya estaba con la abuela, los demás viviríamos con las Martínez Parente, nuestra madre iría a un hospital psiquiátrico “porque estaba enferma”, y tú tendrías que trabajar fuera de la ciudad. Ese padre adorado, al que yo me parecía, que me consentía y distinguía frente a los demás, el padre que nos cuidaba como una madre, nos abandonaba (me abandonaba). Te tomaste el tiempo de explicarnos a Gloria y a mí qué era lo que estaba sucediendo: primero hablaste de la enfermedad de nuestra madre, luego de tu necesidad

de ganar más dinero para mantenernos a todos —incluyendo los gastos del hospital y de los médicos de nuestra madre—, y concluiste destacando las bondades de las señoritas que se encargarían de nosotros, que ya habían probado con los cuidados que prodigaban a Raúl, nuestro hermano recién nacido con grandes dificultades para sobrevivir.

Ante tantas explicaciones, que me convencían y abrumaban por su contundencia, te pedí que nos llevaras contigo, pero tu implacable razón se impuso: en pequeños poblados donde tendrías que residir no habría escuelas apropiadas para nosotros ni habría quién nos cuidara debidamente. Mi ansiedad por conservar tu compañía y el grupo familiar me impulsó una energía que aún ahora, de adulta, reconozco como potencia inaudita: me llevó a asegurarte que sostendría una casa con todos los hermanos, que sería capaz de hacer las compras y preparar los alimentos, de limpiar la casa y de ir a la escuela. Yo me sentía lo suficientemente eficaz para realizarlo, pero desde luego tú no, pues yo tenía sólo cinco años. La separación me causó una tristeza infinita, tanta, que el pecho me dolía físicamente, como si hubiera recibido un directo puñetazo. Todavía recuerdo ese dolor. No pude enojarme ni rebelarme ni defenderme. Jamás me permití un sentimiento de reproche hacia ti, pues no te consideré responsable de la situación. Acepté como inevitable nuestro destino debido a que no podía culpar a nadie por la enfermedad de nuestra madre. Guardé mi rabia y mi desesperación, pues no tenía a quién dirigirlas.

Para colmo de males, se acabó también esa comunicación afectiva entre tú y yo. Cuando venías a visitarnos, quizá cada dos o tres meses, corríamos a abrazarte y a treparnos por tu cuerpo hasta colgarnos de tu cuello, pero pronto nos pusiste un alto: nos indicaste que no era necesaria tanta efusividad, que nos acercáramos a ti y que nos sentáramos a tu alrededor —a cierta distancia— para poder vernos y hablar cómodamente, correctamente. Ése fue un balde de agua fría para mi necesidad de cariño y de aceptación; a partir de entonces se

cerró mi posibilidad de manifestar afecto abiertamente, se perdió mi confianza para expresar sentimientos amorosos. También te pregunté por esto cuando ya era adulta y entendí tu respuesta, aunque no la compartí. Según tú, como ya habíamos perdido prácticamente a nuestra madre, y como tú corrías muchos peligros en los campos de construcción, era probable que fueras víctima de algún accidente, así que decidiste distanciarte afectivamente de nosotros para que no padeciéramos más aún, en caso de que murieras. Tu lógica de “sufre ahora para que no sufras después” era impecable, pero errónea, pues el sufrimiento presente era seguro, pero el futuro no estaba garantizado. Aplicabas esa lógica también con las comidas: obligabas a nuestros hermanos a comer lo que no les gustaba porque “qué tal que un día se encuentran en la situación de que no haya nada que comer salvo lo que no les gusta; si desde ahora se acostumbran a todo, ya no les costará trabajo cuando se presente tal situación”.

Supongo que te agobiaba nuestra demanda de atención y de afecto, que se te partía el corazón y preferías cubrir tus sentimientos con una coraza de corrección de maneras y comportamiento adecuado.

En ese mismo sentido, el de hacernos independientes y organizadas por si algún día llegaras a faltar, decidiste darnos una cantidad de “domingo” mayor a la usual para las niñas de nuestra edad —de menos de diez años—; tu idea era que aprendiéramos a administrar el dinero, que no lo gastáramos todo el primer día y menos en cosas innecesarias. De ahí debíamos tomar también para las compras de útiles y pequeños gastos escolares. He de reconocer que tuviste éxito conmigo, pues pienso mucho antes de gastar en algo fuera de lo previsto.

Algo que para mí no tiene una explicación clara es por qué aceptaste que Beatriz se fuera a vivir con la abuela, separándola de nosotros, sus hermanos. ¿Fue tu madre quien te convenció y no pudiste oponértele, a pesar del sufrimiento que le causabas a tu esposa? ¿Por qué no actuaste decididamente para mantener unida a tu familia?

¿Por qué permitiste una intervención tan severa de tu madre en tu vida personal? Entiendo que te hayas sentido apabullado por la dura realidad de encontrarte frente a una esposa tan enferma que no se podía valer por sí misma y con seis hijos pequeños que mantener y educar, y que esas circunstancias te debilitaron al grado de aceptar lo que en otras circunstancias sería inaceptable.

En cada una de tus visitas veíamos a nuestra madre en el hospital. Tuviste la entereza de explicarnos en qué consistía su enfermedad: era una afección en alguna pequeña parte del cerebro, que hacía que ella fuera perdiendo control sobre sus movimientos corporales, y nos aclaraste que no estaba loca, como cuchicheaban las Martínez Parente a las madres de otros niños, que ésta era una enfermedad de origen absolutamente físico. También con el correr de los años, cuando llegábamos a hablar de estos temas, nos contaste cómo varias personas te aconsejaron que nos dijeras que nuestra madre había muerto, para que de esa manera no nos afectara el asunto de su enfermedad, pero que después de pensarlo mucho decidiste que no era sano mentirnos de esa manera, pues era mejor que supiéramos la verdad y aprendiéramos a enfrentarla. Me pareció admirable tu proceder, te lo agradecí y estuve plenamente de acuerdo contigo. Aun ahora confío en mi reconocimiento a tu valentía por haber tomado esa decisión. Es más, seguramente tu actitud al respecto, y quizás otras, han influido en mí de tal manera que me siento más preparada para conllevar situaciones difíciles que para convivir con, y menos aceptar, una mentira.

Gozaba tus visitas, especialmente cuando lucías tu veta de conversador: en las sobremesas te gustaba hablar de los inventos recientes, de los aparatos que no existían cuando eras niño, de las posibilidades futuras del desarrollo tecnológico; te gustaba ejercitarnos en el cálculo mental y en problemas de física, de los que se resuelven a base de razonamiento. Yo disfrutaba al aprender todo eso, pero no me gustaba que nos pusieras a competir, entonces yo no quería participar. Nos llevabas a pasear a Cuernavaca y nos en-

señabas cuestiones relativas a las carreteras: cómo se construyen, cómo leer el kilometraje recorrido, las distancias entre una ciudad y otra; conocimos palabras como motoconformadora, peralte, fantasmas, señalización; nos hablabas de las grandes obras de ingeniería civil, de los puentes y las presas. Además, contigo aprendimos a buscar palabras en el diccionario y a usar las enciclopedias, incluso el directorio telefónico; supongo que tratabas de ayudarnos para que nada se nos atorara, para que resolviéramos por nosotros mismos las dudas que se nos presentaran. Durante esa etapa infantil te recuerdo como proveedor de conocimientos y de herramientas para la vida, como el maestro más importante.

Por otra parte, compartías con nosotras tu lado festivo. En las reuniones familiares, como las navidades o los fines de año, bailabas con nosotras —cuando éramos demasiado pequeñas nos cargabas para colocarnos a tu altura— melodías de tu época, como danzones y piezas de Luis Alcaraz. Al aproximarse cualquier fiesta, me hacía ilusión pensar en el momento en que empezaríamos a bailar. Yo escuchaba tus discos, los que dejabas en la casa de la abuela aunque estuvieras en otra ciudad, mientras hacía mis tareas de primero de secundaria: el disco Aires del Mayab, de la trova yucateca, y los de Rebeca, Tony Espino, Morquecho, Elvira Ríos, obras clásicas en piano y muchos otros. Hasta la fecha siento un especial gusto cuando escucho alguna de esas piezas; de inmediato se prende una chispa en mi interior, se dibuja una sonrisa en mi rostro y mi cuerpo se dispone a bailar. Si la escucho en el auto, casi tengo que detenerme para no bajar del coche y danzar en la calle mientras el semáforo está en rojo.

La marimba te fascinaba, en cuanto había pretexto contratabas una. Fue inolvidable la fiesta de quince años de Beatriz, en la que todos los invitados —más de cien— asistieron disfrazados de personajes de cuento, y en la que no faltó la marimba; lo mismo sucedió en los quince de Gloria y en mis diecisiete. También heredé ese gusto, las marimbas me alegran y me entusiasman, me despiertan un gozo fulminante.

En algún sentido seguías teniendo preferencia por mí en ese tiempo, o al menos no descuidabas atender alguna necesidad específicamente mía. Por ejemplo, cuando yo manifesté interés en aprender a patinar en hielo, entonces de moda, me llevabas solamente a mí, en la noche, un poco tarde, cuando te desocupabas del trabajo, durante tus cortas estancias en la ciudad.

En otras ocasiones nos llevabas a Gloria y a mí al cine, a la última función del cine Lido —después Elektra y después desaparecido—. La aventura empezaba por el horario, pues éramos relativamente chicas, menores de quince años; también era extraordinario porque íbamos a pie, caminábamos como unas quince cuadras, que se convertían en paseo y en una oportunidad para charlar tranquilamente contigo. En una de esas salidas vimos Melodía inmortal, la vida de Eddie Duchin, que tanto me conmovió. Siempre que escucho la música de esa película vuelvo a sentir una aguda tristeza, deseos de llorar y una especie de nostalgia persistente. Aparece en ella un padre que enviudó y abandonó al hijo; éste sufre la separación y tarda en volver a aceptar al padre. Ver ese proceso en la pantalla, precisamente contigo a mi lado, me llenaba de emociones diversas y muy profundas; se abría la posibilidad de que habláramos sobre qué nos pasaba a nosotros con la separación, pero creo que ni tú ni Gloria ni yo nos atrevimos a mencionar el asunto.

Cuando murió nuestra madre, a mis doce años, pensé que también tú estarías más tranquilo, incluso que tal vez quisieras volver a casarte; pero no, siempre descartaste la idea, a pesar de las sugerencias muy concretas que te hacían amigos y familiares. Yo me daba cuenta de que tu negativa no se debía a un sentido de fidelidad hacia nuestra madre —pues nunca pronunciaste palabra o indicalcas te con actitudes nada parecido a un sentimiento amoroso y de lealtad hacia ella—, pero no entendía cuál sería el motivo. Posteriormente, durante nuestros años inquisidores contigo, te preguntamos por qué no volvías a casarte y, después de mucho insistir, contestas que sabías que nadie te iba a querer con seis hijos; te refutamos

enérgicamente, pues sabíamos que había mujeres que te aceptarían sin dificultad, sobre todo entonces, que ya éramos adolescentes y jóvenes, no niños pequeños que cuidar, y te reprochamos que no consideraras un obstáculo para establecer una relación. Si salías con amigas, siempre te apresurabas a aclarar que eran sólo amigas, pues enseguida nos entusiasmaba la idea de que tuvieras aunque fuera una novia. Pero no, nunca la tuviste, o al menos no nos enteramos.

A los seis meses de la muerte de nuestra madre, falleció tu madre, y poco tiempo después tomaste la decisión de que viviéramos todos juntos contigo, donde tuvieras trabajo, que en ese entonces era en Ciudad Obregón, Sonora, y después en Agua Prieta. Esa estancia en aquellas tierras fue corta: regresamos a la ciudad de México después de poco más de un año. Yo tenía catorce años, y desde entonces hasta que cumplí veinte te preocupaba mucho nuestra educación, nuestro futuro. Temías que nos fuéramos a desbocar, que nos descarriáramos: no sabías cómo tratarnos a las mujeres, pero nos dabas algunas libertades; seguramente tenías encima las máximas convencionales repetidas por las señoras bien intencionadas y de buena sociedad que hablaban de que las niñas se perdían fácilmente a falta de una madre que las vigilara de cerca, pero al mismo tiempo suponías que éramos suficientemente juiciosas. En cambio, trataste a mis hermanos, por ser hombres, con desconfianza, y les restringías al máximo su posibilidad de acción. En momentos posteriores, cuando hablábamos de adulto a adulto y reflexionábamos juntos sobre algunos aspectos de nuestra historia, nos explicabas que para ti fue muy difícil educarnos, pues tenías que cubrir las funciones tanto de padre como de madre, y que muchas veces no sabías qué tanto exigir y qué tanto permitir. Entiendo y aprecio tu valentía al decidir hacerte cargo de tus hijos, lo que no habías asumido anteriormente, quizá debido a las circunstancias tan adversas y quizá también por la presencia de tu madre.

Durante ese periodo de nuestra adolescencia-juventud el tema de nuestra madre fue escasamente abordado. Yo quería saber cómo

se habían conocido ella y tú, que nos contaras pasajes románticos entre ustedes, algo más sobre las familias ligadas a nuestra madre, sobre el segundo matrimonio de la abuela Flora, quiénes eran en realidad los “abuelos” Carricart, padres adoptivos de nuestra madre, por ejemplo, y, por supuesto, sobre la enfermedad. Nunca te negaste a contestar, desde niños nos llevabas de visita con los familiares maternos, pero no quedábamos satisfechos con tus respuestas. Fue la etapa en que te preguntábamos todo, te cuestionábamos a veces agresivamente, sobre todo Beatriz, a veces en plan de simple charla familiar, pero de una o de otra manera, nos quedábamos con la sensación de que no nos habías dicho todo, de que había información oculta y de que lo que nos decías era un tanto vago y evasivo; incluso en ocasiones te ceñías a dar respuestas breves para cerrar con rapidez el tema y evitar nuevas preguntas. ¿Recuerdas?

En alguna ocasión, cada uno de nosotros, por otra parte, hizo indagaciones sobre la enfermedad o manifestó su preocupación al respecto; quizá porque estábamos en edad de pensar en formar pareja y queríamos saber si heredaríamos el mal materno. Yo hablé con mi prima Patricia, que estudiaba la carrera de química farmacobióloga, y le pregunté si sabía de sustancias que causaran la muerte sin dolor, pues entonces pensaba que si llegara a enfermar como mi madre, me suicidaría; le hice prometer que, llegado el caso, me proporcionaría dicha sustancia y que no le diría a nadie, bajo ninguna circunstancia, ni entonces ni después.

Al poco tiempo nos convocaste solemnemente a todos tus hijos. Después de reprocharnos por no haber tenido la suficiente con fianza para preguntarte lo que queríamos saber —puesto que eras la persona más informada y siempre habías estado dispuesto a contestar cualquier pregunta—, nos dijiste que, con tristeza, te habías enterado de que varios de nosotros habíamos estado haciendo indagaciones con familiares y amigos sobre la enfermedad. Reiteraste que ese padecimiento no era hereditario, pero a fin de

que quedáramos plenamente convencidos, nos propusiste visitar al doctor De la Fuente, quien había atendido a nuestra madre por varios años. Hicimos la visita y el especialista negó también la posibilidad de la herencia “en nuestro caso”, pues tú habías hecho una amplia y exhaustiva investigación entre los familiares, cercanos y remotos, de nuestra madre, sin encontrar un sólo indicio de la enfermedad. Por ello quedaba descartada tal posibilidad. La explicación no me pareció del todo científica, sobre todo pensando que en esos tiempos la gente ocultaba y negaba a sus enfermos; con más razón lo harían ante un desconocido que se decía casado con una enferma de su familia. No quedamos convencidos, seguimos con la sensación de que la información había sido incompleta o de que algo se ocultaba.

Fue después de mucho tiempo, cuando Beatriz y tú ya habían muerto y se había declarado la enfermedad en Gloria y en Vicente, que Arturo y yo dedujimos que las afirmaciones del doctor De la Fuente no eran atribuibles a su ignorancia, sino que quizá se habían puesto de acuerdo él y tú para evitarnos años de angustia y de espeluznante espera antes de la aparición de los primeros síntomas. En ese momento nos sentimos indignados y engañados, pero nos dimos cuenta de que tal respuesta amortiguó, aunque superficialmente, nuestra desconfianza y, con titubeos, pensamos en un futuro para nosotros.

Me imagino el laberinto mental en el que te sumergiste: tú que eras tan metódico y racional para resolver tus problemas, que pasabas días enteros poniendo en la balanza los pros y los contras antes de tomar cualquier decisión, que generalmente preferías decir la verdad, que estabas en la línea de fuego constantemente porque te acribillábamos a preguntas. ¡Qué paradoja!, como si hubiera funcionado tu lógica habitual, pero en sentido inverso: “No sufras ahora, porque sufrirás mañana”. Creo que después de la consulta con el especialista nos quedó claro que no tendríamos una respuesta convincente; cada quien guardó sus dudas y libró la batalla como pudo.

Cuando yo tenía veinte años, te fuiste a trabajar a Chiapas y no-

sotros decidimos no ir contigo —salvo Raúl, a quien te llevaste obligadamente—; seguimos la vida normal de nuestra edad, cada quien con sus trabajos o estudios, pensando hacia adelante, buscando disfrutar de la vida y aprendiendo a asumir nuestras responsabilidades. Después Beatriz y yo nos independizamos; regresaste a México y tiempo después se fueron de la casa, paulatinamente, Arturo, Gloria y Raúl; Vicente se quedó contigo. Ése fue otro periodo, hasta mis treinta y cuatro años, en el que nuestra relación fue de adulto a adulto, en el que me respetabas y nos consultábamos mutuamente.

Fue entonces cuando compraste una casa a medio construir en San Jerónimo, con la ilusión de recibir ahí a tus hijos y a tus nietos, una ilusión en realidad, pues ninguno de nosotros pintaba para tener hijos. Esa casa, que nunca terminaste de construir.

A mi regreso de Moscú, donde trabajé durante dos años en la Embajada de México, tuve un pequeño accidente en una rodilla y me refugié en tu casa mientras sanaba. Después, te visitaba armada de buen vino, carnes frías y quesos, para charlar ampliamente sobre cualquier cosa. Recuerdo que por esos años tomaste un crucero por el Caribe, te compraste ropa adecuada para la ocasión y preparaste el viaje con todo cuidado; también viajaste a Argentina y nos trajiste muchos regalos; te fuiste a vivir a Cuernavaca, donde casi nunca te visité. Te cambiaste a un departamento amueblado en la calle de Amsterdam; yo también me cambié a Amsterdam, por coincidencia, y nos convertimos en vecinos. En una ocasión, incluso, nos embriagamos juntos con anís, durante una larga sesión de interesante plática, repasando nuestras vidas y nuestros pareceres, y por primera vez hablaste conmigo abiertamente —co-mo a una amiga— sobre la borrachera: me llamaste al día siguiente para preguntarme qué tan cruda había amanecido. Ese lapso fue una delicia para mí: tú y yo éramos más compañeros, casi confidentes; compartíamos placeres gastronómicos y temas de conversación.

Fueron muchos años y pasaron muchas cosas; nuestra relación se iba transformando. Aumentaba la posibilidad de comunica-

ción, pero con ciertos límites. Cuando te hacía preguntas demasiado fuertes, no lo soportabas y se te salían las lágrimas, lo que yo tampoco soportaba; me desesperaba y tenía que desistir de abordar ciertos temas.

En todo ese periodo tu ánimo iba decayendo poco a poco. Cuando todavía vivíamos en la calle de Arquitectos, en la colonia Escandón, a fines de los años sesenta, empezaste a tomar un poco más: llegabas a la casa ya con varios alcoholes encima. Un día lle gaste tan tarde y tan mal, que solamente nos percatamos de tu estado cuando se escuchó un estrepitoso ruido que provenía del baño; nos despertamos y Gloria corrió a verte. Te habías caído en la tina y te habías lastimado la cabeza. El doctor recomendó que guardaras cama, pero después de una semana en que no te reponías y seguías en cama y con suero, tuvimos que internarte y fuiste operado del cerebro: tenías un coágulo que había que extirpar. Esa experiencia fue terrible para todos, pues por primera vez y de manera un tanto brutal, nos dimos cuenta de tu debilidad, de tu fragilidad; no nosotros, que tanto necesitábamos de figuras fuertes. En los días previos a tu operación, empezaste a decir incoherencias, a necear como niño chico, pedías un cigarro largo, largo, como de ocho me tros... Nosotros, los chicos — adolescentes y jóvenes— teníamos que ser los prudentes; a mí me aterraba la idea de pensar que te fueras a quedar así. Fueron días de tortura y angustia indecibles.

Te recobraste relativamente rápido y todos guardamos silencio, contuvimos nuestros reproches y agradecimos calladamente que hubieras sanado.

Más de diez años después, en 1982, te operaron de una afección cardiovascular, te sustituyeron un tramo de vena, a la altura de la ingle. Después de la cirugía, el doctor llamó al familiar más cercano y Beatriz contestó que éramos seis; el doctor insistió que tenía que ser un adulto, pero Beatriz insistió a su vez que los más cercanos éramos seis y todos jóvenes. No tuvo más remedio que explicarnos a todos que tu operación “había sido todo un éxito”,

pero que tenías una hemorragia interna y había que intervenirte nuevamente con urgencia, a pesar de que se correría un gran riesgo, pues tu estado general no era muy bueno debido a tu enfisema pulmonar; quizá no resistirías la nueva cirugía; pero había que intentarlo. Accedimos a ello y nos quedamos temblando: para nosotros, la posibilidad de que murieras era inimaginable. Sin embargo, nos lo estaban diciendo con todas sus letras. Estuviste treinta días en terapia intensiva y nos turnamos para estar cerca de ti. Después de mi turno iba a casa a revolcarme de dolor en la cama, pues tenía una fuerte colitis; al día siguiente iba a trabajar y luego regresaba al hospital, con el nuevo resultado de otro ataque de dolor. Nuestra preocupación no era solamente porque murieras, sino porque fueras a quedar mal, pues con tantos días de encierro y con tanto oxígeno suministrado artificialmente —según nos explicaban los doctores—, empezabas a desvariar: decías cosas como que veías hileras de hormigas por las paredes, y eso era suficiente para que entráramos en pánico. ¿Qué nos sucedería si a nuestro único pilar en la vida le faltara cordura? ¿Quiénes y cómo podríamos cuidarte?

En aquellos momentos en que se nos resquebrajaba un mundo que nos parecía apenas restablecido, conversé con Alejandro Quintero, cardiólogo en el Hospital Español, donde estabas internado, quien había sido primero amigo de Gloria y finalmente amigo y gran consejero tuyo. Aunque tenía la mejor intención, lo que me dijo fue aterrador: que de todos los hermanos yo era la única cuerda, y que, por lo tanto, en mí recaía todo el peso de sacar adelante a la familia. Descartaba a Beatriz por beligerante —está loca—, a Arturo por sospechoso de ser homosexual y a los demás por débiles; así que yo era la elegida para salvar el barco. Fue una conversación de varias horas; entre más lo escuchaba, más cigarros consumía, hasta que él me llamó la atención:

—¿Ya te fijaste la cantidad de cigarros que has fumado en este ratito?

A lo que respondí:

—¿Ya te diste cuenta del tamaño de la responsabilidad que me estás endilgando?

Esa conversación me molestó mucho, pero sobre todo me hizo pensar: no tenía por qué aceptar ese paquete, no quería asumir ese papel. Por un lado me sentía halagada, pues Quintero repetía tu apreciación, dado que él prácticamente no nos conocía. Percibía de trasmano tu admiración y respeto hacia mí, lo que me había negado a reconocer y que ahora se hacía evidente; ya no lo podía negar. Esto me llenaba de orgullo, pero también representaba una pesada carga que no quería llevar a cuestas.

Finalmente fuiste mejorando, saliste del hospital bajo estrictas recomendaciones sobre alimentación, consumo de alcohol y tabaco, así como con la advertencia de hacer ejercicio, de caminar, por lo menos, un trecho cada día.

Estuviste entonces al borde de la muerte, papá: yo quería saber qué recordabas, de qué fuiste consciente, qué pensamientos o sensaciones tenías, pero tú te negaste a hablar de ello. Al parecer fue un trance indeseable. Sólo mencionaste, sin entrar en detalles, que escuchabas las banales e irresponsables conversaciones de doctores y enfermeras, pero no especificaste en qué sentido. Me quedé con la sensación de que experimentaste cosas más complejas, pero que definitivamente no quisiste comentarlas. Nos preguntábamos si habías regresado de otros mundos porque sentías que todavía le hacías falta a Vicente.

Durante tu convalecencia requerías de atención especial: había que inyectarte y cambiarte las curaciones de la herida con frecuencia regular. Durante un tiempo contratamos cuidadoras y más tarde la tía Consuelo accedió a atenderte; te visitábamos lo más que podíamos, quizá no tanto como lo necesitabas o lo hubieras deseado.

Hiciste intentos por reintegrarte a la vida, te compraste camisas hechas a la medida, continuaste con tu trabajo, aunque a ritmo lento, y tú y yo seguimos platicando, cuando podíamos. Ya para entonces, ni Beatriz ni Arturo te toleraban; Vicente vivía contigo, pero

no estaba muy al pendiente de ti. Raúl y Gloria estaban un poco en la luna, así que, efectivamente, yo me sentía la responsable, pero a regañadientes.

Un poco por tus males, verdaderamente graves, otro poco porque Beatriz, Gloria y Vicente ya presentaban algunos síntomas de la enfermedad, que quizá tú sí supiste reconocer, aunque no dijiste nada, y todavía otro poco por no querer o no poder aceptar que tenías un hijo homosexual, tu ánimo fue decayendo notoriamente. Siempre estabas pesimista, pocas cosas te entusiasmaban y mu chas te molestaban; a todo decías que no y tu casa estaba cada vez más descuidada. Aunque conversábamos y tratábamos de establecer un contacto entre los dos, había tantos temas tabú entre nosotros, que no lográbamos la comunicación deseada, al menos por mí. Yo hablaba con Arturo de ello y comentábamos entonces, ya adultos, con toda nuestra fuerza para hablar y opinar sobre nuestra infancia, que tú estabas en declive, sin la solidez suficiente para resistir tales embates; apelabas a nuestra compasión antes que contestar. En nosotros se despertaba la ira por no obtener respuestas claras, o sentíamos lástima por ti, lo cual impedía seguir el hilo de las aclaraciones.

Sí, papá, quizá fuiste el primero en detectar las señales de la enfermedad familiar en varios de tus hijos. Imagino el tormento que eso te causó, la inmensa cantidad de reflexiones, arrepentimientos y reconsideraciones que te provocó presenciar la decadencia de tu prole. ¿Quién sabe qué habrás pensado al recordar frases como “te lo dije”, evocando la época en que te recomendaban que no tuvieras tantos hijos? Quizá por todo eso te deprimías y pasabas gran parte de tu tiempo jugando solitario; quizá por eso empezaste incluso a desprenderte de este mundo, veías cada vez a menos gente, te ibas separando de tus amigos, las noticias te eran indiferentes.

Tus heridas nunca cerraron por completo —ni las del alma ni la de la ingle—, varias veces hubo que internarte a causa de hemorragias y abscesos; recurrías a mí porque era la que vivía más cerca y

porque tenía coche; a cualquier hora del día o de la noche teníamos que correr al hospital.

Estabas en esa situación cuando murió Beatriz, no nos atrevimos a avisarte el mismo día; sólo te dijimos que había sufrido un paro cardíaco. Me pareció que pusiste cara de que sabías la verdad, pero que nos dabas por nuestro lado; incluso llegué a pensar que quizá Beatriz te había llamado antes de morir, pero con tu mutismo habitual, era imposible saber si fue así o no. No te recuerdo en el velorio ni en el funeral, no sé si asististe. Entre mi hermana y tú existía entonces una gran distancia, cada uno vivía sus propios tormentos.

Como siempre, evitabas los temas álgidos, nunca hablaste de la muerte de Beatriz; te sentía tan débil y empequeñecido, que era imposible tratar de tocar ese tema, así que tuve que aceptar otro tabú.

Pronto empeoraste, la herida no cicatrizaba, seguía infectada y sangrando. Después los médicos descubrieron que la irrigación de tu pierna fallaba; por apremios económicos saliste del Hospital Español y pasaste al Seguro Social. Ahí decidieron la amputación de la pierna. Te acompañé en la camilla hasta la puerta del qui r ó fa no, te deseé buena suerte y te sugerí que pensaras que te ibas de viaje y que regresarías pronto; unas horas después, cuando me acerqué nuevamente para saber de ti, me tocó la mala suerte de ver salir a un doctor con un bulto envuelto en forma de cilindro y adi -viné que era tu pierna. No pasó mucho tiempo y nos informaron que requerías de una traqueotomía, con lo que prácticamente perdiste la voz. A partir de entonces fue casi imposible volver a comu ni carse contigo. Te veía sufrir, no sabías si te habían amputado la pierna o no, te humillaba saberte en un hospital público, en una habitación colectiva, a la vez que ya nada te interesaba, padecías indeciblemente. Cada vez que te veía me daba cuenta de lo que estabas sufriendo, quería hacer algo para consolarte, pero me sentía absolutamente impotente, no encontraba el modo —ni con pala bras ni con caricias ni con actitudes— de amortiguar tu martirio.

Otra vez se repitieron los ciclos de años anteriores: establecer

turnos para acompañarte, perseguir a los doctores para que nos dieran informes, recibir respuestas vagas y contradictorias, sentir el desprecio del aparato médico por un grupo de chamacos asustados y, por lo tanto, no tomarnos en serio para informarnos debidamente de lo que pasaba, enterarnos por las tías —Nena y Anita—, quienes poco habían estado presentes, que sólo se esperaba el momento de tu muerte. Al cabo de siete días desististe y dejaste de existir, seis meses después que Beatriz.

Me doy cuenta de que todavía no puedo quedar en paz contigo; algo se me atora; quizás aún tengo cosas pendientes que decirte, pero no termino de definir cuáles son con exactitud. Siento en estas líneas un tono de reclamo que quisiera haber transformado, pero que todavía aparece, sin proponérmelo. Seguramente necesito seguir revisando mi relación con la figura más importante para mí, a quien quise y admiré tanto, de quien aprendí cómo conducirme en la vida, con quien compartí momentos de alegría y de plenitud, a quien le pedí más de lo que pudo darme, y a quien compadecí profundamente en los más difíciles trances del final de su vida. Quizá nos parecemos tanto que terminar de asimilarte a ti sería como terminar de aceptarme a mí, tal como soy. Estoy en esa tarea.

ARTURO ANTONIO

Un día vi que mi madre cargaba un bultito. Yo tenía cuatro años. El bultito eras tú, ella te amamantaba y yo no entendía bien lo que estaba ocurriendo. Así te conocí.

Unos días antes habíamos ido al Hospital Español, muy engalanadas mis hermanas y yo, a recibir a un nuevo hermano. Conservo las fotografías que atestiguan la visita: los edificios bajos de la sección de maternidad, parecidos a casitas con techos de tejas rojas,

y los jardines con prados de flores. Pero no pudimos verte en ese momento porque no teníamos edad para entrar a las habitaciones del hospital. Para mí fue un paseo, todavía no entendía eso de que aumentara la familia de un día para otro.

También hay una fotografía donde te tengo en mi regazo, tú recién nacido y yo con tal cara de felicidad y de asombro que sólo las niñas pequeñas pueden reflejar con tanta intensidad y espontaneidad. Es una imagen conmovedora, sobre todo cuando me viene a la mente el estrecho vínculo de cariño y entendimiento que establecimos en la edad adulta, cuando los tiempos ya no eran tan felices.

Cuando empezamos a crecer, mi relación contigo fue diferente que con el resto de los hermanos. Aunque eras de los chicos, a quienes cuidaba y quería proteger, no eras desvalido; te las arreglabas para valerte por ti mismo y vivir placenteramente en tu mundo. Es curioso, recuerdo poco de tu infancia, sólo que estabas seguro, a salvo de los peligros, sereno y alegre. Cuando bebé enfermaste del estómago por descuido en la higiene de tu alimentación, y fuiste a pasar una temporada a casa de la tía Nena en Cuernavaca, mientras el resto de la familia residíamos en Acayucan, Veracruz. Poco después te trasladaron con las Martínez Parente.

Mientras Raúl y Vicente me preocupaban, a ti te sentía en mejores condiciones. Sólo había una amenaza: por la misma época que a Vicente, también te empezaron a dar ataques. Los tuyos eran más aparatosos porque, al mismo tiempo que perdías el equilibrio, te convulsionabas; cuando te daban en la calle, camino a la escuela, temíamos que te golpearas, además de que nos asustábamos mucho, pues no sabíamos qué hacer. También tomaste Epamín por mucho tiempo y te curaste del llamado "Pequeño mal", un tipo de epilepsia.

El tiempo transcurría. Al parecer, tu defensa ante el clima psicológico adverso era no llamar la atención: sin ser muy aplicado, tus calificaciones eran aceptables. No te portabas mal, comías bien, no eras el consentido de nadie, pero tampoco agredido por nadie; no hacías nada considerado fuera de la norma, ni para bien ni para mal, pero proyectabas tal seguridad que parecías un niño razonablemente feliz.

Cuando nuestro padre nos reunió a todos para vivir juntos, a tus diez años, empezaste a revelarte más libre y alegre. Tus rasgos de personalidad fueron evidenciándose poco a poco, como la tendencia a ser escrupuloso con tus cosas en la recámara que compartías con los desordenados y distraídos de Vicente y Raúl. Eras inquieto, curioso, bromista, amiguelo. Según yo, eras mi compañero por el color moreno de nuestra piel, pero toda la gente te decía “güerito”; incluso te llegaban a confundir con Raúl, al grado de re clamarte por algo que había hecho él. Eran los dos más pequeños y le llevabas un año de diferencia, así que fueron condenados a un trato de “gemelitos”; tú clamabas por la diferencia de mil su tiles maneras, por ejemplo, con el orden y la limpieza.

Pronto aprendiste a lisonjear a Gloria, le hacías bromas y la apoyabas o viceversa. Quizá por tu naturaleza inquieta ella te llamaba Changuito; se creó un lazo afectivo especial entre ustedes dos. Cuando Beatriz y yo hacíamos algún comentario desfavorable acerca de Gloria, siempre la defendías.

Sin embargo, a pesar de su protección materno-filial, no te librate del rigor y la exigencia paternas. Sí, estoy segura de que nuestro padre tenía terror de las posibles “desviaciones” que pudieran presentar sus hijos, especialmente los hombres, por lo que se sintió en la obligación de vigilarlos muy de cerca, desde pequeños. No se dio cuenta de que exageró y llegó a mostrar actitudes francamente hostiles, de incomprensión y distancia hacia ustedes. Les exigía mucho, los censuraba constantemente, imponiéndoles su cri terio a toda costa. Le urgía verlos encaminados, definidos hacia alguna profesión formal, de la que vivieran honestamente, como las personas de su generación creían que debía ser.

En relación contigo, se dio cuenta de que te gustaba tener animales, como gallinas en la azotea, por ejemplo; entonces, nuestro padre decidió apoyar esa inclinación y te presionó varios años para que fueras veterinario. Incluso él mismo tuvo la ilusión de poner una granja — muchos fines de semana los pasábamos visitando granjas en renta o en venta— con el propósito de vivir de ella cuando ya no trabajara, pero pensando que tú te harías cargo de su funciona --miento. Apenas

tendrías unos quince años. Como suele suceder con los padres que proyectan en los hijos sus propios deseos, el resultado fue el contrario: tú rechazaste rotundamente la idea de convertirte en veterinario.

Por lo pronto, entraste a la preparatoria y no te dirigiste a las ciencias sino al arte. Lo que más te entusiasmó fue el teatro, como a Vicente. Fuiste alumno de Gonzalo Vega y, así como él adjudicó a Vicente el papel que mejor lo reflejaba en su rigidez, a ti te asignó uno igualmente adecuado: eras el personaje jocosos, ágil, comunicativo y simpático de la obra *El sombrero de tres picos*. Nos reíamos en casa porque decíamos que Gonzalo había adivinado que eras el Changuito.

Según nuestro padre, eso estaba muy bien como diversión, nada más. Cuando le comunicaste que lo que deseabas era vivir del teatro, no lo aceptó: eso no era serio, de eso no se podía vivir, además, había muchos "invertidos" en el medio teatral. La distancia entre ustedes empezó a agrandarse. Ya para entonces sufrías de una úlcera sensacional, ibas a uno y otro médico en busca de alivio. Tenías diecisiete años y cuidabas de ti mismo como nadie. Eras puntualísimo con las medicinas y las dietas, al grado de que si te tocaba tomar un refrigerio en el trayecto de un lugar a otro, te bajabas del camión, te sentabas en la banqueta para tomar tu licuado especial que llevabas en un termo, y después reanudabas el viaje. Pero la úlcera no cedía.

Para lograr cierta independencia económica mientras estudiabas, empezaste a promoverte como modelo. Al igual que todos nuestros hermanos, eras guapo: moreno claro, de facciones finas, buena estatura, delgado. Te tomaste fotografías y presentaste solicitudes en distintas agencias de publicidad; te llamaron para varios comerciales y algunas fotonovelas (conservo todavía esas fotos y esas fotonovelas). No sabías dónde estudiar teatro; decías que en la UNAM era muy teórico, no recuerdo qué impedimento había en el Instituto Nacional de Bellas Artes; otras escuelas tampoco eran buenas para ti, aparentemente. El caso es que no entraste a ninguna escuela de actuación, pero sí obtuviste la enemistad total de nuestro padre.

Una noche él se atrevió a decirme, con muchos rodeos, que sabía que tú eras homosexual, y lo aseguraba porque eras discípulo de un maestro de teatro que tenía esa preferencia. Nuestro padre se había informado con el tío Luis, quien era periodista de espectáculos. Él buscaba una aliada en su lucha “por la decencia” y “contra las desviaciones imperdonables”, pero a pesar de mi sorpresa y descontrol —pues nunca había pensado que se pudiera dar el caso en la familia—, atiné a decirle que en primer lugar había que estar seguros de lo que afirmaba y que, sin importar lo que tú fueras, eras mi hermano y que te seguiría queriendo y apoyando. Decidí ni siquiera mencionarte el asunto, pues no me atrevía a enfrentar una posible confirmación y tampoco quise participar ni remotamente de tal actitud inquisitiva.

La relación entre ustedes dos era cada vez peor y así se prolongó varios años, hasta que al cumplir los veintiuno —en ese entonces la edad legal para ser considerado mayor de edad y no depender del padre— te fuiste a vivir a Nueva York, a San Francisco y después a Egipto. Parece que sólo así pudiste librarte de la presión paterna, y finalmente se te quitó la úlcera. No te importó hacer trabajos menores: de mesero, de empleado en una pastelería, de una especie de mayordomo para un diplomático. Siete años estuviste fuera del país: te formaste en la vida, aprendiste cuáles eran tus verdaderos valores, qué era lo que realmente te gustaba y lo que no. Tus opiniones eran cada vez más fundamentadas y seguras. Te convertiste, un poco, en el hermano mítico, del que sabíamos de vez en cuando por sus cartas. Parecía que todo iba bien. Yo te fui a visitar a San Francisco con unos amigos y me gustó cómo vivías, cómo te organizabas: tenías un pequeño departamento con todo lo necesario, un empleo que te gustaba, te relacionabas con personas sinceras y valiosas, parecías contento. Cuando estuve en París quise ir a Egipto a visitarte, pero me pasó lo que a los viajeros payos: supuse que El Cairo quedaba a pocas horas en avión de París, pero al darme cuenta de que requería más tiempo y dinero del que disponía, tuve que desistir de la idea.

Finalmente regresaste, y te recibí gustosa en mi casa mientras encontrabas un lugar propio. Nos teníamos mucha confianza, nos sentíamos cercanos y apoyados mutuamente en todo, pero conservando un especial respeto por la vida privada de cada uno. Descubrí que eras más ordenado y obsesivo que yo. Temía no ser capaz de convivir con nadie después de muchos años de vivir sola, pero me encontré, con agrado, con que sí era posible y me gustaba; claro, con alguien tan riguroso o más que yo.

Compartíamos muchas opiniones, especialmente sobre nuestra historia familiar: cómo veíamos a las Martínez Parente, a la abuela, a las tías, a nuestro padre y a los demás hermanos. Hablábamos en particular de cómo nos gustaría decirle a nuestro padre lo equivocado que estaba en muchas cosas, reconocíamos las dificultades por las que pasó, y admitíamos que no podíamos atacar todo su sistema de valores sin ofrecerle otro con el cual sustituyera sus creencias. Concluíamos que él ya era viejo, se sentía derrotado y seguramente con pocas fuerzas para rectificar o cambiar, que nos tendríamos que quedar con una doble frustración: de niños no teníamos fuerza suficiente para rebatirlo, y cuando ya la teníamos, él era quien no aguantaría la crudeza de nuestra verdad. A partir de esa época fue cuando tú y yo nos identificamos más. También compartíamos el gusto por las fiestas y el baile; por cierto que aprendiste a bailar no sé donde, porque aunque de pequeño me pedías que te enseñara, nunca lo logré.

Cuando encontraste departamento, te ayudé a arreglarlo. Cuando buscaste trabajo, te pasé el dato de que en una escuela de danza había un puesto vacante como prefecto; no te lo dieron, supe después, porque cuando pidieron referencias tuyas a nuestro padre, él dijo que tuvieran cuidado porque eras homosexual. ¡Cómo me dolió su incompreensión! No creía que un padre le hiciera la guerra a su propio hijo, al grado de impedir que consiguiera un trabajo para vivir.

Como no tenías estudios universitarios, buscaste diferentes alternativas. Intentaste retomar el trabajo de mesero pero, me decías,

aquí las condiciones son infinitamente más duras que en Estados Unidos; estuviste en varias escuelas, como una del Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica (Conalep), diste clases de inglés a ejecutivos y empezaste a vender seguros, logrando una buena cartera de clientes. Así fuiste capaz de mantenerte y lograr un nivel de vida aceptable; sobre todo, satisfactorio para ti.

Durante esos siete años de tu estancia en México, murió Beatriz y, a los seis meses, nuestro padre. Yo tenía pareja en ese tiempo y quizá por eso nos veíamos menos. Beatriz te legó su departamento, pero intestado, por lo que tuviste que arreglar legalmente la propiedad mediante un larguísimo juicio, en el que eventualmente teníamos que participar los hermanos para confiar por escrito nuestra aceptación; finalmente lo obtuviste.

Dos años después supimos que Gloria tenía Huntington; ahí empezó otra etapa de solidaridad mutua, cargada de sufrimiento y de temor. Juntos tomábamos las decisiones, intentábamos incluir a Raúl, pero él se evadía. Nos acabábamos de enterar de que Vicente también estaba enfermo; además, como era su costumbre, se nos escabullía. Ambos, tú y yo, queríamos huir también, pero nos sentíamos obligados a atender a nuestros hermanos, a buscarles alojamiento, a organizar un fondo entre amigos y familiares para solventar sus gastos, a ir resolviendo los asuntos cotidianos de Gloria y de Vicente, así como la atención psicológica que todos requeríamos. Citas en Neurología para ser “pesados y medidos” con fines de investigación, pues ya sabíamos que no había cura; citas con una psicóloga, y después con otra, para recibir terapia familiar. Nos confesábamos mutuamente que después de ver a alguno de nuestros hermanos nos “sobreobservábamos” a nosotros mismos en espera de cualquier síntoma similar, nos sentíamos también al borde de la enfermedad.

Fue al principio de esa etapa, al inicio de estas tareas familiares, cierto día que nos citamos en la sección de revistas de Sanborns, cuando me presentaste a un amigo tuyo. Me pareció raro que me presentaras a alguien y tan “de pasada”, pues normalmente tus ami-

gos eran cosa aparte. Él era más joven que tú; me dio la impresión de que era un amigo reciente y no muy cercano. No pensé mucho en ello. En otro momento me invitaste a una fiesta en casa de un amigo tuyo, y por falta de ánimo no fui; después me lo reprochaste y me hiciste saber que me perdí de una fiesta sensacional, con buena música y buenos bailarines. Finalmente nos invitaste a Raúl, a Gloria y a mí a cenar a tu casa; ya para entonces habitabas en el departamento que había sido de Beatriz. El motivo de la cena era presentarnos formalmente a tu compañero, José Luis, aquel joven que había conocido en Sanborns y el dueño de la casa donde había tenido lugar aquella famosa fiesta. Después de mucho, entendí que habías hecho el intento de hacerme partícipe de tu nueva relación, pero que no me había dado por enterada.

Esa cena en tu casa estuvo estupenda; José Luis cocinaba de maravilla y se lució con un menú a base de mariscos para impresionar a los cuñados, y los cuñados estábamos encantados, tanto con la cena como con el hecho de que tú estuvieras bien acompañado. Ninguno de los tres tuvimos el menor reparo en aceptar a José Luis y tu homosexualidad abierta. A partir de entonces nos veíamos con relativa frecuencia; empecé a conocer a sus amigos, me invitaban a sus fiestas, comíamos, bebíamos y bailábamos. El nuevo cuñado fue toda una revelación en cuanto al baile: era un experto. Todas las amigas y familiares queríamos bailar con él, nos lo peleábamos en cada ocasión. Tal fue la simpatía y el acuerdo que fluía entre José Luis y yo, que creo que te pusiste celoso y limitaste un poco nuestros encuentros. Pero un día tú saliste en viaje de trabajo, y Raúl, José Luis y yo pasamos todo un domingo de comida, paseada y bailada, que fue memorable por años.

Al mismo tiempo que afrontábamos la enfermedad, disfrutábamos de la vida.

Recuerdo que alguna vez, después de una sesión de terapia familiar, me dijiste que además tenías tus problemas propios, que incluso asistías a otra terapia por tu cuenta para resolverlos.

No me atreví a preguntarte de qué se trataba porque me pareció que no era tu intención decírmelo. Pocos meses después supe a qué te referías. Nos citaste a Raúl y a mí, en casa de Raúl. Era para comuni-carnos que tenías SIDA y que habías decidido ir a vivir a San Francisco, pues ahí existía una infraestructura médica y social mejor que la de aquí para atender a estos pacientes. De momento se me cayó el mundo encima: el único hermano en quien podía apoyarme no sólo estaba enfermo, sino que se iba de inmediato, a la siguiente semana. No supe qué decir, seguro comenté algo sobre lo injusto de la vida, algún absurdo sobre que todo tiene una explicación, como el que nuestros padres hubieran tenido tantos hijos para que al menos algunos se salvaran del Huntington, o que qué bueno que nacieron tú y Raúl, los últimos, pues los demás no vivirían mucho. En ese momento yo mantenía la esperanza de que pospondrías tu muerte por tiempo indefinido gracias a los tratamientos que recibirías en aquella ciudad... Sólo me acuerdo que dije cosas con poco sentido y menos tacto. Ahí sí que me sentí sola, sola y abandonada a mi suerte. Ahí sí que renegué de la vida y de esta especie de maldición gitana que nos asolaba, con un remate: además del hereditario, el mal de los tiempos. ¡Cómo era posible, carajo, que si no enfermabas de Huntington tuvieras que enfermarte de SIDA! También pensé en ti y en la gran angustia que cargabas quién sabe desde hacía cuánto tiempo, en lo difícil que habría sido tomar la decisión de separarte de José Luis, en los temores triplicados con los que habrías vivido los últimos meses: la amenaza del Huntington, la realidad del SIDA, y la incertidumbre respecto de la suerte de los hermanos y de tu pareja.

Siendo fiel a tu sentido del orden, distribuiste parte de tus cosas, me hiciste el encargo de seguir los trámites para la venta de tu departamento y de administrar ese dinero para los hermanos. Tenías amigos en San Francisco, trabajarías mientras pudieras hacerlo, y cuando no, había redes de amigos que llevaban alimentos y hacían compañía a los enfermos en sus propias casas. Por cierto, mucho

admiré que tú mismo prestaras ese tipo de servicios, una vez que te integraste a esa comunidad. También había atención médica y medicamentos gratuitos para todos, independientemente de su nacionalidad y de la legalidad de su estancia en el país. Todo lo tenías previsto, hasta el último detalle.

José Luis quería irse contigo, pero estabas resuelto a impedirlo, y me pedías ayuda para ello. Tus argumentos eran que él tenía un puesto bien pagado y una carrera por desarrollar aquí como economista; no sabía inglés y allá no ocuparía un lugar aceptable profesio-nalmente. Así que tuviste que hacerte fuerte frente a su insistencia y negarte rotundamente a que te acompañara.

No me podía reponer fácilmente. Pero tenía que estar en condiciones de seguir trabajando, de estar al pendiente de Gloria y de Vicente, de sobrevivir, de tener proyecto propio como medio de salvación, de no olvidar la parte gozosa de la vida, aunque me sintiera morir. No me podía abandonar al dolor, menos aún a la autocompasión. Tenía que ser fuerte y seguir andando.

José Luis te visitó algunas veces y en una ocasión viajaron a Nueva Orleáns. Tú fuiste al carnaval de Rio de Janeiro para satisfacer un deseo largamente acariciado. Hablábamos mucho por teléfono, aunque creo que también nos escribimos alguna carta. Siempre me invitabas a ir, pero yo lo posponía; me era difícil pedir vacaciones en mi trabajo, ahí nunca hablé de mis problemas familiares. Estabas bien en lo general, pero triste y solo en lo particular. Tenías amigos y trabajo, pero, me decías, te cansabas cada vez con mayor frecuencia.

Meses después viniste a México, sin explicar con qué motivo. Te sentí triste y alejado, y yo, poco capaz de acercarme más a ti. Quería respetar tus tiempos y tus compromisos; como visitabas a amigos y familiares, había que hacer cita para verte. Nos encontramos dos o tres veces, la última "de carrerita" porque tenías que ver a otra persona en poco tiempo. Sabiéndolo, hice otra cita para más tarde. Me hablaste de José Luis, de cómo convencerlo para que no se fuera contigo, de si era conveniente que te entrevistaras con su terapeuta.

Pasaban los minutos y tú no tenías trazas de irte a tu cita, seguían pasando y se acercaba la hora de la mía. Me pareció que querías decirme algo más, pero llegó el momento en que sonó el timbre y yo tenía que irme; hubiera querido cancelar mi cita para seguir contigo, pero dijiste que no, que ya te ibas. Nos despedimos precipitadamente. Te presenté con torpeza al amigo con quien saldría y nos despedimos ocultando nuestras emociones. Me quedé con la sensación de algo inconcluso, nos faltó el tiempo y la disposición para sincerarnos uno con el otro y decirnos cómo nos sentíamos respecto a la situación que vivíamos; faltó hacer patente nuestro cariño, abrazarnos y quizá llorar juntos un rato, sentirnos mutuamente, consolarnos.

Regresaste a San Francisco. Cuando conversábamos por teléfono, hablábamos de tus síntomas y tratamientos, de la aparición del sarcoma de Kaposi y de tus amigos; de uno en particular que estaba en silla de ruedas y que era muy solidario. Como cosa rara, tengo presente que en una de esas conversaciones me dijiste abiertamente cuán triste te sentías y cuánto me querías, que reconocías cuánta falta nos había hecho aprender a aceptar nuestras emociones y a expresarlas y, por eso, aunque no lo acostubrábamos, tú deseabas hacerlo ahora.

Algunas semanas después de tu partida, recibí una llamada de tu amigo "el solidario"; creo que era domingo por la noche. Lo sospeché: habías muerto. Te habías tirado de un edificio cercano a tu casa. Otra vez el silencio, ¿qué decir?, otra vez el dolor ante lo irremediable, el sentimiento de abandono. Otra vez el esfuerzo de ponerme en el lugar de un ser querido que decide quitarse la vida, y de imaginar el gran sentimiento de derrota que orilla a tal determinación. ¿Cuánto dolor padeciste, Arturo?, ¿fue la rabia y el despecho?, ¿la soledad y la depresión?, ¿acaso un último gesto de dignidad?

Decidiste morir el primero de diciembre, el Día internacional de la lucha contra el SIDA.

¡Cómo quisiera tener la suficiente grandeza de alma para aceptar estos hechos sin renegar de la vida!

Como en ocasiones anteriores —con Beatriz y con mi padre—, tuve poco tiempo para indagar mis sentimientos. Dejaste un documento legal en el que me nombrabas responsable de tus cosas y de tus restos, último reflejo de tu pasión por el orden. Así que viajé a San Francisco, junto con José Luis, a recoger tu casa y tu cuerpo. Era un departamento bien puesto, con gusto y sencillez, reflejo también de tu concepción de la vida; mientras hay quienes se abandonan a sí mismos ante una perspectiva desalentadora, tú cuidabas los detalles para procurarte un espacio acogedor, alegre y reconfortante. Ahí viviste el último año y medio de tu paso por este mundo.

Me correspondió tramitar la entrega de tus restos: ir a la estación de policía y solicitarlos, identificarme como the sister, repetir ese título varias veces en las distintas oficinas donde debía obtener algún documento. Me lastimó escuchar a unos empleados decir que yo era la hermana del jumper. Después, acudir a la funeraria para realizar la velación y cremación de tu cuerpo, la elección y compra de la urna para tus cenizas. También tuve que ir al Consulado mexicano para obtener el permiso de traslado a nuestro país. Tus amigos organizaron una misa y una comida —al estilo norteamericano— en casa del que me había llamado por teléfono; ahí también yo era the sister, a veces en inglés y a veces en español, porque muchos eran hispanos.

Viajar con José Luis y compartir con él todo ese laberinto fue una bendición. Con su natural vitalidad, hizo disfrutables los desayunos, las pequeñas caminatas. Andábamos como zombis, al grado de que nos reíamos porque nos parecíamos a esos recién llegados del rancho que no saben cruzar las calles. Compartí con José Luis las decisiones sobre qué hacer con cada una de tus cosas, Arturo. Incluso nos permitimos hacer algunas compras y tomar una copa en algún bar acogedor. Él insistió en ir al edificio desde donde te habías lanzado al vacío. Me pareció macabro y masoquista, pero tuve que acceder a acompañarlo.

Supimos de ese edificio por el amigo que me llamó, o quizá porque lo leímos en los documentos oficiales sobre tu muerte. Era un

hotel, a pocas cuerdas de tu casa. La decisión de José Luis era tal, que no se amilanó al preguntar en la administración por la habitación desde donde se había lanzado el jumper la semana anterior. Detrás del mostrador, los empleados, con cara de azoro, mencionaron pausadamente el número de la habitación, y su expresión de azoro aumentó cuando les pedimos permiso para entrar en ella por un momento, tras explicarles que éramos familiares del difunto. Conforme avanzábamos por el lobby, tomábamos el elevador y caminábamos después por el pasillo del quinto o séptimo piso, todo mi cuerpo me pedía retroceder. No quería meterme en ese predicamento ni poner mis pies donde tú habías puesto los tuyos por última vez; me negaba a percibir, quizá, los tormentos previos al final de tus días. Entramos a la habitación, un escalofrío me anunció la presencia de tu rastro, una energía sutil inequívocamente tuya. Percibí la densidad de la determinación de la muerte, de la voluntad de morir sin el menor asomo de reconsideración, con una resolución total. Todavía no asimilaba esa sensación cuando José Luis me llamó para mirar por la ventana y constatar la distancia entre esa ventana y el pavimento de la calle. Me asomé por un momento, pero súbitamente desistí de participar en el viaje de José Luis. No era el mío. Me distancié emocionalmente de la situación, me concentré en acompañarlo en su dolor, en respetar lo que necesitaba para asimilar la pérdida, pero atenta de no entrar en un torbellino de emociones necrológicas que me pusieran en riesgo de perder el equilibrio. Hice una especie de meditación, tratando de entrar en contacto con mi centro, y esperé a que él terminara su experiencia.

Una vez que distribuimos parte de tus cosas, que empacamos otras para llevarlas con nosotros y que entregamos tu departamento; después de realizados todos los trámites y las ceremonias, emprendimos el regreso.

Aquí también te mandamos decir una misa a la que asistieron la familia y tus amigos. Y siguieron los momentos dolorosos: depositar tus cenizas temporalmente en la cripta que el tío Luis tenía reservada

para él y para la tía Charito. A esta ceremonia asistió Gloria y casi nos derrumbamos las dos abrazadas, bañadas en llanto. Me dolía por mí, pero también me dolía por ella; ¿cómo era posible que tuviera que experimentar ese sufrimiento, además del de estar ella misma en pleno deterioro, incapacitada, recluida y sola?

Me tomó un buen tiempo acostumbrarme a tu ausencia definitiva. Durante varios meses, si no es que varios años, pensaba que te veía de lejos en la calle, pero al acercarme verificaba desencantada que no eras tú. Te soñaba con alguna frecuencia; soñaba, por ejemplo, que de repente aparecías por mi casa y yo te daba la bienvenida llena de emoción y de alegría y me preguntaba cómo era posible que te hubiera dado por muerto, si ahí estabas frente a mí; no me explicaba cómo había podido pensar que habías fallecido. Soñaba, también, que me despedía de ti y nos dábamos un abrazo; era el abrazo final que nunca nos dimos, un abrazo de consuelo, lleno de cariño.

Me dejaste a José Luis, quien cuidó de mí por ocho años y, a través de él, cuando murió, me heredaste a sus amigos, con quienes mantengo fuertes lazos afectivos derivados de tu recuerdo y del suyo.

Te recuerdo de joven, en las reuniones familiares, siempre con los niños más que con los adultos. Te encantaban los chicos; quizá por eso te dolió tanto el aborto del posible hijo de Raúl.

Te recuerdo alegre y risueño, bailarador y entusiasta en las fiestas

Te recuerdo organizado, puntual, pulcro, guapo, y cada vez más firme y seguro de tus convicciones.

Te recuerdo sabio y sereno.

Te recuerdo con la bata a rayas azul rey y verde limón, auténtica de Samarcanda, que yo te regalé.

Te recuerdo, Arturo.

GLORIA INÉS JOSEFINA DE JESÚS

Gloria, porque mi madre se llamaba Gloria Alicia; Josefina e Inés, por dos hermanas de mi padre; de Jesús, seguramente por alguna devoción de mi madre al Niño Jesús. A veces te decíamos Yoyita, como te llamaba el tío Enrique de cariño, en son de burla porque eras la preferida del tío, además de nuestro padre; pero entre burla y burla se te fue quedando el Yoyita.

Eras muy risueña y eran memorables las sesiones en las que, platicando todos juntos, por un comentario apenas jocoso empezabas a reír sin parar. Entre más esfuerzos hacías por detenerte, la risa te brotaba con mayor fuerza, hasta llorar a lágrima viva, y nos contagiabas a todos. Cualquier reunión familiar cotidiana terminaba en una tremenda carcajada colectiva.

Cuando niñas parecíamos gemelas, sólo me llevabas un año de edad; tú eras “güerita” y yo morena, nos vestían con ropa igual, tú de un color y yo de otro.

Te tengo muy presente a los cuatro y cinco años, durante los viajes a Cuernavaca con nuestro padre, los domingos. Sólo íbamos tú y yo; no sé por qué no nos acompañaban ni los dos niños ni nuestra madre. Íbamos al balneario Los Canarios, a la alberca para niños, donde mi padre se hacía “el muertito”, flotando boca abajo, porque no sabía nadar. El camino se me hacía muy largo: constantemente preguntaba cuánto faltaba y, ante la respuesta de “un ratito”, me quejaba: “los ratitos de los grandes son muy largos”. Tenía una sensación muy placentera cuando nos dormíamos tú y yo en el piso de la pick-up, del lado del copiloto, porque era un rincón tibio y acogedor. Al llegar a la casa nos hacíamos las dormidas para que él nos cargara hasta la cama. Empezamos a ser compañeras, a compartir momentos especiales. En ese tiempo, por cierto, yo era la consentida de nuestro padre; sus caricias de entonces fueron inolvidables: nunca más se repitieron.

Cuando vivimos en Acayucan, con apenas cuatro años, te viste muy lista, y mostraste una de las habilidades que habrían de acompañarte siempre. Un día de Reyes, te levantaste antes que todos,

incluso que nuestros padres. Había un triciclo grande para Beatriz y para ti, y uno pequeño para mí, y no sé si también para Vicente. El caso es que moviste todos los zapatos, de modo que el triciclo grande quedó asignado a ti exclusivamente, y el pequeño al resto de los hermanos. Mis padres “se hacían cruces” para explicar cómo los Reyes Magos se habían equivocado, que en realidad la distribución era otra, pero tú te mantuviste firme y dejaste siempre en duda la legítima propiedad de los triciclos, a pesar de su dictamen.

Te incluían con Beatriz en los juegos y las actividades escolares. Después ella se fue con la abuela y quedamos tú y yo como únicas mujeres. Tuvimos que hacer equipo al cambiarnos con las Martínez Parente; éramos las mayores de todos los niños de la guardería y nos encomendaban cuidarlos, llevarlos a la escuela o jugar con ellos en calidad de responsables. Entonces decidiste que ibas a ser maestra, ponías a los niños a jugar a “la escolita”, los hacías marchar, cantar a coro, y les dabas clases de no sé qué. En fin, los controlabas.

Y fuiste tú quien un día, a mis nueve años, me dio una lección de la que nunca me repuse: yo te proponía que habláramos con nuestro padre cuando viniera a visitarnos, y le dijéramos lo mal que la pasábamos con las Martínez Parente y con la abuela, para que encontrara el modo de mejorar nuestra vida. Me respondiste contundentemente que no tenía el menor caso hacerlo, que debíamos comprender que él no solucionaría nada, aunque quisiera, porque la situación era muy difícil. No había otro lugar a dónde enviarnos a vivir, él no podía llevarnos consigo y no era justo que aumentáramos sus preocupaciones: lo que debíamos hacer era ayudarlo para que su vida fuera menos pesada. Me quedé muda; tenías razón, pero no me gustaba aceptar que mi papá no era todopoderoso, me dolió comprender su debilidad y el que también tuviera que someterse a las circunstancias.

Tú y yo éramos cómplices en nuestros ires y venires de una casa a otra. Cuando las “bondadosas señoritas” colmaban nuestra paciencia con sus hipocresías e injusticias, pedíamos ir a casa de la abuela, pues

ahí sentíamos menos abusos, porque sólo éramos tres niñas y había menos fanatismo religioso. Además, estaríamos al menos con nuestra familia de verdad. Pero cuando nos hartaban las rígidas costumbres de la abuela, como el que antes de bañarnos teníamos que pedir permiso y, por supuesto, que no era necesario que fuera diario; cuando nos fastidiaban las ambigüedades de la pobre tía Pepe, que no se atrevía a decir abiertamente lo que quería y sólo hablaba con rodeos; cuando nos disgustaba que nos trataran como personas de segunda clase, no sé si por ser niñas o por no ser suficientemente educadas, entonces clamábamos por Mamá Querida y Mamá Catita, las Martínez Parente. Veíamos entonces en ellas una cierta liberalidad, ya que no estaban encima de nosotras censurándonos todo el tiempo, aunque nos obligaban, por contraste, a bañarnos cada día, a ir diario a misa en vacaciones, a ser catequistas, a formar parte de la congregación de La Vela Perpetua y a buscar ocupaciones fuera de la casa para desentenderse de nosotras.

En ese juego de complicidades, me diste también otra lección, que no acepté pero que creo seguí muchos años después. Cuando te platicaba lo mal que me sentía con la abuela y con las tías porque constantemente nos estaban corrigiendo (que si teníamos gusto de sirvientas para vestirnos y peinarnos, que si había que sentarse derechas, que no pusiéramos los codos sobre la mesa, que no estorbáramos cuando una persona mayor iba a pasar, etc.), me dijiste algo para mí insólito: según tú, la cosa era muy fácil, había que fijarse en qué le gustaba a cada una y buscar la manera de complacerlas, ser muy amable, muy cortés y sonreír todo el tiempo. Haciendo eso, dejarían de molestarme. Nunca había que llevarles la contra y sí adularlas en el momento oportuno. No pude seguir tu consejo porque me parecía hipócrita y manipulador, pero admiré cómo llegaste por ti misma a esas conclusiones, tan sabias desde un punto de vista práctico.

Mientras Beatriz y yo creábamos y ejecutábamos coreografías, tú dirigías orquestas imaginarias. Lo más gracioso es que eras absolutamente desafinada y, sin embargo, con tu voz marcabas la melodía y el tono —ibas de los más agudos hasta los más graves— que debía cantar cada uno de los subgrupos de tu especial coro. Además, convocabas al público, nos pedías que presenciáramos cada “concierto”, así que entre nuestro intento de simulación para representar el papel de público y el tuyo como directora de orquesta, el espectáculo provocaba tal hilaridad que terminábamos todos desternillados de risa. Incluso, ya de adultas, con sólo recordar tus maravillosos coros de aquellos tiempos, volvíamos a caer en estados de risa incontrolable.

Transcurrieron los años de la infancia a la pubertad, con una especial molestia creciendo en mí. Por ejemplo, en el colegio tú eras la más grande —con cerca de doce años—, la que debía poner el ejemplo; pero me enteré de que hacías uso indebido de los fondos que mi papá destinaba a nuestras necesidades de útiles escolares. Si yo necesitaba algo, lo pensaba tres veces antes de pedirlo, pero tú lo hacías tranquilamente, con mucha frecuencia, para comprar golosinas y satisfacer antojos. Lo que en realidad me impresionó no fue que tú lo hicieras, sino que las monjas, las Martínez Parente e incluso nuestro padre, todos, de común acuerdo, buscaron la manera de que no se notara; sigilosamente se comunicaron entre sí y acordaron algo correctivo pero suave y, sobre todo, discreto. A mí me pareció un acto colectivo de hipocresía. Por un lado predicaban rectitud y honestidad, pero por otro simulaban, hacían como que no había pasado nada y todo seguía igual; daban facilidades a la deshonestidad. Hechos como éste se repitieron a lo largo de nuestra convivencia; siempre lograbas la protección de nuestro padre.

Guardé ese hecho en mi arcón de valores, con la absoluta claridad de mi desacuerdo.

De esas fechas vienen a mí otros recuerdos; en casa de la abuela,

donde las dos dormíamos en una cama matrimonial, aprendimos a satisfacer nuestra necesidad de cariño y de contacto, de una manera absolutamente inocente y auténtica. Le llamábamos jugar a las cos quis, es decir, hacernos una a otra delicadas caricias en la espalda en el pecho. La que recibía, con los ojos cerrados, debía imaginarse qué figura se estaba dibujando en su cuerpo; si no le gustaba, se repetía el ritual hasta conseguirlo. También dibujábamos rostros en nuestras rodillas dobladas, con pluma atómica —había que borrarlos al día siguiente para que nadie los notara— y al extender la pierna el rostro hacía gestos chuscos e inesperados, ¡cómo nos reíamos con ese juego!

Nuestras experiencias callejeras se daban en el trayecto a la escuela, en la San José Insurgentes, a donde íbamos a pie, cuidando a nuestros hermanos. Tocábamos los timbres de las casas y corríamos riendo de quienes acudían a la puerta sin adivinar quién los había llamado. Nos ladraban los perros enrejados en grandes jardines. Ahí aprendí también a controlar la adrenalina para evitar que me siguieran o amenazaran los perros de la calle. En el camino, algún señor en un coche estacionado nos llamaba y, al acercarnos, nos mostraba su miembro desnudo. Pasábamos por el Parque de la Bola y alguna vez vimos un cadáver rodeado de agentes policiacos y de curiosos. Subíamos a los árboles tratando de demostrar quién podía hacerlo más alto y más rápido. En época de lluvias, cuando todavía caían exactamente a las tres de la tarde, las empapadas eran inevitables: chapoteábamos alegres en cada charco y, luego de varios charcos, nuestros tenis del uniforme de deportes se convertían en grandes esferas de espuma jabonosa, porque no los habíamos enjuagado bien. Todavía nos tocó el horario de mañana y tarde, así que en los cuatro recorridos diarios de la casa al colegio, abundaban las aventuras, siempre teniendo cuidado de los más pequeños.

Compartimos responsabilidades que correspondían a personas de mayor edad; fuimos compañeras en la protección de nuestro padre y de nuestros hermanos; también en nuestras travesuras íntimas,

escolares y callejeras.

Llegó el momento de crecer un poco más. Teníamos doce y trece años cuando murió nuestra madre. Con culpa, sentí alivio porque ella había dejado de sufrir y ahora, desde otro mundo, quizá me cuidaría lo que no pudo en vida. Seis meses después murió la abuela regañona. Viví esos seis meses con la obligación de atenderla y de hacer cuantos viajes a la farmacia fueran necesarios.

Nos tocó compartir algo que hubiera parecido insólito para cualquier otro niño de la familia. La misma noche en que se velaba a la abuela en la sala de la matriarcal casa de Tacubaya, y debido a que llegaron familiares de fuera de la ciudad y había que alojarlos en la misma casa, no quedó más lugar para nosotras que la cama donde pocas horas antes había muerto la abuela. Nos armamos de valor y, sin protestar, para no ser censuradas y rechazadas, nos resignamos a pasar la noche en su lecho de muerte.

Poco tiempo después, como recordarás, nuestro padre decidió que ya todos teníamos edad suficiente para vivir con él, donde su trabajo lo requiriera. Ese lugar fue Ciudad Obregón, en Sonora. Un poco con la ilusión de vivir finalmente en nuestra propia casa, y un poco con reticencias por trasladarnos a una ciudad de provincia, con todo el prejuicio de “niñas bien capitalinas”, nos hicimos a la idea de emprender esta nueva etapa. Fue el momento definitivo respecto al papel que jugarías en el grupo familiar.

Con el pretexto de que en la secundaria elegiste asistir a las clases de cocina, decidiste que tú tomarías las riendas del nuevo hogar. A ello contribuyó que Beatriz, la mayor, tenía serias resistencias para integrarse al grupo familiar, y aun antes de decidir si aceptaba el plan o no, gustosa te “vendió su primogenitura por un plato de lentejas” —como lo decía a voz en cuello—, misma que también con gusto aceptaste. A tus catorce años te convertiste en toda una señora, responsable del funcionamiento de una casa, con un padre y seis hijos. Además, asistías al Instituto Tecnológico de Sonora, tomando clases de matemáticas y no sé de qué otras materias, pues

habías terminado la secundaria y esa era la única escuela con estudios superiores en la ciudad.

Unos meses después nos trasladamos a la ciudad de Agua Prieta, y desde ahí asististe a algunas clases en el Cochisse College, de Douglas, Arizona, ciudad gemela de la mexicana. Eras ama de casa y al mismo tiempo seguías tus cursos. No sé si eras brillante o no, pero lo que sí sé es que no sufrías ni te acongojabas; siempre reías y nos hacías reír, y al parecer hacías disimuladas trampitas con el dinero del gasto familiar.

Con sólo un año de diferencia, yo no tenía edad suficiente para acudir a bajo costo a alguna escuela del "otro lado", así que me tocaron las "Academias Vázquez" del mísero poblado de Agua Prieta.

Entonces fue cuando dejamos de ser "gemelas", y mucho menos pudimos ya ser cómplices. Te convertiste en la matrona de la casa, con avasalladora influencia sobre nuestro padre y con pretensiones de autoridad sobre todos nosotros. Eras joven y señora a la vez. Tenías amigos, actividades y diversiones de tu edad, pero también debías hacer que la casa familiar funcionara. A Beatriz y a mí nos acomodaba el arreglo, aunque no aceptábamos completamente tu posición de mando.

Mientras Beatriz y tú tenían permiso de conducir el coche que nuestro padre compró para sus hijas, yo seguía siendo "más chica" y dependía de que ustedes quisieran o no llevarme a la escuela, a pesar de que ya sabía manejar. El día que me robé el coche porque a ustedes les daba pereza llevarme a la escuela, que estaba a veinte cuadras de la casa y había que caminar bajo treinta grados centígrados de temperatura, fuiste tú la que se desperezó para ir por mí. Entonces te percibí cual malvada madrastra; me avergonzaste ante mis compañeros de escuela al reclamar mi delito delante de todos. Te posesionabas tanto de la función de autoridad, que te atreviste a hacerme otras escenas similares. Francamente, tu papel de cocinera se te subió a la cabeza.

Regresamos a México, bastante adaptados a la nueva vida fami-

liar, en la que cada quien asumió su lugar. Tú seguías al mando; estudiabas para ser maestra de primaria y hacías grupo con nosotros para las fiestas. Eras más seria que Beatriz y que yo, como una persona mayor.

Por esas épocas empezaste a ser también compañera social de nuestro padre, tanto para salir a cenar algunas noches, como para los bailes de ingenieros que organizaban sus ex compañeros de estudio. Mi padre y tú reían mucho de las caras de sorpresa de los ingenieros y sus esposas, cuando creían que eran marido y mujer: su juicio y envidia eran evidentes en el comentario de “qué joven es la nueva esposa de Arturo”. Tú tenías un atractivo especial para los señores; al parecer reunías ciertas características de feminidad adecuadas para el género masculino de la generación de nuestros padres.

Tu relación con mi padre era tan estrecha, que Beatriz y yo pensábamos que tenía algo de incestuosa. Eras realmente la sustituta de nuestra madre. Todos creímos y cultivamos la idea de que eras la más parecida a ella, al famoso retrato de soltera donde parece actriz de cine de los años cuarenta. Sí, tenías la preferencia de nuestro padre: aunque para algunas cosas nos consultaba a todos, especialmente a las mujeres, tu palabra tenía más peso.

Yo lo aceptaba y lo entendía, pues en realidad te comprometías más que nosotras en los asuntos de la casa. Por ejemplo, si nuestro padre llegaba en la noche y quería cenar, yo buscaba en el refrigerador y no encontraba qué darle, no se me ocurría nada; varias veces sucedió que tú llegaras minutos después y con lo que yo no había podido hacer nada, tú improvisabas una sabrosa cena.

Una característica muy tuya era llegar tarde a cualquier lugar. Ya todos lo sabíamos, y cuando había alguna reunión familiar, acordábamos decirte que la cita era una hora antes; de cualquier forma llegabas una hora después. Si era comida, llegabas a los pos tres. A pesar de que vivíamos todos juntos, terminamos por acordar que era mejor adelantarnos y que tú salieras posteriormente, a la hora en que buenamente estuvieras lista.

Tenías un talento especial para la vida social. Fuiste tú la única que procuró mantener la relación con la familia de mi madre. Eran familiares lejanos, pero habíamos tenido con ellos un trato relativamente frecuente durante la infancia. Sin embargo, mantener esos vínculos requería de cierta decisión y constancia.

Eras extremadamente reservada. Nunca nos dijiste quién te gustaba ni si alguno de tus pretendientes lo era en realidad; siempre asegurabas que eran solamente amigos. Cuando alguno dejaba de frecuentarte ni siquiera mencionabas el asunto, y si te preguntábamos, evadías la respuesta. Jamás decías lo que sentías, parecía que no sentías; sólo hablabas de vestidos, peinados, reuniones sociales, o de cosas interesantes, pero nunca personales. No sabíamos lo que realmente pensabas.

Suponíamos que con tus amigas sí te sincerabas, tenías varias y muy cercanas, pero nosotras nunca supimos algo de ti más allá de lo aparente.

Cuando empezaste a dar clases en escuelas primarias, Beatriz y yo entramos a la universidad. Entonces ella y yo tuvimos más cosas en común y a ti te considerábamos la diferente. Supongo que hemos de haber sido una verdadera lata para ti, siempre descalificando lo que hacías, tachándote de aseñorada y superficial. No parecía afectarte. Tú nos censurabas por hippies y fachosas. Pronto abandonaste las clases y empezaste a trabajar para programas infantiles de televisión, en la Telesecundaria y en noticieros para niños, como guionista y también como productora. Ahí creciste mucho, desarrollaste nuevas habilidades y una agilidad que no habíamos apreciado en ti. También ampliaste el espectro de tus amistades: empezaste a relacionarte con productores, actores y directores de televisión, estabas al tanto de los estrenos de teatro y de cuanta actividad se relacionara con tu nuevo quehacer. Creo que fue entonces cuando más satisfecha te sentías, encontraste el tipo de actividad que verdaderamente te gustaba, en el que te sentías a tus anchas.

Años después, cuando me fuiste a visitar a Moscú, me dio mucho

gusto recibirte: me complacía poder mostrarte un mundo nue-vo, guiarte en los pequeños detalles para ir a algún sitio, explicarte lo que había aprendido de ese universo tan ajeno al nuestro. Tu visita fue corta, pero muy placentera. Ya para entonces podíamos tratarnos como personas adultas, con mutuo respeto.

A todos nos sorprendió tu decisión de independizarte y vivir fuera de casa. Temíamos que te condenaras a cuidar a nuestro padre hasta su muerte. Ya entonces Beatriz, Arturo y yo lo habíamos hecho y pensábamos que no te atreverías a dejar a los hombres solos: nuestro padre, Vicente y Raúl. Fue una grata sorpresa, pensando en tu bienestar.

Y así fue pasando el tiempo. Sabíamos menos de tu vida personal, pero confiábamos en que estuvieras contenta.

Tus jaquecas —que comenzaron en la infancia y se siguieron pre-sentando con relativa frecuencia— arreciaron, visitaste a muchos médicos y tomabas pastillas cada vez más fuertes, sin el resultado deseado. Incluso cierto día tuviste un accidente automovilístico por esta causa; tenías que estar en tratamiento constantemente. Tu gurú médico era Alejandro Quintero, que era cardiólogo y el esposo de Carmen Vargas, tu amiga del alma desde la escuela. Atendía también a nuestro padre, e igualmente se convirtió en su gurú. Tú no hablabas mucho de tus malestares, pero parecía que, o no seguías bien el tratamiento, o éste no daba resultados.

Cuando murió Beatriz tú recibiste el pésame mientras yo hacía los trámites. Cuando mi padre falleció, estuvimos juntas pero no cercanas. No pudimos sincerarnos ni consolarnos una a la otra, manteníamos una distancia quizá demasiado respetuosa que impedía nuestro acercamiento emocional.

Tu arreglo y tu maquillaje se fueron haciendo un tanto extravagantes, exagerados, nadie decía nada en aras del respeto a la libertad de cada quién. Sentí tristeza al saber que pasaste en un albergue la noche de los sismos de 1985, adonde acudiste temerosa de que hubiera algún percance en tu edificio. Me dolió especialmente

porque le avisaste a alguien que no recuerdo, pero que no era de la familia, pensé en lo lejos que te sentías de nosotros. Ciertamente fueron días impactantes para todo el mundo, pero a ti, en particular, te sentí muy sola. Yo también me sentí desolada y desprotegida, aunque tenía compañero y nos refugiábamos en casa amiga. No tenía capacidad para ayudar.

Tus trabajos eran por contrato y empezaron a espaciarse. A veces tenías ingresos y a veces no; nunca te quejaste ni pediste ayuda. Cada quien "se rascaba con sus propias uñas", si bien estábamos al pendiente unos de los otros. Hacíamos lo que podíamos, aunque hubiéramos querido poder más.

Entre el respeto mutuo, no desaprobarnos unos a otros, ser solidarios, estar cerca y compartir lo que honestamente podíamos, se nos fueron pasando los meses y quizás algunos años.

En mi vida personal, llegó un momento en que parecía que por fin podía relajarme, después de casi dos años de intenso trabajo en gestiones y asambleas de vecinos para comprar el edificio donde vivíamos como inquilinos. Acabábamos de firmar contrato con un organismo de crédito y con la propietaria del edificio, para adquirir cada quién el departamento que habitaba; yo era la presidenta de la cooperativa que formamos. Esa tarde estaba co-miendo, a destiempo por el trámite notarial, cuando me llamaste, con voz tranquila, como siempre, y simplemente me dijiste: "Estoy en el consultorio de un neurólogo que me recomendó Alejandro Quintero. Me dice que tengo corea de Huntington y que te espera aquí para explicarte, la dirección es..."

No tuve tiempo de descansar del trajín de la cooperativa, cuando se me vino encima algo mucho más pesado, mucho más terrible. No quería afrontarlo, quería hacerme la desentendida, como que no había escuchado bien, pensaba en la manera de evadir el golpe, de zafarme de la situación.

Llamé a una amiga, tenía que decírselo a alguien y escuchar algún comentario. Ella me advirtió que no podía evadir esa respon-

sabilidad; yo ya lo sabía, pero me sirvió cuando menos externar mi angustia, mi pena, y darme tiempo antes de actuar; necesitaba un espacio para triturar la gorda piedra que me acababa de caer encima.

Cuando niñas, también cuando adolescentes y jóvenes, tuvimos el gran temor de heredar la enfermedad de nuestra madre; no nos atrevíamos a preguntar directamente a nuestro padre, pero todos vivíamos con ese fantasma. El intento de nuestro padre por tranquilizarnos, cuando nos llevó con De la Fuente, fue inútil, pues el famoso doctor nos recibió de manera condescendiente y haciendo alardes de paciencia hacia tres jóvenes que quizá querrían sufrir de más en la vida. Comentó que a pesar de que la corea de Huntington estaba tipificada como hereditaria, en el caso de nuestra madre no se había comprobado; sería una necedad de nuestra parte si nos preocupáramos al respecto. Salimos "con cajas destempladas", no sólo porque sus aseveraciones nos parecieron científicamente dudosas, sino por su actitud poco considerada hacia nosotras.

Ese episodio vino a mi mente cuando el neurólogo me decía que tenía corea, pero que no debía preocuparme, porque "científicamente" sólo el cincuenta por ciento de los hijos heredaban la enfermedad y, si Beatriz la había padecido y quizá también Vicente la sufría en ese momento, entonces Arturo, Raúl y yo estábamos fuera de peligro.

¿Los doctores creerán que los pacientes y sus familiares somos pendejos? ¿Creen que no recordamos las clases elementales de genética en la secundaria, en las que quedaba claro que cada individuo hereda el cincuenta por ciento de posibilidades del padre y el cincuenta por ciento de la madre con el famoso ejemplo de la flor y sus pistilos y los colores y todo lo demás?

Escuchaba las explicaciones del neurólogo, rechazaba su científica, pensaba en lo que habría que hacer, constataba el engaño de De la Fuente, luchaba contra el pavor que me producía el hecho que se me presentaba, tenía que ser fuerte, no dejarme derrotar ni por la realidad ni por los subterfugios de los doctores. Estaba apabullada.

Me hice fuerte con Arturo, y entre los dos decidimos qué hacer:

constatamos que tu casa estaba totalmente abandonada, se veía que por mucho tiempo no se había hecho limpieza ni puesto orden, y que era peligroso que siguieras viviendo sola. Por ejemplo, cuando intentabas prender la estufa con un cerillo, tardabas demasiado tiempo en acercar la flama a la hornilla; vivías en riesgo constante de explosión. Decidimos buscar un lugar más seguro para ti. Actuamos como los “sanos” para proteger a la “enferma”. Nunca me creí del todo el derecho de decidir por ti, siempre tuve remordimientos por imponer algo a otro, aunque me daba cuenta de que poco te valías por ti misma.

La búsqueda de alojamiento fue un verdadero calvario. De acuerdo con el pacto implícito entre nosotros, nunca y por ningún motivo permitiríamos que alguno de los hermanos llegara a un hospital psiquiátrico como nuestra madre. Pero había que encontrar un lugar donde tú estuvieras bien atendida. Nuestro presupuesto era verdaderamente exiguo, así que no podíamos pretender un sitio independiente, con cuidadora, cocinera, enfermera, coche, chofer y demás comodidades. Teníamos que acudir a alguna institución, pero ¿de qué tipo? Pensamos, indagamos, preguntamos, volvimos a pensar y no nos quedó más remedio que buscar una casa para ancianos, pero “especial”, para que te pudieras sentir aunque fuera medianamente a gusto.

Después de visitar lugares deprimentes, o sitios muy acogedores pero económicamente inaccesibles, encontramos un asilo donde había un cuarto con su propio baño, independiente de todo lo demás y con un agradable jardín de por medio. A Arturo y a mí nos pareció aceptable, sobre todo porque se encontraba en un lugar céntrico donde podíamos visitarte fácilmente. Ahora faltaba convencerte a ti. Ésa fue tarea de Arturo, él era tu consentido y se entendían bien. Comprendí su dificultad y su dolor para encararte, pero él pensaba distinto que yo; aunque entendía lo legítimo del respeto a la libertad, estaba convencido de que el más fuerte podía imponer reglas al más débil. Logró el objetivo y organizamos el

traslado.

Tercera casa que me tocaba desmontar. Hacía meses que no pagabas la renta. Nos habíamos entrevistado con el abogado que llevaba la respuesta a la demanda del propietario; era urgente desocupar. El descuido y el desorden en tu casa despertaban compasión. Todavía tenías algunas de las alhajas que te había regalado nuestro padre, porque Beatriz y yo habíamos decidido que no queríamos joyas. Fue tristísimo dismantelar tu casa, husmear involuntariamente hasta en los escondrijos más íntimos, descubrir hasta el mínimo detalle tu soledad y tu incapacidad.

Tú llorabas, no querías recluirte en una institución. Arturo y yo también queríamos llorar pero no debíamos, y no lo hicimos, supuestamente para hacerte menos duro el trance. Contratamos a una cuidadora que dos veces a la semana saliera contigo a la calle, a donde tú quisieras, de día y a veces de noche.

Todavía ibas a la Telesecundaria, hacías guiones y te los pagaban (sabíamos que por la benevolencia de tus antiguos jefes y compañeros); a veces acudías a los estrenos de obras de teatro donde gozabas viendo gente y sintiéndote parte de un círculo glamoroso.

Sin embargo, tu salud empeoraba poco a poco, se notaba en detalles pequeños, pero contundentes: caídas más frecuentes, menor posibilidad de articular las palabras, incontinencia. Fui palpando, paso a paso, tu deterioro. Vivir el deterioro físico y mental de un ser querido es como morir poco a poco, es dejar de creer en la vida, aunque se tenga la vida, es dejar de ver al otro como lo habíamos conocido siempre.

Duele mucho ver cómo alguien se empequeñece, Gloria, pero más aún si ese alguien fue mi "gemelita", aunque hubiera diferido de ti, de tu estilo de vida, de tu manera de arreglarte. Lo doloroso radicaba en que estabas dejando de ser tú, que tus ojos se desorbitaban, que tu caminar era incierto, que habías adelgazado en extremo, que querías decir algo y no te entendíamos. Lo doloroso era verte decrecer, incapaz, dependiente, pero a la vez rebelde, im-

paciente contra tu propia incapacidad. Tenías la lucidez suficiente para darte cuenta de lo que pasaba, sabías lo que querías y sabías que tenías impedimentos físicos, lo cual te desesperaba, pero todo el tiempo hacías ejercicios de paciencia. Sí, a pesar de todo tuviste mucha paciencia, buscabas maneras de alegrar a otros, organizabas fiestas para las viejitas, participabas en algunas actividades, tenías tus amigas dentro del asilo.

Yo te visitaba, te llevaba lo que necesitabas, pero salía apaleada. Poco podía con esa realidad. Mi "grandeza de alma" era pequeña. Algunas veces salíamos a pasear. A ti te alegraba mucho, a mí me costaba mucho. La dificultad mayor era que mi estado anímico decaía al extremo después de cada visita. Pero tenía que retomar fuerzas para visitar después a Vicente, por aquel entonces en estado similar al tuyo. Además, tenía que conservar energía para funcionar bien en el trabajo, vivir lo mejor posible, mantener cierta alegría y entusiasmo. Arturo había muerto y Raúl se había ido de México.

Y existía algo aún más profundo, perturbador: me veía en ti. Después de visitarte me observaba, atisbaba cada palabra, cada movimiento, cada gesto, para ver si encontraba signos de la enfermedad. Cada día aumentaba mi terror de encontrarme enferma como todos los demás. ¿Por qué habría yo de estar eximida? Regresaba a mi casa y me veía al espejo: cada vez me asemejaba más a ti. Aunque de niñas y jóvenes hubiera parecido imposible, de adultas, cuarentonas, teníamos gestos y miradas similares: el pelo medio ondulado, las ojeras marcadas, las cejas arqueadas, la cara chu pada. Dolor, azoro, pesar, resignación. Eso veía en tu mirada y en la mía. Todavía ahora, en ocasiones, me veo al espejo y te veo a ti. Todavía me asusta.

Y hablando de dolores, el último que te causé, a pesar mío, fue darte la noticia de la muerte de Arturo. Yo quería ocultártelo, pero un sentido de respeto hacia ti y hacia cualquier enfermo, me obligó a decírtelo. Sufrí dos veces más al ver tu pena: el Changuito había muerto, lloraste de inmediato, ya lo esperabas, pero el golpe fue

duro de todos modos. Lloré contigo.

Otro difícil trance en el que te acompañé fue cuando te hicieron la histerectomía. Te llevé a las primeras consultas, te acompañé a los estudios previos y también cuando te internaron, te visité después de la operación. Ya articulabas torpemente las palabras y una tarde, al despedirme, querías decirme algo, pero no te entendí nada, se te salían las lágrimas y a mí también; sabía que sufrías, que quizá yo hubiera podido ayudarte, pero no sabía qué necesitabas. Me dolía verte desvalida y me dolía verme incapaz. Salí de ahí hecha pedazos para seguir trabajando y funcionando en el mundo “normal”.

Así como esa tarde, muchas veces me sentí limitada, no para resolver las cosas prácticas, que de alguna manera siempre hice, sino para establecer una comunicación real y efectiva contigo. No podía acercarme más a ti por temor a un posible rechazo; me sentía incapaz de adivinar tus necesidades más profundas; me pensaba, también, poco dispuesta para satisfacer lo que yo consideraba tus caprichos, como mover cielo, mar y tierra para que siguieras yendo a los estrenos de obras de teatro. Había que convencer a las monjas del asilo para que abrieran la puerta por la noche, ya tarde; ver quién te podría llevar o dejar de trabajar yo para llevarte; había también que conseguir tu transporte o dinero para el mismo. Tus amigas ayudaban mucho, pero también tenían un límite.

Esa época fue muy dura. Yo ya estaba aprendiendo a dar ma-sajes, pero no me atrevía a darte uno a ti, me sentía demasiado involucrada como para mantener la ecuanimidad necesaria y proporcionarte un beneficio. Pedí ayuda a mis maestras de terapia psicocorporal; Alicia te dio un masaje y después Veronique te dio otro. No se me había ocurrido, hasta entonces, que así como a todos nos reanima el contacto físico, la transmisión de afecto, a ti te podría caer tres veces mejor, pues en una situación de encierro (por terrible que suene esa palabra), la necesidad de afecto y de contacto físico debe ser mucho mayor. Sentí que por fin había encontrado algo que podía proporcionarte algún consuelo.

Después de la sesión con Veronique, te pregunté cómo te sentías, te ayudé a sentarte en una silla; me miraste con un dejo de reproche que no pude interpretar. No supe si no te había gustado el masaje o si me reclamabas que yo me retirara tan rápido. Te acaricié la cabeza con cariño y te dije que pronto regresaría, que también pronto te darían otro masaje. Esa fue la última vez que nos vimos.

Pasaron sólo unos días, y las monjas del asilo me llamaron para avisarme que habías muerto, quizás asfixiada por una flema. Me llamaron al trabajo, en medio de una junta. Me comuniqué con mis primas, las hermanas que invariablemente me han acompañado en los momentos más difíciles, en quienes me he podido apoyar, por quienes no me he quebrantado, y realicé los trámites que ya sabía de memoria por haberlos repetido en tres ocasiones.

Mientras conducía del trabajo al asilo, pensaba en la justicia o injusticia de la vida... Sí, pensaba, usé el recurso más eficaz para evadir el sentimiento. Imposible negar la sensación de descanso — tanto para ti como para mí— que tuve que reconocer a pesar de un remordimiento de conciencia soterrado, pero suficientemente presente. ¿Por qué es tan fácil sentirse culpable? Pensé en lo inimaginable que habría sido suponer este final cuando la Glorietita de ocho años brillaba y sonreía el día de su primera comunión.

Pensé en tu valentía al haber soportado el largo proceso de de cadencia que sufriste; en cómo sólo cuando pasaron los años pude apreciar el valor de tu risa, de tu aparente despreocupación y de tu capacidad para disfrutar las cosas supuestamente insulsas. En realidad tú desplegabas alegría a cada paso y por doquier; por eso todos te querían.

Descansar, saber que descansabas. Recoger tus cosas, decidir sobre tus escasos bienes, mermados ya por manos misteriosas en el asilo. Quedarme con lo más significativo: fotografías, documentos escolares, de trabajo, libros, lo que pudiera hablar de ti al cabo del tiempo. Quedarme con el dolor, la culpa, el remordimiento y con la paz, también, de haber hecho contigo lo mejor que mi pobre con-

dición humana me permitió.

FEDERICO VICENTE

Te recuerdo con mucha ternura. Fuiste quizás el más introvertido, pero el más inteligente y sensible de nosotros. También el más incomprendido. Tu sonrisa de bebé y aun de niño era luminosa, abierta, y tu mirada franca e inocente. De adulto reías menos; en los últimos años apenas sonreías.

Federico Vicente Suárez del Solar González fue tu nombre. Federico por algún familiar de la abuela y Vicente por el abuelo, Vicente Suárez Ruano, ambos de línea paterna. En realidad el "Del Solar" de la abuela ya no nos tocaba, pero mi padre y sus hermanos decidieron incluirlo en nuestros apellidos, "para que no se pierda el apellido de mamá", muy a pesar y bajo protesta de nuestra madre, de apellido González. A veces te decíamos Vicente Federico Federal, quizá porque las palabras federico y federal se asocian a feo, aunque tú no eras feo.

Apareces ante mí por primera vez cuando aprendías a caminar; yo te llevaba apenas dos años, así que entonces yo tendría algo más de tres. También me acuerdo de ti vagamente en Acayucan, Veracruz, y después, como de tres años, en la casa de Atlixco, en la Condesa. Era entonces cuando nuestra madre te enseñaba a boxear y fingía que peleaba contigo para que le contestaras, retozando en su cama. Las mañanas de los domingos eran una delicia; nuestro padre nos llamaba a la cama matrimonial para leernos las historietas del Excelsior, haciendo voces distintas para cada personaje. La sensación de estar todos apretados en la misma cama y escuchando estos cuentos era inusitadamente acogedora, diría que hasta "cachonda"; yo deseaba quedarme ahí para siempre.

Te tengo muy presente cuando vivíamos en la guardería, pues ahí te maltrataban psicológica y físicamente. Fernando, el sobrino nieto

de las señoritas —lo cual se ocultaba porque era hijo fuera de matrimonio, y para lograrlo decían que había sido el niño fundador de la guardería—, dos años mayor que tú, te pegaba constantemente, y las autoridades de esa casa te decían que te defendieras “como los hombres”. A mí me parecía una respuesta injusta y cruel, así que decidí hacer justicia por mi propia mano golpeando a Fernando. Cada vez que te pegaba, yo hacía lo mismo con él y peleábamos de igual a igual, hasta que la última vez no se atrevió a devolver mi golpe, quizá porque ya éramos un poco mayores; teníamos doce años.

Las Martínez Parente también se burlaban de ti porque te orinabas en la cama y le temías a los perros. Te decían marica y que “tenías que aprender a ser hombre”. Yo rabiaba contra esa educación tan burda y ofensiva; a pesar de tener sólo seis años, me daba cuenta del daño que te estaban haciendo. ¿Cómo no ibas a tener miedo en la vida si nos habían separado tan bruscamente de nuestros padres, si estábamos viviendo con personas desconocidas? De un día para otro nuestro panorama familiar había cambiado radicalmente.

Recorríamos todos juntos el camino de ida y vuelta a la escuela, ustedes a la de niños y nosotras a la de niñas, a una cuadra de distancia una de otra. En primaria eras brillante; sabías perfectamente las capitales de todos los países, tenías una memoria privilegiada, eras especialmente rápido para el cálculo mental, te interesabas mucho por conocer el precio de todo. Parecías muy “metalizado”: todo lo traducías a dinero o cuando menos a números, como pesas y medidas. En vacaciones buscabas trabajo para ganar dinero, varias veces lo hiciste como demostrador de juguetes en las tiendas grandes, ¿recuerdas?; entonces las vacaciones eran en diciembre.

Por esas épocas, a los ocho años, te empezaron a dar “supiritacos”: de repente te quedabas completamente rígido y te caías al suelo. Al principio nos sorprendiste, no sabíamos qué hacer, pero después tratábamos de detenerte para que no te golpearas en la caída. Cuando nuestro padre vino a México, te llevó a varios médicos, neurólogos y psicólogos, te recetaron Epamín, nombre

que no olvido después de tantos años, y asististe a varias sesiones con un psicólogo. En algún momento el especialista requirió de mi presencia porque tú habías dicho que yo era la hermana con quien mejor te llevabas. Me hiciste sentir muy importante, pero la sesión me decepcionó. El psicólogo hizo algunas preguntas imprudentes; incluso delante de la tía Pepe, que también había sido requerida, me preguntó qué opinaba de ella. Yo no me sentía libre para decir lo que realmente pensaba, sino más bien forzada a dar una versión "oficial" sobre la tía soltera que se había dedicado a cuidar a su madre, a administrar la casa matriarcal y a pastorear a todos los sobrinos; dije que "se iría al cielo con todo y zapatos".

Nuestro padre nos explicó a todos de qué se trataba tu enfermedad: se llamaba "el pequeño mal" y consistía en una afección en el cerebro, tan pequeña como la cabeza de un alfiler, la cual provocaba el efecto del "supiritaco" (no sé quién en la casa de las Martínez Parente bautizó así el fenómeno). Atacaba a algunas personas en ciertas etapas de la infancia tardía, y al cabo de cierto tiempo desaparecía. Tomaste Epamín varios años y, efectivamente, después desaparecieron los ataques.

Más adelante, recién fallecida nuestra madre y viviendo en casa de la abuela, tú y yo compartimos un pasatiempo, casi secreto: con el dinero de mi domingo comprabas cada semana las historietas de Supermán y Joyas de la Mitología Griega. ¿Había una, Dioses y Héroes, basada en la mitología romana? A veces comprábamos también Leyendas de México y sólo ocasionalmente Vidas Ejemplares. Mi aportación era el dinero y la tuya ir al puesto de periódicos. Discutíamos quién tenía el derecho de leer por primera vez cada historia, pero después de que las devorábamos, nuestro mayor placer era comentarlas: qué nos gustaba o disgustaba; los pasajes de cuando Supermán era bebé y niño, el origen de su debilitamiento en presencia de la kriptonita, o si se casaría con Luisa Lane; si Jimmy Olson era tonto, o si valía la pena imaginar el mundo bizarro; qué tanto nos gustaban las “historias imaginarias” dentro de la misma historieta, o lo mal que nos caía Lex Luthor.

En cuanto a las Joyas de la Mitología Griega, los comentarios eran similares: quiénes nos gustaban más y quiénes menos, la poca credibilidad que les concedíamos a esos dioses con tantos defectos humanos, y cosas por el estilo. A mí me sorprendía, y por eso empezaste a ganar mi respeto, tu memoria prodigiosa. Siempre recordabas los nombres de dioses, semidioses y héroes, sus atributos y anécdotas; conocías a la perfección a los animales fantásticos como la Quimera, la Esfinge, el Unicornio y el Minotauro; sabías quiénes eran las ménades, los sátiros y los centauros, y las genealogías completas de casi todos, como que Cronos y Rea tuvieron como hija a Hera, hermana gemela de Zeus, con quien se casó por vergüenza después de haber sido violada por él. Y, además, no se te iba su equivalente en la mitología romana.

La complicidad se establecía porque yo ya era lo suficiente temente mayor para comprar historietas, ya tenía alrededor de trece años, y tú once; además, creíamos que era poco prestigioso en casa de la abuela dedicarse a la lectura de obras consideradas de poca monta, por eso lo hacíamos a escondidas. No sé por qué lo interpretábamos así, pues pocos años antes la tía Consuelo le compraba a Beatriz las maravillas de Archie y La Pequeña Lulú, aunque también la introdujeron a la literatura infantil universal, hay que reconocer.

De cualquier manera, tal complicidad nos acercó de manera muy especial. ¡Cuánta nostalgia! Ahora me gustaría comentar contigo qué recuerdas de entonces y cómo lo viviste, quisiera volver a las charlas sobre aquellas publicaciones, retomar el hilo de lo que analizábamos. En realidad, quisiera volver a sentirte cerca.

De la casa de la abuela nos fuimos todos juntos a Ciudad Obregón, Sonora, y luego a Agua Prieta. Ustedes, los hombres, recibieron de nuestro padre un trato muy diferente del que nos dio a las mujeres. Él quería hacerlos fuertes, trabajadores, responsables, y pensó que lo lograría con mano dura y, sobre todo, sin darse cuenta, restándoles confianza y seguridad; siempre ponía en duda sus aficiones. Nosotras los defendíamos, pero al mismo tiempo recibíamos gustosas los beneficios de la preferencia paterna. Sin embargo, tu inteligencia te salvó un poco de su rigor: alguno de tus maestros te había enseñado a jugar ajedrez y nuestro padre se interesó en hacerte practicar jugando contigo, hasta que llegó el momento en que le ganabas con mucha frecuencia. Incluso venían a la casa sus amigos, los tuyos y algunos conocidos de la escuela, a retarte; casi siempre salías avante de estas pruebas. Eso te ganó respeto frente a nuestro padre, pero fue tal tu afición al ajedrez que temió descuidar tus estudios, y aunque nunca sucedió, decidió limitar a unas cuantas horas por las tardes tu tiempo de juego. Continuaste con esa afición, ya moderada, por algunos años más, quizás hasta que entraste a la universidad donde tus intereses se diversificaron.

La convivencia familiar bajo ese esquema paterno de rigor con los hijos menores, se prolongó hasta que regresamos a México.

Ya en esta ciudad, ingresaste a la Prepa 6, donde estudiaba nuestra prima Patricia. Con la intención de que eludieras las salvajes bienvenidas a los perros, ella aconsejó que te raparas en una peluquería; creo que de todas maneras no te libraste de algún maltrato. Ahí hiciste nuevos amigos y te inscribiste en las clases de teatro. Tu rendimiento escolar continuó siendo brillante, e incursionaste con tesón en el mundo del teatro. En varias ocasiones asistimos a las funciones de fin de año para ver tu actuación. La más célebre fue cuando representaste a un soldado de la época medieval; aparecías con una armadura de metal diciendo unas cuantas palabras. Nosotros nos reíamos a más no poder, porque el director, Gonzalo Vega, había elegido el papel más adecuado a tu natural rigidez corporal.

Indudablemente tenías una inclinación al arte. Desde la preparatoria y todavía durante los primeros tiempos en la universidad, mostraste un gusto particular por la guitarra; no querías tomar clases, insistías en que tú solo aprenderías, y así lo hiciste: aprendiste dos o tres piezas que repetías constantemente, como *Jinetes en el cielo*, que servía de música de fondo en los anuncios por televisión de los Hermanos Vázquez, o un Romance anónimo, rebautizado hacía poco como *Juegos prohibidos*. También componías, y de vez en cuando nos solicitabas que escucháramos tus creaciones y te diéramos nuestra opinión; le ponías tal entusiasmo y seriedad al asunto, que no podíamos decir que no nos gustaban. Yo intentaba ponerme en contacto con tu sentimiento y apreciar desde ahí cada pieza, aunque me faltaba imaginación para concebir cómo se escucharía con una buena orquesta y con una buena voz.

Ese fue un hecho que, años después, asociáramos con tu enfermedad. Eras un muchacho especial: muy inteligente, con amigos, inquietudes, actividades, pero mantenías una cierta reserva, una distancia hacia los demás, y mostrabas esa rigidez corporal de la que hacíamos mofa en tus actuaciones teatrales.

Desde la prepa cambiaste de identidad; te hacías llamar Federico y no Vicente, como te nombrábamos en la familia. Quizá fue para evitar las referencias al niño héroe Vicente Suárez, o quizá para afirmarte como ente diferenciado del núcleo familiar. Por más que te preguntamos, nunca nos diste una explicación; cuando por teléfono preguntaban por Federico, tardábamos en darnos cuenta de que se trataba de ti.

Al concluir la preparatoria decidiste que querías estudiar comunicación, pero no en la UNAM, “porque ahí todo el tiempo hay huelgas y no se puede estudiar”, ¡como si hubieras nacido en Cambridge! Beatriz y yo te quisimos convencer de la calidad de la enseñanza que brindaba la universidad donde estudiábamos, así como de las dificultades que enfrentarías al entrar a un medio de mayor nivel económico que el nuestro. Realmente era una afrenta para nosotras, “las revolucionarias”, que nuestro hermano se sintiera príncipe y sin tener los recursos. Nos parecía que estabas repitiendo el esquema de la generación familiar anterior: se sentían parte de la nobleza cuando apenas tenían para vivir.

Convenciste a nuestro padre, quien accedió bajo la advertencia de que tenías que ganarte el mayor porcentaje de beca posible año con año. Así lo hiciste. En la carrera de Ciencias y Técnicas de la Información de la Universidad Iberoamericana fuiste obteniendo cada año mayor porcentaje de beca; de cualquier manera, nuestro padre tuvo que solventar parte de la colegiatura. Tu éxito no sólo fue académico, sino también social. Te relacionaste maravillosamente con tus compañeros; tanto, que en los primeros años fuiste jefe de tu grupo, después representante de los grupos del grado que cursabas, más tarde, de todos los de tu carrera, y terminaste siendo presidente de la Sociedad de Alumnos de la Universidad.

Eras asediado y festejado por tus compañeros, organizabas festivales artísticos y musicales, parecías empresario de espectáculos. Te pusiste muy guapo, cultivaste una barba bien cuidada que te daba un aire distinguido y atractivo. Lo que Beatriz y yo pronosticábamos

como dificultad de convivencia en ese medio, resultó ser un problema mínimo frente a tu total integración.

Y de ahí surgió una de mis pocas diferencias contigo. Para hacer campaña por la presidencia de la Sociedad de Alumnos, necesitaste dinero y me lo pediste prestado. En ese tiempo yo ya vivía sola, ganaba poco, pero tenía ahorrado lo que me pedías; además, me prometiste devolverlo en pocos meses. Pasaron esos meses y tú no mencionabas el asunto; siguieron pasando más meses y me de cidí a preguntarte. Contestaste simplemente que no tenías con qué pagar y que no sabías cuándo lo harías; te desentendiste del compromiso. Monté en cólera y por primera y única vez te grité con todas mis fuerzas; te reclamé tus ínfulas principescas, te eché en cara lo fácil que era pretender vivir a costa de los que sí trabajaban, como si te merecieras todo. Mi furia fue terrible, todavía la recuerdo y revivo la intensidad de ese sentimiento. De cualquier manera, nunca te hiciste cargo de la deuda.

Tendrías cerca de veintiún años, estabas en pleno auge, todo te sonreía, te esperaba un futuro promisorio. Nos preguntábamos y te preguntábamos si habría alguna chica que te interesara, porque dábamos por hecho que había muchas de las cuales tú eras de su preferencia. Nada, no supimos de nadie, ni siquiera de una amiga cer cana, sólo de tus amigos; los de más confianza venían a la casa y los conocimos un poco. Pero ni entonces, ni antes, ni nunca, supimos de alguna relación o intento de relación amorosa.

Por entonces, cuando vivíamos solos porque nuestro padre y Raúl estaban en Chiapas, organizábamos fiestas. Repartíamos muy bien las funciones de cada quien: abrir la puerta y recibir a la gente, atender las bebidas, atender la comida, cuidar los libreros y el lugar de los discos para que no hubiera “pérdidas inexplicables”, cosas por el estilo. Tú siempre pedías la tarea de poner los discos. Lo hacías muy bien, percibías el estado de ánimo de los invitados y elegías la música adecuada; las fiestas eran siempre un éxito. Fuiste el primer discjockey que conocí; más bien, años después me enteré de que

ése era un oficio reconocido.

Terminaste la carrera, te faltaron algunas materias porque tus ocupaciones sociales te distrajeran, pero las aprobaste pronto. Te llovieron ofrecimientos de trabajo, todos muy ventajosos, dignos de un presidente de la Sociedad de Alumnos de la Ibero, pero ninguno te convenció; decías que ninguno se ajustaba al tipo de trabajo que tú querías desarrollar, que no iban de acuerdo con tus planes. Pero tampoco se te veían intenciones de iniciar tu tesis. Nuestro padre, preocupado, te insistía en ello y tú explicabas que querías descansar un tiempo, porque entre el estudio y las actividades estudiantiles te habías quedado agotado, que querías reponer fuerzas.

Pasados algunos meses, no había trazas ni de trabajo ni de tesis. Vivías a costa de nuestro padre y hablabas de proyectos y posibilidades, pero nada se concretaba. Y así transcurrieron los meses... y los años. Empezaste a ser descuidado en tu aspecto personal, te dejaste crecer el pelo y descuidaste tu barba. No tenías ocupación fija, te reunías con tus amigos, visitabas gente, y hacías pequeños trabajos que no sabíamos claramente de qué se trataban: guiones, proyectos, artículos, o algo por el estilo.

Siguió pasando el tiempo, nos acostumbramos a verte sin ocupación definida, cada quien vivía ya por su cuenta y sólo tú permanecías con nuestro padre. Él se preocupaba por ti, porque no veía que lograras alguna independencia económica y sí que tomabas cada vez más alcohol y con más frecuencia; decía que tenías unos amigos que no le gustaban nada. La relación entre ustedes dos era cada vez más difícil. Entonces se le ocurrió a Beatriz que sería sa-ludable que te fueras una temporada con Raúl a Nueva York. Allí estuviste varios meses, hasta que Raúl protestó y te regresaste. Seguías un tanto apartado, eludías las reuniones familiares siempre que podías, seguramente tratabas de evitar que te preguntáramos a qué te dedicabas, te sugiriéramos que te arreglaras, o que te miráramos con desaprobación.

Murió Beatriz y cuando nuestro padre enfermó y requirió de cui-

dados especiales, lo atendía una cuidadora, a veces mi tía Consuelo; tú ayudabas haciendo llamadas o acompañándome para llevarlo al hospital en cuanto emergencia se presentaba. Después de su muerte rechazaste mi ayuda para quitar el departamento; dijiste que tú te las arreglarías solo para encontrar dónde y de qué vivir. Por temporadas no sabíamos nada de ti, sólo llamabas de vez en cuando.

Me preocupabas, pero sentía que si tú no querías hacer nada por ti mismo, nadie podría ayudarte.

Así estaban las cosas, cuando supimos que Gloria tenía corea de Huntington y que Beatriz probablemente también la había padecido. El neurólogo que me comunicó la noticia me sugirió que tal vez tú también estuvieras enfermo de lo mismo. Desde entonces cambió la imagen que tenía de ti: dejaste de ser alguien con un poco de pereza para desarrollarte profesionalmente y ganarte la vida, y un tanto comodino en las tareas domésticas, para convertirte en una víctima de la enfermedad que siempre habíamos temido y no queríamos ver ni enfrentar.

A mí me tocó platicar contigo acerca de las noticias sobre Gloria. Yo estaba nerviosa y no sabía cómo ser lo suficientemente delicada para no causarte un impacto demasiado brusco, pero lo suficientemente clara para no eludir el asunto y sus consecuencias. Cuando te lo dije, tomaste las riendas de la conversación, con lujo de aplomo y conocimiento de la materia. Me explicaste que hacía años que tú lo sabías, pues acudiste al Instituto Nacional de Neurología para que te revisaran y te dijeran si tenías la enfermedad de Huntington; la respuesta había sido positiva. Sabías que tus “rarezas” desde niño —tu torpeza para lanzar las pelotas, o tu indefinición entre si eras diestro o zurdo— eran ya anuncio de lo que vendría. Me di cuenta de que siempre fuiste consciente de tu pequeña diferencia respecto a los demás; confi mé tu gran inteligencia. Incluso me aclaraste que en aquel momento no nos comentaste tu hallazgo porque, sabiendo que no había nada que hacer en forma preventiva, no valía la pena que lo supiéramos. Soportaste ese peso en

soledad. Me sentí miserable y empequeñecida frente a tu grandeza, sabiduría y generosidad. Refrendé contigo el pacto —nunca antes expresado entre los hermanos, pero actuado permanentemente— de ayudarnos siempre y de jamás permitir un maltrato para ninguno de nosotros, como sucedió con nuestra madre. Quise acercarme a ti recordando que estábamos juntos en ese proceso, pues todos corríamos el mismo riesgo, pero noté que ninguna de mis palabras servían de consuelo. Ya habías hecho tu recorrido, tiempo atrás, y estabas lejos del punto donde yo me encontraba: en el descubrimiento de la existencia de la bomba, apenas.

Cambié contigo completamente. Traté de estar más atenta a tus necesidades y de exigirte menos.

A partir de que asumimos la existencia de tu enfermedad, acudimos a Neurología. Inmediatamente supieron que éramos tu familia, de hecho nos estaban esperando porque te habían pedido que nos llevaras, pero no habías accedido a hacerlo. De ahí se derivaron las sesiones de terapia familiar, a las que sólo asististe en dos ocasiones. Si siempre habías eludido las reuniones familiares, ahora lo hacías con mayor razón.

Por sugerencia de alguno de tus amigos más cercanos, alquilamos una pieza para ti en una casa de huéspedes que, coincidentemente, era la misma que habíamos habitado años atrás en la colonia Escandón. Por acuerdo entre Arturo, Raúl y yo, a mí me tocó estar al pendiente de ti y de pagar esa pensión. Gracias a que, a partir del conocimiento de nuestra situación recibimos aportaciones en efectivo de familiares y amigos para sufragar los gastos de quienes se enfermaran, tuvimos manera de sostenerte a ti y a Gloria, aunque fuera modestamente.

Pasado un tiempo, la dueña de la casa de huéspedes me pidió que te retiraras pues, decía que llegabas a altas horas de la noche y muy alcoholizado; además, ya habías perdido varias veces la llave de la casa. Te lo habíamos advertido; yo te suplicaba que cubrieras los requisitos mínimos para permanecer ahí, pues era difícil que te acep-

taran en otros lugares. No hubo más remedio, tuviste que abandonar ese sitio. Después viviste en una casa en obra negra que un amigo tuyo te prestaba. Nunca nos diste la dirección; si tú no llamabas, no sabíamos nada de ti.

Por esas fechas tu apariencia era verdaderamente lastimosa, parecías teporocho; no te bañabas, tenías el cabello y la barba largos, sucios y descuidados; tu ropa se encontraba en un estado lamentable, cargada de mugre. Me contabas que en ocasiones no te permitían entrar a algún sitio porque creían que estabas borracho, y tú les explicabas que no, que estabas enfermo, y les decías que tenías el mal de Parkinson, porque esa enfermedad sí era conocida; si hubieras mencionado la enfermedad de Huntington, nadie hubiera sabido de qué se trataba. En algunos casos te comprendían y te dejaban entrar, pero en otros te rechazaban de igual manera. No sabes cómo sufría cuando me platicabas eso; te admiraba aún más por tu ingenio para sobrevivir en un medio hostil, y me surgían unas enormes ganas de enfrentarme a esos “guardianes de las buenas maneras” y golpearlos con todas mis fuerzas. Pero reconocía en mí a una guardiana del buen gusto, pues también rechazaba tu descuido personal, aunque conociera su origen.

En invierno, cuando hace mucho frío, no dejo de recordar el sufrimiento, la culpa y la tristeza que me causaban las heladas decembrinas, especialmente cuando las noticias hablaban de indigentes muertos por las bajas temperaturas. Pensaba que cualquiera de ellos podías haber sido tú. Esas visiones me impedían disfrutar del calor de mis sábanas limpias cubiertas de acogedores edredones y de la calidez de mis pijamas abrigadoras; incluso de la placidez de un cuerpo masculino recostado junto a mí.

Llegó el momento en que tuviste que dejar tu guarida; entonces te propuse buscar otra vez una casa de huéspedes y afortunadamente accediste. Era un lugar todavía más modesto que el anterior, pero yo estaba agradecida de que te hubieran aceptado; todo, antes de ingresarte a un asilo para enfermos. Por cierto, ya había recorri-

do varios y rechazado rotundamente la idea. Empezó otra etapa, tú seguías gozando de total libertad, la que, para ese entonces, quienes me rodeaban ya dudaban de si había que respetarla o no.

En esa nueva casa, la de la calle de Linares en la colonia Roma, empezaste a asistir con cierta regularidad al local de Apac, la Asociación pro Personas con Parálisis Cerebral, donde había talleres que quizá podían interesarte. Lograste, además, que una camioneta de esa asociación pasara a recogerte por las mañanas y te dejara por las tardes en tu casa, y como vivías en la calle de Linares, a ti te llamaban Linares. Además de algunas actividades, tenías la oportunidad de relacionarte con gente comprensiva que te trataba bien, incluso surgió la oportunidad de que viajaras a una playa del Caribe.

Las coincidencias siempre están presentes: entre las personas que prestaban servicio voluntario en Apac se encontraba, ni más ni menos que Martha Martínez Parente, la sobrina joven y guapa de las dueñas de la guardería donde crecimos. Esa distinguida señora tuvo la delicadeza y el buen tino de guiarte discretamente dentro de la institución. Cuando se presentó la oportunidad del viaje, y al ver que se requería de la autorización familiar para realizarlo, me llamó por teléfono para recomendarme que lo hicieras y para darme consejos sobre cómo prepararlo. Le agradecí mucho su interés y buena voluntad.

Me porté como toda una buena madre de familia: te preparé el equipaje con todos los artículos solicitados, fi mé la autorización, pagué lo que se pedía y te llevé al aeropuerto para entregarte a los responsables del viaje. Efectivamente, actué como las otras madres y padres que llegaron a entregar a sus hijos. Días antes, Vicente, visitaste a uno de tus amigos, quien a su vez tenía amigos que vivían por allá, y te recomendó que los fueras a visitar cuando llegaras a Isla Mujeres. Yo te advertí que tomaras en cuenta las distancias, que quizá no fuera fácil llegar a donde estaban aquellos amigos, y que si lo hacías, fuera con la anuencia de los encargados, porque ellos eran los responsables del bienestar de los viajeros.

Cuando fui al aeropuerto —como buena madre, insisto— a recibir a mi hijo, me encontré con malas caras por todos lados: los encargados y el médico del viaje me pasaron un muy mal reporte sobre tu comportamiento. Que te habías querido escapar a pie; te internaste en el mar, y como no les hiciste caso cuando te llamaron, te detuvieron por la fuerza; que tuvieron que inyectarte algo para dormirte y así dominarte. ¡Otra vez lo mismo!: “Yo, persona sana, custodio de tu salud, tengo todo el derecho de someterte por la fuerza a las reglas establecidas. No tengo por qué entender tus razones ni motivaciones, ya que como enfermo nunca tienes la razón”. Me enfurecí conforme me iban narrando el hecho, pero tuve que controlarme porque, primero, ya había sucedido; segundo, porque comprendí que había sido un error de tu amigo alentarte a que fueras a visitar a sus conocidos. Te había dicho que vivían cerca y tú entendiste que podías llegar caminando, cuando el cerca se refería a un traslado en coche. Recordé con furia y amargura cuando las Martínez Parente le ofrecieron a nuestra madre viajar con nosotros a Tequesquitengo y minutos después, al reflexionar sobre las implicaciones del viaje, le dijeron “que siempre no”; esto provocó una reacción violenta tanto en ella como en mí. Tenía entonces diez años.

Tú también tenías mala cara: te habían sometido vilmente, impidiéndote disfrutar de esa vida social que te encantaba con los amigos, no con la familia. El resto del viaje te mantuvieron bajo estrecha vigilancia. Resultado: ya no volviste a Apac y retomaste la vida de las calles.

Entonces fue tal la intensidad de esa vida, que la dueña de la casa de huéspedes me pidió que abandonaras el lugar. Ahora sí me vi acorralada; sabía que no te recibirían en otra casa de huéspedes y me era imposible pensar en una casa de salud; así que tuve que acudir a las residencias para ancianos, como en el caso de Gloria, para que tuvieras un mínimo aceptable de atención material y también humana. Después de un recorrido por lugares lastimosos, encontré uno donde el encargado, un cura joven, fuerte y afable —el hermano

Francisco—, aceptaba el reto de atender a un paciente atípico.

Durante todos esos avatares intentaba progresar en mi vida laboral, rindiendo creativa y eficientemente, además de continuar con mis ensayos de formar pareja, con todo lo que esto implicaba: desveladas, bailes, alcoholes, entregas, disfrutes, enojos, desprecios, incomprensiones, soledades y también, en ocasiones, falta de solidaridad ante la situación de la familia.

Después de platicar contigo para convencerte —la alternativa de una casa para ancianos no puede ser atractiva para nadie—, estuvimos de acuerdo con el cambio. Podrías seguir “viviendo en la calle” siempre y cuando no regresaras a la casa después de las diez de la noche. Desgraciadamente, no cumpliste con el trato y el hermano Francisco tuvo que ser duro contigo: o respetabas la norma o te sometía... y tuvo que someterte: te quitó la llave del zaguán y te retuvo por la fuerza para que no salieras.

Cuando el cura me lo contó, Vicente, padecí de nuevo la situación de impartidora de justicia, cómplice de los poderosos. ¿Con qué autoridad puedo limitar la libertad de alguien, aunque se trate de un enfermo? ¿No me encontraba repitiendo el mismo comportamiento de los verdugos de mi madre, quienes se sintieron con el derecho de reducirla a nada a través de los electroshocks?

Arturo me lo había dicho: “Sí tenemos derecho, si sabemos que ellos, los enfermos, han perdido cierto grado de conciencia; ellos no miden las consecuencias de sus actos, nosotros debemos protegerlos de esos actos”. Para ese entonces, Arturo ya había muerto.

¡Ahh! Todas esas dudas, todas esas cavilaciones, ¿sigo a mi ser, o al deber ser?, ¿estoy haciendo lo correcto o lo que los demás creen correcto? ¡También me tocó “desmontar” tu cuarto, Vicente! ¡Qué dolor! ¡Qué pesar! Constatar, palpar, palmo a palmo, en su realidad descarnada, la miseria de un hermano tan querido.

A veces me pregunto si alguien sabe lo que es dismantelar la casa de un ser querido después de su muerte reciente. ¿Alguien sabe lo que es haberlo hecho SEIS veces en doce años?

Contigo era la quinta vez y, aunque no habías muerto, fue el mismo proceso de repasar tu vida cotidiana a través de los objetos que te rodeaban, tus escasas pertenencias: tu pasaporte, algunas revistas, un peine y un cepillo de dientes, y ropa en abundancia —gracias a la generosidad de tus amigos—, pero en perfecto estado de putrefacción por falta de lavado. No libros, no escritos, no música, no fotos, todos ellos objetos de tu preferencia en condiciones normales. Pero lo más doloroso fue encontrar una camisa y un pantalón con rastros de sangre vieja; te pregunté qué había pasado y me contestaste que sucedió una noche en que te caíste en la calle y te descalabraste, lo que te produjo un fuerte sangrado y un desmayo. Una patrulla te encontró y, creyéndote borracho, te llevó a la cárcel, donde pasaste la noche. Al día siguiente te dejaron salir y agradeciste que, aunque te tomaran por borracho, te hubieran protegido.

¡Casi me desmayo al oírlo! Tuve que controlar mi emoción, nuevamente mi sentimiento de culpa y de impotencia se presentaron. ¿Cómo no supe que corrías esos riesgos? ¿Cómo no me atreví a hacer algo más por ti?

Finalmente, aceptaste —porque no había otra posibilidad— quedarte con el hermano Francisco. Yo te visitaba cada quince días, pues las quincenas alternas visitaba a Gloria. Tú frente a Gloria y ella frente a ti se convirtieron en tema tabú, nunca me preguntaban uno del otro; yo suponía que para ambos era sumamente doloroso saber algo sobre el mismo proceso de deterioro que su hermano(a) estaba padeciendo. Además, con lo inexpresivo que eras, yo no sabía si querías o no saber de los problemas de los demás. Por ejemplo, cuando quería demostrarte que era capaz de imaginar el dolor de Gloria o el tuyo, que sí podía sentir y compartir mis sentimientos con el afán de lograr un acercamiento afectivo entre tú y yo, te comentaba algo de mis propias tribulaciones, pero inmediatamente percibía el rechazo a tal intimidad; sentía que no estabas dispuesto a escuchar ni media palabra de alguna debilidad mía.

Vivía con mis emociones tan separadas entre sí, que en este mo-

-mento no recuerdo cuándo ni cómo te comuniqué la muerte de Arturo, pero sí que cuando murió Gloria no me atreví a decírtelo inmediatamente; decidí esperar unos cuantos días para estar más fuerte, en capacidad de hacerlo. Ella murió a principios de diciembre, y a principios de enero, el día cinco para ser precisos, me llamó el hermano Francisco a mi trabajo para decirme que estabas grave, que tenía que acudir inmediatamente.

También, como en ocasiones anteriores, pedí apoyo a mis hermanas-primas y con ellas llegué al asilo. Estabas inconsciente, como dormido. Nos dijeron que te habías caído y que por el golpe te habías “privado”. Hablamos con los doctores de Neurología y nos dijeron que te podían operar para ver si existía un coágulo en el cerebro y extraerlo, pero las posibilidades de éxito eran mínimas.

Una vez más, y muy a mi pesar, era yo quien debía tomar las decisiones de mayor responsabilidad. Decidí no someterte a tan dudosa intervención y acepté tu muerte inminente.

Por primera y única vez me atreví a acariciar tu rostro, tu oreja, tu mejilla, tu cuello, con todo el cariño y la ternura a mi alcance; el hermano Francisco me observaba, esperando más de mí; me observaban mis primas muy a la expectativa sobre cuáles podían ser mis reacciones. A pesar de sentirme bajo tal observación, me nació ese gesto de ternura ante el cual tú, en tu inconsciencia, respondiste favorablemente; sentí una respuesta acogedora de mi caricia, como si la estuvieras esperando. Olvidando tu orgullo y desconfianza, fuiste capaz de recibir ese gesto, impensable en ti y en mí. Fueron unos cuantos segundos, pero llenos de un significado y de un entendimiento totales, los últimos y quizá los más estrechos momentos de relación contigo, el más sabio y sensible de mis hermanos.

RAÚL

Tendría yo cinco años, vivíamos en la calle de Atlixco, en la colonia

Condesa. Algo importante había pasado durante la noche. Muy temprano, en la mañana, encuentro que mis padres no están en casa, la muchacha no dice claramente lo sucedido, yo estoy confundida, desconcertada, pero no asustada.

En esas fechas, Beatriz vivía con la abuela; Gloria, Vicente y yo, ahí en Atlixco; y Arturo, en ese momento el más pequeño, no sé si para entonces ya había regresado con nosotros, pues había estado viviendo con la tía Nena, la hermana de mi padre que radicaba en Cuernavaca.

Muchas veces los niños nos enterábamos de las cosas importantes cuando los mayores hablaban entre sí: supongo que rumbo a la escuela, en la calle, la muchacha le comentó a alguien que habíamos tenido un hermanito y que mis padres estaban en el hospital. Ahí sí me inquieté, hubo algo misterioso en su tono de voz, ocultaba algo, o quizá fue la palabra "hospital", o no sé por qué, pero me preocupé mucho; yo quería que mi padre regresara pronto y nos explicara qué estaba pasando.

A pesar de que mis primeros recuerdos se remontan a cuando tenía tres años, respecto a este suceso difícilmente puedo reconstruir los hechos; sólo me vienen imágenes aisladas y con sensaciones de temor y desamparo. Además, se mezclan con lo que años más tarde se contaba en la familia, pero siempre con un velo de discreción, como no queriendo hablar de eso, como si nadie supiera exactamente cómo habían pasado las cosas; además, había versiones contradictorias. Los amigos y familiares que sí estaban dispuestos y acostumbrados a hablar, confesaron su ignorancia sobre muchos de los detalles que mis hermanos y yo pedíamos años más tarde.

Mi madre volvió a la casa pero no tú. Te pusieron Raúl, como nuestro único tío materno. Habías nacido antes de tiempo y estabas en incubadora; "del tamaño de una ratita", cabías en la mano de mi padre. Al parecer habías tenido dificultades en el funcionamiento de tu aparato digestivo ¿o respiratorio?, ¿o en ambos?, y te nías una piernita completamente volteada hacia fuera. Yo recibí toda esa

información sin sufrimiento, sólo sabía que era algo inusual, todavía no nos habían permitido ver al recién nacido.

No recuerdo a mi madre embarazada, quizá no se le notó porque eras muy pequeño, apenas rebasaste los seis meses de gestación.

Después supe que tú ya habías salido del hospital, pero que vi-virías con dos señoritas que se ocupaban de cuidar niños, ya que requerías de atenciones muy precisas y constantes, como darte de comer con gotero y vigilar el aparato metálico que habían colocado en tu pierna.

Al poco tiempo, quizás unos meses, mi madre fue internada en un hospital, mi padre salió a trabajar fuera de México y los hermanos fuimos a acompañarte con las señoritas Martínez Parente. Pasé de un medio donde me sentía querida, segura y el cual me daba sentido de identidad, a otro donde me encontraba ajena, in-defensa y con una gran necesidad de aceptación.

Sobreviviste a las precarias condiciones de tu nacimiento; fuiste un niño sano, hermoso, rubio, de ojos verdes, sonriente, dulce, simpático, luminoso; un niño muy querido. Podría compararte con el ángel de H. G. Wells, cuyo tránsito por este mundo fue de una semana, en vez de cuarenta y un años, pero igual que él, arribaste por accidente, con dificultad , sin terminar de desprenderte del mundo angélico ni de arraigarte en este plano, y te fuiste atormentado.

Hace algunos años llegué a la conclusión de que tanto los nacimientos como las muertes tienen mucho de insólito, de milagroso: donde no hay nada, súbitamente aparece ni más ni menos que una vida y, al contrario, donde hay toda una vida, de un momento a otro, no queda nada. Creo que nuestra capacidad humana apenas alcanza a comprender la maravilla de este acto de magia.

Al principio, es decir, durante buena parte de la infancia, no me preocupé por ti. Eras el consentido, todo mundo te celebraba, parecías feliz.

Desde muy niño te mostraste distraído y demasiado confiad , no te protegías. Parecía que todo te llamaba la atención: cuando te

mandaban a comprar algo a la calle, te tardabas horas en regresar y te sorprendía que estuviéramos preocupados o enojados por tu tardanza; te parecía muy natural haberte entretenido mirando un accidente, o platicando con alguien —y claro, con lo platicador que eras, siempre sucedía eso—, o viendo revistas, o qué sé yo qué. Atravesabas las calles sin fija te en los coches, pasabas por lugares de peligro y mientras todos te miraban en suspenso esperando que algo te sucediera, tú sonreías, como desde otro mundo.

En algún momento de tu temprana adolescencia, mi padre decidió que Arturo y tú no estaban creciendo normalmente y consultó a varios médicos para atender el problema. La estatura tenía gran importancia para mi padre, pues él era extremadamente bajo y, aunque decía que no le importaba, se burlaba de sí mismo antes de que otros lo hicieran, con lo que hacía evidente su malestar.

Por alguna razón tú recibiste un tratamiento y Arturo otro diferente. Arturo creció a una altura normal y tú, en lugar de crecer, te hiciste hombre antes de tiempo: se te engrosó la voz, te crecieron barba y vellos en todo el cuerpo; embarneciste, pero no creciste. Tu estatura fue todavía menor que la de mi padre.

Continuamos festejándote y regañándote hasta que, por tu comportamiento en la escuela —te ibas de pinta y obtenías malas calificaciones—, mi padre decidió llevarte consigo cuando se fue a vivir a Chiapas. Entonces todos éramos ya jóvenes; tú tendrías quince años. Nosotros, desde aquí, te compadecíamos; sabíamos que no habías querido ir y que no sería fácil vivir solo con mi padre. Por ese gran temor a que sus hijos hombres se descarriaran, se volvió demasiado estricto, casi castrante con ustedes; en vano abogamos por ti.

Querías ser pintor, estudiar y dedicarte exclusivamente a la pintura. Mi padre accedió a que tomaras clases informales en tu tiempo libre; le preocupaba mucho que tuvieras un medio seguro del cual vivir, como si estudiar algo formal garantizara un buen trabajo. Tratamos de convencerlo de que más valía un pintor pobre y feliz que un oficinista o profesionista mediocre e infeliz; no hubo poder humano que lo hiciera cambiar de opinión, sentía que entre más rigor aplicara, mejor cumplía con su deber de padre.

No terminaste la preparatoria, estuviste un tiempo en La Esmeralda; trabajaste como cajero en un banco y siempre salías perdiendo; trabajaste también como vendedor en Sears, obligado, sin entusiasmo; tomaste clases de pintura en La Casa del Lago, hasta que optaste por irte lejos, a Nueva York, a probar suerte.

Pero hasta allá te persiguió el mandato paterno: trabajaste como oficinista en la representación de Turismo de México en esa ciudad, vivías en un cuartucho para ahorrar todo tu sueldo con la idea de un día regresar a México y dedicarte de lleno a pintar. Tomaste cursos de fin de semana, te relacionaste con pintores, hiciste un viaje a Europa buscando contacto con el arte clásico y contemporáneo; en total estuviste fuera varios años. Después compraste un departamento aquí, y regresaste para realizar tu sueño.

No deja de asombrarme la comunicación mental a distancia. Cuando estabas en Europa llamaste un día preguntando si todos estábamos bien. Beatriz acababa de morir, pero habíamos acordado no darte la noticia para que siguieras tranquilo tu viaje. A tu regreso me confías e que habías presentido algo, que habías tenido una inquietud y que por eso habías hablado por teléfono.

Fue en ese tiempo cuando tú y yo nos relacionamos más estrechamente. Hacíamos planes juntos: museos, exposiciones, bares. Me hablabas de cómo ibas abordando tus obras, qué te proponías, cuáles eran tus dificultades, tus expectativas, tus temores. No sé si fueron meses o años, pero yo me sentía orgullosa de ti, y de mí también: me gustaba disfrutar de nuestra capacidad —venciendo el condicionamiento familiar de mantener distancia, emocionalmente hablando—; me gustaba saberme tu referente familiar y afectivo más importante; saberme útil, a la vez que sentirme acompañada y apoyada por ti.

Por esa época te contrataste como extra en una película que se filmó en Durango —Fat Man and Little Boy—; te pagarían muy bien y te tomaría pocas semanas de trabajo. Después escuchamos tus aventuras: el filme trataba de los científicos reclutados por el gobierno de Estados Unidos para desarrollar la bomba atómica. Nos platicabas cómo eran los compañeros con los que estableciste amistad, cuáles eran los motivos de cada uno para haberse integrado a ese proyecto, cómo corría la droga, cómo los organizaban para el trabajo. Tú representabas a un soldado raso norteamericano, así que te pelaron a la brush; al principio te veías raro, pero cuando te creció un poco el pelo te veías guapísimo. Lástima que no me hiciste caso y te volviste a dejar la larga melena que no siempre se veía bien arreglada.

Con frecuencia me preguntabas qué podías hacer para encontrar pareja; querías vivir acompañado, querido, pero no lograbas prolongar una relación más allá de unas cuantas salidas. Te quejabas de que inspirabas ternura en las mujeres, pero ninguna te veía como

hombre. Eso me causaba mucho pesar y me hacía sentir impotente, ¡qué podía decirte yo!

No me olvido de cuando me pediste consejo sobre cómo enfrentar el embarazo de una chica con quien habías estado sólo una vez; ella te informó del hecho y te pidió ayuda, temía una reacción violenta de su padre. Tú, muy caballeroso, pagaste los costos del aborto y la acompañaste en todo momento. Arturo y yo pensamos que nos hubiera gustado adoptar al bebé entre él, tú y yo, que fuera el hijo de todos, pero la realidad y la cordura se impusieron. Nunca te lo dijimos, pero pensamos que quizás ella ya estaba embarazada y te usó para salir del apuro.

Una de tus grandes dificultades era descubrir que quizá no tuvieras talento como pintor. Esa posibilidad te atormentaba; tantos años invertidos para al final descubrir que no era eso lo que querías... o lo que podías hacer; pensabas que era tarde para empezar a hacer pininos, sentías que te faltaba oficio. Sin embargo, te empeñaste, experimentaste y empezaste a hacer cuadros interesantes. Pedías desesperadamente mi opinión y yo tenía que ser honesta. Independientemente de la calidad artística, que difícilmente podía juzgar, percibía en tus cuadros mucha angustia, colores mortecinos, referentes a la tierra y a la muerte; opresión, asfixia. Te explicaba que precisamente me parecía un logro el transmitir esas impresiones; tu obra causaba un fuerte impacto, sí comunicaba.

He de confesar que tengo un gran remordimiento de conciencia contigo, porque cuando me ofreciste un cuadro tuyo como regalo, te lo agradecí mucho, te expliqué que lo apreciaba porque consideraba que tenía gran valor, digno de admirarse en un museo, pero que no podría colgarlo en mi sala minúscula, con sólo una pared disponible. Era un cuadro de gran formato, en colores grises y ocre, un tanto oscuro, trabajado con arena para darle una gruesa textura, intentando acercarte a la tercera dimensión; una obra figurativa aunque de contornos poco precisos, parecía un corte transversal que mostraba varios pisos de nichos. El que estaba en primer plano, de un tamaño

mayor que los demás, tenía un cuerpo que bien podía haber sido un feto o un adulto, con expresión desesperada, queriendo salir, con necesidad de respirar; pensé en tu difícil y doloroso nacimiento y en tu angustiada vida presente. Noté tu decepción; te sentiste rechazado, inferiste que no me gustaba tu trabajo, y no te pude convencer de lo que yo realmente quería decir. Me sentí muy triste y todavía me pesa; ahora ese cuadro está perdido, no sé quién lo tiene o si desapareció definitivamente. Es más, no tengo ningún cuadro tuyo, sólo unas cuantas malas fotografías de ellos.

En tu búsqueda de expresión artística, exploraste también la fotografía, manipulada a través de medios cibernéticos. Tomaste impresiones del eclipse total de 1991 e incluso las presentaste en una exposición.

Un descubrimiento tuyo me inquietó sobremanera. Por primera vez me percaté de que ya no eras el Raúl de siempre y no supe si era señal de madurez o era un quiebre. Te habías dado cuenta de que eras excesivamente ingenuo, que hasta entonces habías confiado demasiado en las personas, incluso en tus amigos, y que muchas veces te habían defraudado: quien te pedía dinero prestado y no lo devolvía, quien te había quitado la novia, quien se había quedado en tu departamento más tiempo del acordado y sin pagar te nada; quien te había utilizado vilmente, quien se había aprovechado de ti. En efecto, sí eras ingenuo, me daba gusto que empezaras a desarrollar mecanismos de protección, pero también era necesario que distinguieras cuándo se podía confiar; no era posible vivir en el extremo opuesto, desconfiando siempre de los demás.

Esa época de compañerismo terminó un día que hiciste algo extraño. Estábamos en un bar, yo te enfrenté con algún rasgo de tu personalidad que no querías ver; me dijiste que ibas al baño y esperé y esperé y esperé, hasta que enojada me fui. Cuando salía te vi hojeando revistas, no te dije nada porque iba furiosa. Después de una hora o más me llamaste extraño por mi ausencia y negaste que hubieras estado en las revistas. Me enojé tanto que te grité y

colgué el teléfono.

Más adelante me hablabas de que alguien te seguía; seguramente eran —comentaste— empleados de Hacienda que buscaban atráparte porque habías traído aparatos de sonido desde Nueva York sin declararlos en la aduana.

Habías comprado una computadora, tenías el proyecto de producir imágenes en tercera dimensión. En interminables sesiones me explicabas tus lecturas, los recursos que pensabas utilizar, hablabas de cuestiones matemáticas y de programas de cómputo; me pedías que leyera tus textos y yo terminaba admitiendo mi incompetencia para comprenderlos. Iniciaste el trámite para registrar el proyecto en la oficina de Patentes y Marcas, y después de unas semanas estabas convencido de que alguien quería robarte la idea; que había sobornado al empleado de dicha oficina para quedarse con tu invento.

Sin argumentos para mí suficientemente convincentes, te fuiste a vivir a Querétaro; te llevaste tus muebles y libros, incluyendo los que habían sido del abuelo, así como la computadora. Estuviste por allá alrededor de un año, me diste la dirección pero no tenías teléfono, llamaste sólo una o dos veces. Cuando murió Arturo te localicé a través de la operadora de teléfonos de esa ciudad, a quien le expliqué el motivo de mi llamada y le supliqué que me comunicara con algún vecino tuyo. Al poco tiempo regresaste a México sin tus cosas; primero me asegurabas que las habías dejado a buen resguardo, y después de mucho insistir admitiste que te las habían robado. Siempre me quedó la duda de si las habías vendido, si la casera te las había incautado por falta de pagos, o si efectivamente saquearon el local donde las tenías, como me contaste.

Tus ahorros se agotaban, diste clases de dibujo en alguna preparatoria, trabajaste transitoriamente haciendo diseños para la mueblería de un amigo tuyo y te mudaste al cuarto de azotea de tu propio departamento para rentarlo. Tu angustia era notoria, y también tu deseo de negarla.

Seguías con la idea de proyectar imágenes en tercera dimensión,

con lo que esperabas lograr una situación económica satisfactoria, pero te preocupaba la inseguridad de la propiedad intelectual, así que decidiste ir a Nueva York para gestionar el registro internacional del invento. Me encargaste cobrar y enviarte la renta de tu departamento por uno o dos meses, mientras regresabas.

Te hospedabas con un amigo. Al poco tiempo, con otro. Luego no supe dónde, pero tú llamabas con cierta frecuencia. El trámite tomaba más tiempo del esperado; yo me sentía agobiada con un trabajo que requería toda mi atención, destreza y tiempo, y además atendía a Gloria y a Vicente. Era ya la única responsable de los asuntos familiares. Renuncié a cobrar las rentas a tus morosas y escurridizas inquilinas, arreglamos por teléfono que tu amigo Carlos lo hiciera y cuando él se cansó, lo hizo tu amigo José Luis de la Fuente.

Además, generalmente “no recibías” el dinero que te enviábamos, nos contabas que había quien te seguía, como si supiera cuándo irías a recibir el envío y que saliendo de la agencia te golpeaban y te robaban. Ya no tenías pasaporte.

Seguía pasando el tiempo y no regresabas, llamabas con frecuencia y siempre por cobrar, pero no era claro qué te retenía allá. Tus amigos y yo te pedíamos limitaras tus llamadas y que mejor regresaras pronto. Supe por alguno de tus amigos que había estado en Nueva York, que vivías en albergues para indigentes, donde podías permanecer solamente a ciertas horas de la noche, por no más de dos o tres noches seguidas, y en el día tenías que salir a la calle, independientemente del clima. Estabas obligado a cambiar de albergue constantemente. Una de tus antiguas compañeras de oficina te vio haciendo fila en una iglesia donde daban de comer a los pobres; conseguí su teléfono y hablé con ella. Yo quería saber más de ti y ver si a través de ella era posible convencerte de que volvieras. La conversación fue desgarradora; pude imaginar tu estado de descuido personal, pensé en los fríos que podías haber pasado, en las gripes y hambres sin atender. Me dijo que tenías cicatrices de golpes en la cara y yo me preguntaba cómo convivías con otros que también

sufrían: enfermos, drogadictos, delincuentes. Pensé en tu estado de soledad total, desconfiando de todo y de todos. Pero no querías ni oír hablar de un posible retorno. Decías que allá podías escapar de tu persecutor, que en México seguramente te atraparía.

Aquí todos nos sentíamos alarmados e impotentes; algunos de tus amigos tuvieron la idea de aplicarte una inyección para traerte dormido, averiguaron incluso las implicaciones legales de un acto semejante; pero además de que no era una idea factible, yo quería respetar tu deseo, así fuera insensato; no quise obrar en contra de tu voluntad.

El tiempo transcurría y no sabíamos qué hacer. Tus amigos más cercanos me daban consejos, más bien me decían lo que debía hacer. Me sentía presionada y sin ayuda, incluso les llegué a dar permiso para que hicieran lo que creyeran más conveniente, pero que lo hicieran ellos, en vez de indicarme cómo se debía proceder.

Hubo un momento en que te trasladaste a Houston, donde habías vivido y trabajado para la Oficina de Turismo. Allá te fue a ver nuestra prima María, pero tampoco quisiste volver; ella te sugirió posibilidades, entre ellas acudir a algún consulado para que te organizaran el regreso cuando tú quisieras. Tiempo después viajaste a Nueva Orleans, donde también habías trabajado; a quien fuera que llamaras te insistía en que volvieras, te ofrecíamos cuidarte, pero no accedías.

En una de esas llamadas me preguntaste si Gloria había muerto, y lo confirmé, pero no sabías que Vicente también. Casi te desmoronas junto al aparato, igual que yo; lloramos juntos a larga distancia, yo quería abrazarte y consolarte, te sentía tan desvalido..., me sentía tan desvalida...

Pero me sentí todavía peor al saber cómo te enteraste de la muerte de Gloria: tus enemigos habían colocado una especie de chip en tu cerebro para obtener toda la información sobre tu invento. Tú habías hecho esfuerzos sobrehumanos para no dejar que pasara esa información; con el aparato podían monitorearte constantemente

y cuando se descuidaban, a través de él, tú escuchabas sus conversaciones. Por una de ellas supiste del deceso de nuestra hermana. Me quedé con la duda de si alguien te comentó la muerte de Gloria o simplemente lo intuiste.

Cierto día recibí una llamada del Consulado de México en Nueva Orleans; me preguntaban si era tu hermana y si aceptaba que te enviaran por avión a la ciudad de México. Me informaron que no te veías bien, que te comprarían algo de ropa, zapatos, y que te darían la documentación migratoria necesaria. Mi tristeza fue grande, pero también descansé pensando que ya no andarías perdido por las calles de no sé dónde, que podrías sentirte un poco menos solo, más apoyado y atendido.

Busqué alojamiento para ti. Mi pequeña casa y mi escaso temple me aconsejaban que vivieras en un espacio propio, pero cercano al mío. Tu departamento estaba ocupado desde hacía meses por tu amigo José Luis de la Fuente, sin habernos avisado; lo descubrimos cuando fuimos al departamento y como nadie abrió, el portero, nervioso, nos dijo que él vivía ahí.

El día que regresabas fuimos al aeropuerto José Luis el cuñado, nuestra prima Inés y yo. Apenas podía contener mi nerviosismo, habían pasado algo más de dos años, no sabía cómo estarías. Cuando apareciste en la puerta de migración, supe dos cosas: que estabas mejor de lo que había imaginado y que, sin la menor duda para mí, padecías la enfermedad de nuestra madre. Lo sospechaba pero no quería admitirlo; con sólo verte lo confirmé.

Me armé de valor para revivir contigo, por cuarta vez, el inevitable proceso de dolor y deterioro, quién sabe por cuánto tiempo. Tenía que seguir con mi vida normal y estar contigo; al pensar en lo que habías estado viviendo recientemente, me sentí obligada a compensarte, cuando menos, con las condiciones y el respaldo que yo pudiera proporcionarte.

Una vez instalado en una modesta casa de huéspedes, platicamos, pero evadiendo detalles de tu vida en las calles; a ambos

nos dolía, queríamos ver para adelante. Empezaste a restablecer contacto con tus amigos, a pasear; nos veíamos a ratos, yo tenía mucha presión de trabajo. A las pocas semanas encontré en mi contestadora un mensaje de Pancho, eran las diez de la noche y yo llegaba del trabajo. Me solicitaba que fuera al Instituto de Psiquiatría, donde él y su hermano Pepe te habían llevado porque habías sufrido un brote psicótico. Me tuve que sentar a asimilar la información y pedir a mis primas que me acompañaran. Sabía que el Instituto no era lo mismo que un hospital psiquiátrico como el Fray Bernardino, pero de todas maneras me cimbraba la idea de que estuvieras en un lugar así. Volví a imaginar tu sufrimiento, el de mi madre.

Como en otras ocasiones, no pude eludir mi papel. Me tocaba comparecer ante las instituciones como la responsable, la que se hace cargo de los asuntos difíciles, la que resuelve. No pude verte esa noche. Lo que necesitaban era la historia clínica y que fi mara mi aprobación y corresponsabilidad de tu estancia ahí. Me explicaron las reglas del lugar y me torturaron cerca de dos horas con preguntas puntuales sobre toda la historia clínica familiar. Ese recuento me mataba; era como volver a rascar y a hacer sangrar viejas heridas; mi memoria fallaba. Los médicos y paramédicos carecen de tacto y consideración en estos interrogatorios; incluso te miran con reprobación cuando te atreves a decir “no me acuerdo”, o cuando das información vaga. Tal parece que lo único que les interesa es llenar los cuadritos del formulario en el menor tiempo posible. No podía llorar ni derrumbarme, tenía que mantener al pie de la letra mi apariencia de fuerte y lúcida, aunque lo que más quería era salir corriendo y olvidarme de todo.

Partimos del hospital como a la una de la mañana; yo me conducía como robot; me preparaba para el trabajo del día siguiente y para cumplir con las funciones que me habían sido asignadas respecto de tu cuidado. Ya conocía ese estado: las emociones encapsuladas, moviéndome por instrumentos, respondiendo al deber.

Estuviste en el Instituto cerca de un mes, yo iba a visitarte y a

recibir información acerca de tu estado. Al principio un médico decidió que no era conveniente que nos viéramos; el muy tonto entendió mal alguna frase tuya e interpretó que no querías verme. A mí me urgía asegurarte que no íbamos a hacer nada que tú no quisieras, que yo estaba contigo, que no estabas solo o abandonado. Te hicieron estudios, te diagnosticaron, te medicaron. Hablé con la doctora Alonso, del Instituto Nacional de Neurología, a quien ya conocíamos, y me informó que era posible detectar la enfermedad de nuestra madre a partir de un examen de sangre. Te tomaron la muestra, la llevé a Neurología y después recogí el resultado, que fue positivo. Hasta entonces, yo había abrigado la esperanza de que los síntomas, para mí inconfundibles, pudieran ser provocados por el terror que tenías a adquirir la enfermedad; si era un mal psicológico y no orgánico, quizás hubiera manera de que recuperaras la salud. Era mi última esperanza.

He de confesarte otra cosa: no tuve el valor de decirte el resultado; respondí con ambigüedades, a pesar de mi reticencia a ocultar información, a decidir por los enfermos sin consultarlos, a tratarlos como no personas. Un poco por consejo de los psiquiatras y neurólogos, con quienes generalmente he estado en desacuerdo, y otro poco por incongruencia, no pude hablarte claramente, como siempre he querido que me hablen.

Otra terrible prueba para mí se presentó cuando los doctores me informaron que con los medicamentos ya habías mejorado mucho, pero que consideraban conveniente y necesario un tratamiento de... ¡electroshocks! Me negué de inmediato, no podía ser que después de casi cuarenta años, el mismo doctor De la Fuente que aplicó electroshocks a nuestra madre, siguiera usando ese mismo método salvaje en el sofisticado instituto creado por o para él. Los doctores presionaban, argumentaban y explicaban que ya no era como antes, pero yo no podía aceptarlo. Pedí tiempo para pensar, consulté a otros médicos. Las opiniones se dividían. No quería repetir contigo la terrible experiencia que nuestra madre había sufrido

y que me había comunicado cuando era niña; pero tampoco quería negarte la oportunidad de una “mejoría”, en opinión de los médicos. Odié estar en posición de tomar esta clase de determinaciones. Sin embargo, “me salvó la campana”: dentro de las normas del Instituto estaba la de no aplicar ningún tratamiento sin la aprobación del familiar responsable y la del mismo paciente. Hablé contigo, te expliqué los pros y los contras que veía en el tratamiento propuesto, y pregunté tu parecer. Inmediatamente, sin mayor reflexión, te negaste a ello. Me sentí aliviada.

Otra norma de esa institución era que si el paciente no se sometía a los tratamientos sugeridos, debía abandonar el lugar. Con temores y dudas, solicité y obtuve lugar nuevamente en la casa de hués-pedes de la colonia Roma donde habías estado antes. Tu amigo Pan cho ayudó muchísimo. Nos puso en contacto con un grupo de especialistas que atienden pacientes en casas “de medio camino”, adonde acuden las personas durante el día y participan en actividades culturales y recreativas. Ahí aplican el sistema de “acompañamiento”: pasantes de la carrera de psicología acompañan al paciente cierto número de horas al día, pero en la calle, en el cine o donde el paciente decida. Se trata de una modalidad de atención opuesta al aislamiento que significan los hospitales e incluye consultas con un psicólogo y otras con un psiquiatra que supervise la medicación. Este plan me convenció, y a ti también. Lo iniciamos en cuanto nos pusimos de acuerdo con todos los que intervendrían en él. Cada cierto tiempo yo visitaría a los dos especialistas.

Esta solución, sin embargo, implicó para mí un gran ejercicio de paciencia. Sin dejar de ver la buena disposición, el profesionalismo y la perspectiva a favor del paciente que este grupo manejaba, también percibí actitudes autoritarias y soberbias. Sentía que me trataban como paciente y no como familiar del paciente: mi visión heterodoxa de una terapia era considerada sospechosa, como un síntoma a tomar en cuenta y no como la opinión de alguien que tiene otros referentes para observar los procesos internos; el asiento del

psiquiatra era más alto que el mío y con un gran copete en el respaldo, que a mi parecer quería subrayar una supuesta superioridad. En mis terapias estoy acostumbrada a que todos nos sentemos en el suelo, con ropa de gimnasia, sin necesidad de marcar ninguna jerarquía. Al mismo tiempo que les agradecía que te atendieran, me sentía acosada: llegué a soñar que me perseguían, pero en mi huida me iba de farra con José Luis-el-cuñado.

A pesar de todo, me parecía que esa estrategia sí te ayudaba; me decías que te sentías bien, yo me tranquilizaba.

Tu amigo José Luis de la Fuente no desocupaba tu departamen-to, le daba largas al asunto; yo inventaba maneras de presionarlo, pues si se hubiera rentado, podrían haberse pagado todos tus gas-tos, mismos que yo estaba asumiendo. A veces tú acordabas algo con él y no me lo decías. Yo me enojaba mucho; para lo pesado era yo quien respondía, pero en las negociaciones me dejabas fuera. Tuvimos varias discusiones tú y yo, y también con tus amigos que intervenían para opinar, pero después no se hacían cargo de nada.

Así transcurrían los días y las semanas, todo parecía bajo control, aunque con el continuo dolor por tu enfermedad avanzando irremediamente. Nos encontrábamos en un cafecito cerca de donde vivías; casualmente ahí acudían pintores y se exponían cuadros para su venta. Me hablabas de las personas que conocías ahí, y del ashram que quedaba tan cerca de tu casa y que visitabas de vez en cuando. Me contabas de tus meditaciones y de las cenizas preparadas por Sai-Baba especialmente para ayudar a la salud. Esos temas me remontaban a los años setenta, o fines de los sesenta, cuando leías libros esotéricos, como los de Lobsang Rampa, que estaban de moda. Me explicabas tus preparativos y pruebas de los viajes astrales que hacías; ¿te acuerdas cuando, todavía en los ochenta, fuimos juntos a un ashram, y que yo no aguanté la si-militud con las ceremonias católicas?, ¿y de que una amiga tuya nos enseñó a meditar? Efectivamente, un aspecto que compartíamos y nos había unido, como una complicidad, era el interés por la vida mística y espiritual.

Un domingo, en mi casa, me preguntaste frontalmente si veía en ti síntomas de la enfermedad; habías notado que a veces arrastrabas la lengua al hablar. Esta vez tampoco pude ser todo lo franca que me gusta ser, sólo pude contestarte con una vaguedad: que sí, que lo había notado algunas veces, pero que a todos nos pasaba, y no solamente cuando hemos tomado un poco de más, sino también cuando estamos nerviosos o bajo presión. Sentía un gran peso en el pecho, pero no supe qué otra cosa hacer; cómo consolarte, cómo transmitirte algo de tranquilidad y confianza. Hablamos unas cuantas frases más, no recuerdo sobre qué, y te despediste. Quedamos de vernos en la semana.

Al día siguiente, una vez más en plena reunión de trabajo, recibí la llamada de un extraño, me preguntó si yo te conocía y me pidió que me dirigiera a la esquina de Jalapa y Querétaro, pues algo te había pasado. Insistí en que me aclarara quién era él, cómo obtuvo el número telefónico para localizarme y, sobre todo, qué te había pasado. Estabas muerto —me dijo—, te habías dejado caer de un edificio y en el bolsillo de tu camisa encontró una nota para mí. Una breve nota de despedida, anunciándome que te reunirías con nuestros hermanos y, generosamente, sugiriéndome que vendiera tu departamento para cultivar flores en el terreno de Colima, un terreno que yo había adquirido hacía poco tiempo, junto con un grupo de personas con el proyecto de realizar actividades productivas y con métodos de protección ambiental.

Nuevamente acudí a mis primas en busca de apoyo y compañía. Nuevamente los trámites consumieron mi energía y poco pude percibir mis propios sentimientos. Pasamos más tiempo en la delegación que en el velatorio. Empecé a sentir cuando hubo que reabrir, otra vez, la tumba familiar para colocar tus restos; cuando recogí tus pocas pertenencias de la casa de huéspedes; cuando hablé por separado con tu psicólogo y con tu psiquiatra. No podían disimular su desconcierto y una sensación de fracaso.

Dolor, mucho dolor al pensar cómo te habrías sentido para to-

mar esa determinación: derrotado, impotente, solo, sin aliento ni esperanza, alcanzado por el fantasma que te había perseguido y del que habías estado huyendo por varios años. Duda, ante la tentación de sentirme culpable por estar viva, por no haber hecho algo más por ti, por no haber sido capaz de acogerte como tú lo deseabas. Duda de si fue mi respuesta sobre cómo te veía lo que te empujó a tomar esa decisión. Alivio de saber que habías pasado a otro plano y ya no íbamos a tener que vivir tú el calvario del deterioro por la enfermedad, y yo el de verte empeorar día con día.

Quizá cumpliste con tu cometido en la Tierra, quizá algún día lo pueda comprender. No abandono mi empeño en identificar cabalmente cuál fue mi tarea y cuál fue mi aprendizaje contigo.

Quizás ahora estés mejor, quizá regresaste a tu mundo angélico, al que verdaderamente pertenecías. Sé que andas por ahí, sonriente y travieso, no lejos de aquí, bien acompañado y echando un vistazo a quienes caminaremos un tiempo más en este plano.

MARÍA DE LOS ÁNGELES GUADALUPE

Queda la pregunta de cómo me ha afectado a mí toda esta experiencia.

Tuve noticia de ese padecimiento cuando hospitalizaron a mi madre, a mis cinco años de edad. Entonces no entendía de qué se trataba, sólo que nuestra madre ya no podía vivir con nosotros. Unos cuatro años más tarde ya percibí por mí misma los efectos que se manifestaban en ella.

Movimientos corporales descontrolados, no armónicos, irregulares, constantes. Caminar incierto, lento, inseguro, zigzagueante. De repente brinca un brazo, al rato todo el tronco se inclina desmesuradamente sin razón, más tarde una pierna se desdobra sin motivo o el cuello se estira hacia un lado, en medio de una conversación, sin sentido alguno. La persona nunca está quieta, ni cuando duerme. No es un temblor continuo, es otra cosa.

Así vi a mi madre, desde que yo tenía nueve años hasta los doce, en que ella murió. Vi y sentí su deterioro. Muy pronto tuve que enfrentar un entorno, si no hostil, sí al que había que convencer de que a pesar de todo yo era alguien normal, que no iba a cometer improperios ni a actuar inadecuadamente; tuve que observar con mucho detenimiento las normas establecidas para procurar, cuidadosa y minuciosamente, no infringirlas, a fin de ser considerada inofensiva e igual a las demás niñas.

Dentro del círculo de los afectos, tuve que hacer algo similar, pero más profundo: necesitaba asegurarme de que me quisieran, aunque fuera un poco, la abuela, las tías, las Martínez Parente y la serie de adultos que las rodeaban, como los tíos y los primos o sus parientes. Así que me habitué a temer el rechazo, por un lado, y a procurar complacer a los demás, por el otro, en busca de compensación a mis carencias básicas. Aprendí a vivirme como un ser carente.

Vivía esperando el regaño en cualquier momento y sin que estuviera segura del motivo; me caía el peso de la censura y la desaprobación en casa de la abuela, o la condena a mi futura locura en castigo a mi rebeldía, con las Martínez Parente. Por eso aprendí a refugiarme en el encierro, en caso necesario.

En medio de esta situación tan opresiva, había alegrías: fiestas y kermeses escolares, clases de baile, identificación con maestras, amigas queridas, caminatas por los parques, bicicletas y patines, primeros coqueteos con niños y no tan niños, exaltación místico-religiosa, propiciada por la educación monjil escolar y reforzada por la presión de las Martínez Parente.

En cuanto a lo que yo sentía internamente, es más difícil de identificar y de explicar. Ver a mi madre quebrantada, sometida, y percibir al mismo tiempo su lucha, su rebeldía, me metía a mí en una marea de confusión: me producía una sensación de orfandad —pues no contaba con una madre entera que pudiera darme el apoyo, el cariño, los cuidados e incluso los regaños esperados— y al mismo tiempo despertaba en mí un frenético deseo de protegerla, de cuidarla yo

a ella, de evitarle sufrimiento.

Presenciar su deterioro paulatino, su pérdida de capacidades y por lo tanto de integridad como ser humano —pues era cada vez menos respetada— fue para mí sentir cómo iba carcomiéndose una parte de mi alma, de mi corazón, de mis entrañas. Por eso con su muerte hubo un descanso.

Pronto nos reintegramos como una familia cuasi normal: quizá lograríamos un equilibrio socioemocional, por llamarlo así. Normal en apariencia, porque desde un lugar subterráneo iban emergiendo algunas preocupaciones. Por ejemplo, ¿quiero casarme?, ¿quiero tener hijos?

La mente es insondable, tiene sus recovecos, sus vericuetos.

Tendría yo diecisiete o dieciocho años, cuando el hijo de una tradicional familia amiga de la mía, me buscó para salir; después de varios encuentros me surgió el impulso de aclarar con él algo vital: él sabía perfectamente de la enfermedad de nuestra madre (me atreví a mencionarlo porque ante él era inocultable), yo no me sentía capaz de formar una familia, pues no sabía si heredaría dicho mal, tampoco quería comprometer a ningún esposo a cuidar de una mujer enferma y mucho menos a castigar a ningún hijo con una madre deficiente, así que le pedí que no nos volviéramos a ver. Mi perorata fue motivada por no tener manera de disimular mis antecedentes ante él, que bien los conocía. Su respuesta fue de lo más solícita, me ofrecía investigar juntos los detalles sobre la enfermedad de mi madre, le parecía precipitado que interrumpiéramos nuestras citas, tomó tal actitud solidaria y protectora que me hizo dudar por un momento, pero me mantuve firme y corté de cuajo ese inicio de relación. No me permití siquiera enamorarme de Germán. Sin él saberlo ni yo tampoco, en ese momento firmé mi sentencia de soledad y de renuncia a la maternidad, una especie de compromiso inquebrantable conmigo misma, con duración hasta el presente.

Sin embargo, después me olvidé de tal sentencia y tuve pretendientes, un novio formal y más tarde parejas con mayor o menor

grado de compromiso. En un primer momento adopté como ideal ser una femme fatale, no en un sentido cruel hacia los hombres, sino más bien pensando en que yo pudiera sentirme halagada, re-querida, pero no demasiado comprometida. No me sentía especialmente atractiva, pero sí pude percibir algún éxito, al grado de que por una temporada pude darme a la francachela. Al mismo tiempo, cultivaba la esperanza de formar una pareja duradera y me lamentaba por no lograrlo.

Después de muchos intentos, de malas elecciones y de quejas de mi parte; de reiterados análisis de mi personalidad para encontrar el o los defectos que explicaran mi falta de éxito, me di cuenta de que era imposible que algo resultara positivamente si yo no levantaba el castigo, es decir, aquel compromiso conmigo misma que hice

en mi primera juventud y que acto seguido olvidé. Descubrí hasta hace relativamente poco tiempo que yo misma había condicionado la imposibilidad de formar una familia, de procurarme una compañía y de proyectar un futuro.

Éste es un aspecto central, nodal, de las consecuencias que produjo la enfermedad materna en mí, pero hay muchas otras sutilezas también importantes.

La preocupación, la duda, la sospecha de llegar a adquirir la enfermedad, apareció más o menos en esa edad —los diecisiete o dieciocho—, cuando empecé a pensar en la posibilidad de hijos y matrimonio. En ese momento se desató una inquietante y continua tormenta soterrada. Por un lado, mi padre aseguraba que no había peligro, pero por otro, la sospecha permanecía. Era mejor vivir cada día como si no hubiera amenaza alguna, pero muy en el fondo de mí ser había una certeza: la posibilidad de enfermar, al grado de que, alrededor de mis veinte años, preví un posible suicidio, llegado el caso. Así que aprendí a manejarme simultáneamente en dos planos, bajo dos premisas: si me enfermo ¿qué haría?, y si no me enfermo ¿cuáles son mis planes?

La entrevista con Ramón de la Fuente, en lugar de ayudar, despertó más sospechas y agregó rabia y desconfianza por el trato despectivo que nos dio.

Después de esas primeras inquietudes y sospechas, me arrojé a la vida lo más intensamente que pude: el estudio, el trabajo, el descubrimiento de la literatura, el teatro, el cine, la danza, los viajes, la vida política, el bajo mundo, la solidaridad, las amistades, los amores. Yo buscaba placer, intensidad, en compensación de la austeridad cristiana y de las restricciones convencionales correspondientes a mi clase y condición, quizá como cobro anticipado an-

te un posible corto o deteriorado futuro. Nunca pude dejar atrás el sentido de responsabilidad, del deber, ni pude sustraerme del imperio de la racionalidad absorbidos de mi padre. Más bien, quizá de él aprendí a hacer convivir la seriedad y la formalidad con la diversión y el disfrute.

Sin embargo, algunas señales empezaban a aparecer, pero no las queríamos ver. Los primeros síntomas, el protoaviso de que algo pasaba, se presentaron en Vicente, cuando después de ser alumno brillante y promotor cultural verdaderamente exitoso, no quiso hacer tesis ni trabajar. Después Gloria, con sus peculiaridades de siempre, de llegar tarde a todas partes y de arreglarse un poco de más, empezó a ser todavía más extravagante, a exagerar sus ademanes y a mostrar signos de irresponsabilidad, o a mover sin parar una pierna durante toda una función de cine. Y Beatriz también, entre su beligerancia revolucionaria y su necesidad de cambio, adoptaba actitudes exageradas, desproporcionadas, y empezaba a mostrar algunos movimientos corporales fuera de lugar. Nada de eso se decía, lo pensábamos pero lo ocultábamos, no había manera de armarnos de valor para expresarlo abiertamente. Yo sentía que decir lo se ría faltarles al respeto, condenarlos mentalmente a una condición que quizá no fuera real; me parecía que era más sano no propiciar una sugestión grupal, algo así como hacerse guajes.

Aunque después de todo, ¿de qué habría servido reconocer y aceptar la presencia de la enfermedad? No hubiéramos podido detenerla, tampoco teníamos la preparación interna suficiente como para asimilarla y adoptar una línea de conducta apropiada. Así que vivimos en un limbo sospechoso durante algunos años, pensemos en unos diez, quizás entre 1975 y 1985.

Yo era una de las primeras interesadas en no querer ver: entre menos me atreviera a aceptar la realidad, quizá menos me llegaría a afectar, no sólo respecto a sus repercusiones en los demás, sino muy particularmente respecto a sus repercusiones en mí misma. Era difícil aceptar la enfermedad en mis hermanos, no sólo por lo que implicaba asimilar una pérdida relativa al principio, y total a corto o

mediano plazos, de cada uno de ellos, sino también porque significaba la presencia, confiada cada vez más fehacientemente, de la posibilidad de que yo misma cayera atrapada por ese mal.

El fantasma de la enfermedad nos perseguía siempre y en todo lugar. Había que esforzarse para hacerlo a un lado y continuar con la vida: pensar en un desarrollo profesional, material, afectivo, emocional. Disfruté a rabiar de la vida durante esa temporada, pero simultáneamente cargaba con aquel fardo.

Llegó el momento, después de la muerte de mi padre y de la de Beatriz, en que ya no fue posible seguir negando la realidad: se diagnosticó la enfermedad en Gloria; el neurólogo me mandó llamar a su consultorio para darme la noticia oficialmente.

Nuevamente me topé con cierta torpeza médica: ese neurólogo me quiso consolar, tranquilizar, engañar. Me parecía poco creíble que un especialista de mayor conocimiento que un profesor de secundaria confundiera de tal manera las elementales normas de la genética. A partir de ahí desconfié de los doctores: De la Fuente ya nos había dicho algo poco científico, este neurólogo también.

Sin embargo, no tuve escapatoria. Desde entonces debí conectarme con mi capacidad natural de organización, apoyo y ayuda, que entonces compartí con Arturo.

Así, en 1986, sintiéndome paciente y familiar de paciente al mismo tiempo, acudimos al Instituto Nacional de Neurología, donde nos esperaban desde hacía tiempo, pues ya habían examinado a Vicente y le habían pedido la presencia de su familia. Ahí llegamos todos, menos Beatriz y nuestro padre, que ya habían muerto. Nos explicaron las características de la enfermedad de Huntington, entre ellas que era incurable y que era necesario ampliar su estudio para encontrar posibles métodos curativos, hasta entonces inexistentes. Por ello, continuaba la explicación, sería de gran ayuda nuestra colaboración; se trataba de dejar que practicasen en nosotros una serie de estudios a fin de obtener datos útiles para la investigación. Después de unos minutos de deliberación entre nosotros —que implicaron la asimi-

lación de que no teníamos remedio, pero que podíamos aportar algo para futuros enfermos—, decidimos aceptar la propuesta. Nos hicieron estudios psicológicos y de laboratorio.

No es tan fácil sentirse conejillo de Indias, en especial cuando el diagnóstico puede ser desfavorable, a sabiendas de que no hay curación posible. En ese tiempo todavía no se podía detectar la presencia del gen afectado que produce la enfermedad a partir de análisis de sangre; sólo se podía diagnosticar por observación de los signos externos y por exámenes psicológicos que midieran alguna disfunción en las capacidades intelectuales. Visto desde afuera, es lastimoso, despierta compasión el grado de valentía que requería someterse a tales pruebas: surge un impulso irracional de demostrar que uno está sano, que no está afectado, pero por lo mismo, por ejemplo, las pruebas sobre la capacidad de memoria, en mi caso, resultaron peor que en condiciones normales, ya de por sí poco exitosas. Un miedo aterrador y paralizante estaba presente como una gran sombra sobre nosotros.

Este pequeño acto, que nos tomó varias sesiones, abrió para mí una dimensión redentora —seguramente adoptada por mi educación religiosa—: ayudar a otros de alguna manera, en medio de nuestra propia tragedia. Pero en honor a la verdad —y me da gusto tener la oportunidad de decirlo—, he de reconocer que no me fue suficiente, que esa retribución al ego, a una autoimagen falsa, no compensaron el miedo y la angustia galopantes que traía a cuestas.

Ahí conocí a la doctora Alonso, la genetista que dirigía la investigación sobre Huntington, quien tenía una actitud más humana y paciente en comparación con los neurólogos que habíamos consultado. Ellos hablaban rápido, escuchaban poco y recetaban calmantes apresuradamente, como una compulsión por acallar la voz del enfermo incurable, como un remedio para su propia tranquilidad, no para la del paciente. Aquella doctora, con toda su paciencia, no podía contener nuestros temores e inquietudes; ella no era psicoterapeuta, por lo que nos condujo a la especialista de ese mismo

instituto, quien nos atendió a cada uno en forma individual.

Al poco tiempo esta psicóloga nos sugirió un tratamiento familiar, en grupo, para que aprendiéramos a manejar nuestras angustias y prepararnos para convivir con los efectos de la enfermedad. Nos llevó con otra psicóloga, especializada en atender a familiares y pacientes de enfermedades terminales. Las sesiones eran muy difíciles, había que decirnos unos a otros qué sentíamos al ver al otro enfermo o sano, según fuera el caso; o qué esperábamos del otro y el otro contestar qué podía o no dar; también había que decirle(s) o escuchar lo que nos decían, sobre qué nos hacía enojar de los demás, uno por uno. ¡Vaya que si fue penoso! No acostumbrábamos hablar tan crudamente; procurábamos decirnos la verdad, pero nunca tan abiertamente, sobre todo si suponíamos que podíamos lastimar al otro. No recuerdo específicamente qué nos dijimos, sólo recuerdo que nos causaba un dolor y un sufrimiento muy intensos y profundos. No aguantamos: después de la segunda sesión faltaron Vicente y Raúl, y Gloria iba poco convencida, así que el tratamiento no prosperó. Me sirvió para darme cuenta de cuántos sentimientos dolorosos nos agobiaban y que teníamos una gran dificultad para expresar los; a mí me era especialmente difícil decirles a los enfermos cómo me sentía respecto a ellos. Justamente Gloria y Vicente —los declarados enfermos— eran quienes menos manifestaban lo que pensaban en realidad: me parecía que era un tanto violento obligarlos a hablar ahora que se encontraban en una posición de debilidad; si además siempre habían sido herméticos, no tenían ningún entrenamiento para ponerse en contacto con sus sentimientos y expresarlos.

Yo me sentía afortunada por no estar enferma —aunque bajo amenaza constante— y a la vez culpable por sentirme afortunada. Al mismo tiempo me sentía obligada a apoyar y a cuidar de mis hermanos, porque me nacía naturalmente, pero también en compensación por tener salud; yo tenía que hacer algo por ellos para hacerles menos difícil la vida y para de alguna manera pagar “mi cuota” en agradecimiento por conservarme sana. Sin embargo, por momentos

y con cierta frecuencia, tenía un fuerte deseo de irme lejos —a otro país, a otra ciudad—, de olvidarme de todo y no volver jamás.

Quizás eso se reflejaba en ocasiones, pues notaba cierta desaprobación de parte de los amigos de cada uno. De las amigas de Gloria, unas eran muy atentas y cordiales conmigo, pero otras simplemente parecía que preferían no verme; los amigos de Vicente, también: cuando llegábamos a hablar por teléfono para resolver algún asunto, yo sentía un dejo de reclamo hacia mí; los de Raúl, con quienes sí tuve más trato en la última etapa, eran más dispuestos y colaboradores, pero varias veces ejercieron presión sobre mí para que yo hiciera algo determinado, según su criterio, en beneficio de Raúl; incluso llegamos a discutir y terminé diciéndoles que les daba permiso a ellos de actuar. Lo que yo imaginaba era que todos ellos me reprochaban que no me trajera a vivir conmigo a mis hermanos, que no los atendía lo suficientemente, que me exigían calladamente que yo hiciera más por ellos.

Lo que no sabían —y aunque lo supieran, no cambiaban de actitud—, era que yo había decidido mantener un margen de seguridad para conservar la ecuanimidad. A tiempo, y gracias a los consejos de Blanca Buenfi, me di cuenta de que no serviría estar demasiado cerca de ellos si corría el riesgo de desequilibrarme pronto; tenía que proteger mi espacio físico y mental a fin de conservar la fuerza y la entereza necesarias para responder a las necesidades de mis hermanos, en la medida de mis posibilidades y, efectivamente, a veces mis posibilidades no eran muchas. Me doy cuenta de que simultánea y cotidianamente libraba una batalla contra un sentido de culpa, pues fuimos educados para ser caritativos y pensar en los demás antes que en nosotros mismos, y quizás esa animadversión de los amigos no haya sido más que proyección de mi propio sentimiento de culpa; quizá yo tomaba una actitud defensiva a priori. Tenía que repetirme una y otra vez que tenía derecho al descanso, a entablar y cultivar relaciones amistosas y amorosas, a progresar y ser responsable en mi trabajo, a tomar clases de danza, a recibir

atención médica y psicológica. Era una batalla constante.

Por otro lado, el simple hecho de ver a mis hermanos implicaba una violenta confrontación con la contundencia de su empeoramiento paulatino y muerte cercana, pero sobre todo con la posibilidad de que a mí me llegara en cualquier momento. Muchas veces después de visitarlos me observaba a mí misma durante varios días para verificar si había ya la presencia de alguno de los síntomas.

Pero además, todo el tiempo oculté mi vida familiar en los medios escolar, laboral y social. Casi ninguno de mis amigos o amigas sabía de la afección de mi madre y de mi situación durante la infancia, y si alguna vez llegaba a mencionarlo, nunca más lo volvía a hacer. Aprendí a vivir en forma compartimentada, como decían los revolucionarios. Me parecía natural. Empecé a darme cuenta cuando, después de varios años de terapia, tenía que tomar ciertos tiempos para atender alguna necesidad de mis hermanos y llegué a decir algo de lo que pasaba; varias amigas se sorprendieron de apenas enterarse de algo tan importante para mí, después de diez o más años de conocerlos. E incluso ahora, no es un tema recurrente en mis conversaciones, sólo en los espacios terapéuticos.

En cuanto a los estudios en Neurología, se trataba de hacernos mediciones periódicas para llevar un registro de nuestra situación como familia; pero cuando Arturo se fue a San Francisco; la doctora Alonso me dijo que la información del grupo ya no sería útil si él faltaba, así que me agradeció y cerramos el asunto. Sin embargo, me mantuve en contacto con ella.

Algunos años después, en 1994, cuando ya habían muerto Arturo, Gloria y Vicente, y Raúl estaba fuera del país, la doctora Alonso me propuso participar en la formación de una Asociación Mexicana de la Enfermedad de Huntington, con el fin de recibir e intercambiar información sobre los avances de la investigación en este campo, acerca de los cuidados apropiados para los pacientes, así como idear y realizar formas de ayuda mutua. Acepté en principio, con el gusto de ser de utilidad y de satisfacer esa inquietud de cultivar el espíritu

altruista. Pensé que una vez liberada de tantas preocupaciones, tendría la energía suficiente para dar algo a cambio de lo mucho que había recibido. Asistí a varias reuniones, incluso a la constitución formal del nuevo organismo, en calidad de secretaria del Consejo de Administración. La señora Gallardo era ejemplar, era una señora mayor, norteamericana, cuyo esposo había muerto de Huntington y tenía un hijo afectado y otros sanos; ella ocupó el cargo de presidenta y era la que más se movilizaba; su vida no era fácil, pero aun así dedicaba mucho tiempo a la asociación. Después de pocos meses me di cuenta de que no me sentía capaz de mantenerme cerca de esa problemática, me sentía debilitada, no generaba los impulsos necesarios para proponer y realizar actividades, mi actitud era francamente pasiva. Incluso me hablaron de la conveniencia de traducir un libro informativo y me apunté para hacerlo, pero a las dos o tres páginas me atoré, me surgió un rechazo y una cerrazón tales que no pude continuar. De manera que tomé la decisión de separarme, pues de otro modo me convertiría en estorbo, en lugar de ayuda. Pude ver claramente, con tristeza y con vergüenza, cómo mis aspiraciones de generosidad provienen más de una fantasía narcisista que de un auténtico deseo de dar y compartir.

De acuerdo con ese folleto, la enfermedad se presenta en adultos, entre los treinta y los cincuenta años de edad, pero en cada caso es diferente; por lo general existe un patrón familiar. El nuestro fue de aparición en la segunda mitad de los años treinta y nadie vivió más allá de los cuarenta y cinco años. Así que cuando cumplí cuarenta y seis decreté que me había librado de la herencia mortal, que ya podía planear un futuro, expandirme, expresarme libremente, relajarme, aminorar la rigidez que tanto me sirvió en otros tiempos para sostenerme en pie. Sin embargo, tantos años de condicionamiento no se eliminan fácilmente.

Aunque no mantengo relación con los familiares de mi madre, no he tenido noticia de ningún miembro afectado por la enfermedad. Es posible que las leyes elementales de la genética no sean tan absolutas;

recientemente supe de la existencia de los genes recesivos, los cuales hacen aparecer rasgos genéticos no existentes en las generaciones anteriores. No he llegado a comprender cabalmente este fenómeno, que parece justificar la aparición espontánea.

Ahora, con el paso del tiempo, tengo la posibilidad de aprender las lecciones que en su momento no pude ver: el que se porta como príncipe o como reina, recibe trato de príncipe o de reina; si yo no lo hice, fue porque no me sentía así. He podido aprender a aprender. Eso es lo que ahora les quiero decir a ellos y a mí.

Todavía me encuentro en el proceso de asimilación. Ser sobreviviente me lleva a tomar varias aristas: la alegre y agradecida, por saberme viva y saludable; la responsable, por valorar tanto la vida que no se puede ser irresponsable con ella; la triste, por sentir la ausencia de los que se han ido; la castigada, por sentirme inmerecedora de los beneficios recibidos, al grado de tener dificultad para recibir, para disfrutar, para aceptar el éxito, para ocupar plenamente mi lugar; la exigente, por esperar tanto de mí, en compensación, que pocas veces lleno mis propias expectativas. Voy identificando y tratando de desmontar mis autoboicots y mis tendencias mecánicas de fabricarme sufrimiento: cuesta mucho trabajo desprenderse de actitudes de sufrimiento, no porque sean placenteras, sino porque son las más conocidas.

Me doy cuenta de que esta historia personal, que parece extraordinaria y excesivamente trágica, no refleja, ni con mucho, una situación extrema.

Bastó una visita a la señora Gallardo, la presidenta de la Asociación Mexicana de la Enfermedad de Huntington, para recordarme que no soy única en estos pesares. Es más, que hay quienes tienen mayores motivos de dolor: ella misma, ahora, ya no tiene sólo un hijo enfermo, sino varios, cada uno con descendencia a su vez.

Los hijos cuentan con sus respectivos cónyuges y más o menos con medios para sostenerse. Ella, ya bastante mayor, se conserva fuerte y con energía y entusiasmo suficientes para continuar con su labor. A pesar de la pena que le causa su propio caso, sigue al frente de la agrupación, sin recibir un sólo centavo por ello, infundiendo confianza y consuelo a los demás, batallando día a día con gestiones de todo tipo para lograr algo de ayuda a los más necesitados.

Porque también debemos recordar que, como ella me hizo saber, hay personas todavía menos afortunadas, quienes no sólo tienen varios enfermos en casa, sino que, además, carecen de lo más indispensable: familias de siete miembros que viven hacinados en una sola habitación, de los cuales cuatro o cinco están enfermos, y los sanos tienen que salir a trabajar sin contar con nadie que cuide de los que permanecen en casa. No hay comida suficiente, no hay higiene, no hay tiempo para el acercamiento afectivo, y menos aún información sobre lo que les está sucediendo.

No pretendo con mi testimonio llamar la atención sobre mi caso, como si fuera único y especial. Sólo he querido compartir mis vivencias y reflexiones, respondiendo a una necesidad interior de juntar todas las piezas, por primera vez, a fin de continuar con el proceso de investigar quién soy.

Los sueños, ¿mis fantasmas?

Por temporadas sueño mucho, a veces entiendo algo de sus mensajes y otras veces me parecen incomprensibles.

He tenido tantos y tantos sueños repetidos, en mil versiones, sobre mi casa, con mi familia, y muchas veces mezclados o confundidos con mi lugar de trabajo. No reflejan otra cosa que mi mundo interior, mis preocupaciones principales o mis temas centrales siempre presentes: mi familia nuclear, identificable ahora con la muerte y la nostalgia de la vida que no fue, y mi medio de sustento material, mi parámetro

básico de autoestima, mi eje estructurador por excelencia: el trabajo, identificable con la vida, la dignidad y la posibilidad de futuro.

Esos sueños reiterados no son otra cosa que manifestación de la lucha constante entre la vida y la muerte. Sueños que hablan de cómo ambos polos interactúan entre sí: unas veces uno irrumpe en el otro y viceversa.

Casi siempre sueño que la familia se acaba de cambiar a una nueva casa y estamos en el proceso de distribuir el espacio para cada quién, de acomodar las cosas personales y las cosas comunes. Ni más ni menos: la necesidad de delimitar mi lugar, de afirmar que, con todo cariño, cada uno de nosotros es una entidad diferente: y yo no soy ellos, no tengo el mismo destino.

Esa misma serie de sueños, que datan de hace ya muchos años, han incluido escenas en las que yo hacía el amor dentro de la casa familiar, clandestinamente, con un indeterminado compañero. Desde esta interpretación, queda claro que significan un grito de vida dentro del espacio de muerte.

Sorprendentemente, todavía hace algunos días soñé que veía a Beatriz y me recriminaba a mí misma cómo era posible haber olvidado que le podía hablar por teléfono para hacer planes los domingos. Como si fuera causa de mi olvido un cierto sentido de soledad. Y algo parecido he soñado con frecuencia respecto de Arturo: lo encuentro y lo abrazo con tal entusiasmo y cariño, de manera tan vívida, que me asombra mi olvido de que estaba vivo, de haber supuesto su muerte.

Mucho me he preguntado, al hacer este recuento, al recapitular las experiencias relacionadas con la vida familiar, qué sentido tiene, para qué o por qué me tocó este destino, qué es lo que tengo que aprender de todo ello. Creo que todo tiene una explicación, pero ¿cuál es en este caso?

Quizá sea inútil u ocioso tratar de encontrar causas o destinos, tratar de derivar cuál es mi misión en esta vida a partir de la historia familiar; quizá sea más sano hacer un cierre equilibrado a través de un minucioso recorrido de los pasajes más significativos y despedirme amorosamente de cada uno de los miembros de mi familia para iniciar una nueva etapa en forma independiente. Quiero decir independiente afectivamente de mis orígenes, reconociendo y agradeciendo lo que de ellos hay en mí, pero evitando responsabilizarlos de lo que a mí me corresponde resolver.

A pesar de todo me siento afortunada. Nací en un medio en el que me fue posible acceder a la educación universitaria, tener trabajo y ser autosuficiente económicamente, explorar actividades diversas que me permiten un muy saludable margen de búsqueda; he recibido apoyo y cariño de los amigos, reconocimiento y espacios terapéuticos que me han contenido por más de catorce años.

Cuando veo hacia atrás, cuando veo las expresiones de dolor, compasión y hasta de horror en quienes conocen esta historia, siento como si estuviera refiriéndome a otra persona, no a mí misma.

Pero vuelve la pregunta: ¿qué me toca hacer en la vida?, ¿por qué y para qué tuve que pasar por todo esto? He aprendido a aceptar la muerte, a considerarla como un tránsito entre dos formas de vida; sólo de esta manera he podido asimilar la idea de la muerte, y eso, relativamente. Visualizar la existencia humana como una de muchas formas de existencia del espíritu, del devenir universal, de la transformación de la energía, ha sido todo un aprendizaje para mí. Desde esta perspectiva he podido contestarme algunas interrogantes y adquirir un grado de consuelo y confianza que ninguna otra explicación me ha proporcionado.

Después de años de indagar, de muchos esfuerzos por encontrar una gran respuesta, he concluido que a mí me corresponde una modesta tarea: formar parte de la multitud de seres que aportan una chispa de energía para mantener la fe, la confianza, el amor

y el entusiasmo en este mundo a fin de evitar que prevalezcan el miedo, la angustia, la violencia y la destrucción. Aunque sea como las esporas, en espera de tiempos mejores.

También he aprendido que sobrevivir no es un mérito ni un castigo, es simplemente una condición. Cada persona nace con un paquete determinado: condiciones materiales, familiares, físicas, intelectuales, emocionales; a cada uno nos corresponde hacernos de herramientas y desarrollar nuestras capacidades. Lo que logremos en esta vida no es culpa ni mérito de nadie más, es sólo responsabilidad propia. No vale quejarse y menos aún justificarse en función de circunstancias adversas. Es como un juego, aunque serio: a ver qué tan lejos llegas con las condiciones que te tocan. El reto es qué tanto amor despliego, qué tanta comprensión y armonía genero, qué tanta paz interior alcanzo, qué tanta alegría siento y prodigo, qué tanto me comunico con los demás, qué tanta generosidad y desprendimiento desarrollo... Y no todos somos iguales, unos pueden más que otros, independientemente de sus condiciones, pero por fortuna esto no es una competencia.

La tumba

Como sobreviviente, me ha correspondido sepultar a cada uno de mis seres más queridos. El primer entierro fue el de Beatriz: después de incinerarla decidimos exhumar y reinhumar los restos de nuestra madre. Nuestro padre tenía la escritura de propiedad a perpetuidad de esa tumba en el Panteón Español —que nunca habíamos visitado—, pero además Beatriz había pedido reunirse con su madre. Ese ritual fue en cierto sentido macabro, pues presenciamos la exhumación; estábamos todos presentes menos nuestro padre. Nos sentíamos aturdidos, incrédulos, protegiéndonos del sufrimiento, y con dificultad para entender la relación entre esos objetos tan materiales e insignificantes —la fosa, el féretro, la bolsa de plástico negro con

huesos en su interior— con la idea que cada quien conservaba de nuestra madre, fuera una idea remota o cercana; con difi cultad para identificar emociones tan complejas y mezcladas como el sen-timiento de orfandad, la tristeza, la confrontación con la muerte de esa manera tan cruda y pedestre. Un pequeño consuelo nos quedó: Beatriz descansaría donde ella había pedido, sus cenizas se reunían con los restos maternos; tomábamos posesión de esa tumba que sentíamos nuestra.

No sabíamos que seis meses después volveríamos a ella a depositar a nuestro padre, quien no fue incinerado. Y así, uno a uno fueron llegando los demás, todos bajo la forma de cenizas en pequeñas urnas que llevábamos en las manos: Arturo, Gloria, Vicente y Raúl, en un lapso de cinco años. En cada caso se realizó una sencilla maniobra, sin ceremonias, a la que me acompañaron unas veces mis primas y otras José Luis.

Volví a ella hasta hace poco. No aprendimos a cultivar las visitas al panteón, como se acostumbra en otras familias. Sin embargo, hace unos meses pensé que sería bueno darme una vuelta para saber en qué condiciones se encontraba y hacerle los arreglos que fueran necesarios. Es simplemente un túmulo con una lápida, una cruz y un macetón a los pies; en la lápida están inscritos los siete nombres, cada uno con sus fechas de nacimiento y muerte. Tal parece que ya no cabe un nombre más.

En realidad, me hacía falta acercarme nuevamente al símbolo material de la existencia de mis muertos, en señal de saludo, reconoci-miento y despedida, como lo estoy haciendo con este escrito.

Finalizo este recuento con una sensación de reconciliación, de ple-

nitid y de confianza

Bajo al mercado dominguero que se pone a las puertas de mi casa, para comprar frutas, verduras y flores, con una sonrisa involuntaria en mi rostro, de la cual tomo conciencia por las miradas cordiales y los saludos espontáneos de personas desconocidas.

¡Bienvenida sea la vida!

Gracias

Generalmente se escribe: “Este libro no se hubiera podido terminar sin la ayuda de ...”, pero yo diría en primer lugar: “No habría podido vivir esta historia, y no habría podido salir entera, sin la valiosa ayuda de ...”

Sí, sería una historia parcial si no mencionara cuando menos —ya que el detalle de cada situación será narrado en escritos posteriores—, la comprensión, la compañía y el sostén de los amigos que a lo largo de este periplo estuvieron a mi lado. Muchos, que con su silencio discreto, con el ánimo de no importunar, decidieron respetar mi reserva sin irrumpir en mi intimidad, aun cuando se daban cuenta de los tormentos que me aquejaban, atentos a cualquier señal para acudir en mi ayuda. A falta de respuesta, quizá se han quedado con la impresión de que su buena disposición me fue imperceptible; pero no, ahora les digo que recibí el mensaje y me doy cuenta de que su actitud me hizo saber que contaba con apoyo, que no estaba sola.

Pero he recibido mucho más: no puedo olvidar a los amigos que han tenido la paciencia de escucharme en momentos álgidos, cuando he necesitado descargar mis angustias, con toda la pesadez y la necesidad que caracterizan a quienes están desesperados, y además de escuchar, me han dado consuelo y sabios consejos. Más aún, gracias a su generosidad, nunca estuve sola en diligencias ingratas y engorrosas. Algunos de ellos no dudaron en asumir responsabilidades que en realidad eran mías, sin aludir a ello en ningún momento

posterior. Y lo mejor de todo: mis amigos me han ayudado a mantenerme en contacto con la alegría de vivir, con los placeres mundanos y con los superiores. Todos ellos han ido constituyendo mi nueva familia.

Estoy segura de que no habría podido salir avante sin el acompañamiento cálido y profesional de Marisol, de Veronique y del Instituto Río Abierto, con quienes aprendí a adquirir una perspectiva de la vida libre de lamentaciones y dispuesta al aprendizaje para transformar, en lugar de sucumbir.

Y ahora sí, efectivamente, este libro no habría sido escrito sin el estímulo, en primer término, de Ethel Krauze, quien me ayudó a descubrir que este tema tenía que ser narrado. El aliento de mis compañeros de varios talleres de creación literaria —el de Rosa Nissán y el curso de Sandro Cohen—, especialmente de Elsa, Patricia y Virginia, hizo que no cesara en el intento, a pesar de los desencantos y las dispersiones. En la etapa fina, las observaciones al texto de Alicia, Silvia, Carla, Veronique, Benedicte y Solange, me convencieron de que valía la pena darlo a conocer y ayudaron en gran medida a mejorarlo. Me congratulo por tenerlos como amigos, quienes han descubierto para mí la gran aventura y el su-premo placer de la escritura.

Estoy en deuda con todos ellos.

ANEXOS

Cronología

- | | |
|------|--|
| 1944 | Matrimonio de mis padres, él de treinta años y ella de veintiséis. |
| 1947 | Nace Beatriz. |
| 1948 | Nace Gloria. |
| 1950 | Nace Ángeles. |
| 1952 | Nace Vicente, cuando yo tengo dos años. |

- 1954 Nace Arturo. Se declara la enfermedad de mi madre a sus treinta y seis años.
- 1955 Nace Raúl. Mi madre es internada a los treinta y ocho años.
- 1959-1961 Vicente, de siete años, padece del Pequeño mal. Arturo, de cinco años, padece del Pequeño mal.
- 1962 Muere mi madre, de cuarenta y cuatro años. Muere la abuela Eglantina, de ochenta y cuatro años, seis meses después que mi madre.
- 1968 Mi padre es sometido a cirugía para extraerle un coágulo en el cerebro a los cincuenta y cinco años.
- 1974 Mi padre es sometido a operación para colocarle un marcapasos a los sesenta y un años.
- 1982 Mi padre es sometido a intervención quirúrgica para sustituir un tramo de vena a los sesenta y siete años. Beatriz inicia con malestares fuertes a los treinta y cuatro años.
- 1983 Beatriz muere, antes de cumplir treinta y siete años. Mi padre muere, antes de cumplir setenta años, seis meses después que Beatriz
- 1986 Gloria es declarada con enfermedad de Huntington a los treinta y ocho años. Vicente es declarado con enfermedad de Huntigton a los treinta y cuatro años.
- 1989 Arturo comunica que padece SIDA y se va a vivir a San Francisco, California, a los treinta y cinco años.
- 1990 Raúl se siente perseguido y vigilado a los treinta y cinco años.
- 1991 Arturo muere a los treinta y siete años.
- 1994 Muere Gloria a los cuarenta y cinco años.
- 1995 Muere Vicente a los cuarenta y dos años, un mes después que Gloria.
- 1996 Muere Raúl a los cuarenta y un años.
- 1997 Muere José Luis a los cuarenta y un años.

2000-2003 Escribo este relato.

Acerca de la enfermedad de Huntington

¿Qué es la enfermedad de Huntington?

La enfermedad de Huntington (EH) es un padecimiento hereditario, progresivo, del sistema nervioso central. Aunque existe desde hace muchos años, no fue sino hasta 1872 cuando el médico norteamericano George Huntington la describió en detalle, y en su honor después se le llamó corea de Huntington y posteriormente enfermedad de Huntington.

La palabra corea se deriva del griego y quiere decir "danza o baile"; los pacientes con EH tienen movimientos involuntarios que, en ocasiones, los hacen estar en continuo movimiento, como si estuvieran bailando, por esta razón se usó la palabra corea para describirlo.

¿Cuáles son los síntomas de la enfermedad de Huntington?

Son principalmente de tres tipos: a) movimientos involuntarios, b) alteraciones psiquiátricas y c) demencia o pérdida de funciones mentales.

Los movimientos involuntarios en un inicio son leves y pueden pasar inadvertidos.

Se presentan en brazos, piernas, cabeza y tronco, y pueden ir progresando de manera que el paciente está en continuo movimiento.

El paciente presenta también dificultad para tragar y para hablar y su lenguaje llega a ser incomprensible.

Las alteraciones psiquiátricas son muy variadas. El enfermo puede volverse irritable, cualquier cosa le molesta, se enoja con facilidad, o

puede tornarse apático, indiferente, y no interesarse por las cosas que le llamaban la atención, no ocuparse de su aseo personal, ni realizar con eficiencia sus obligaciones, puede estar triste y deprimido, y en ocasiones llegar a tener alucinaciones y decir que “ve cosas”, o que “le hablan y dicen cosas”.

La demencia se manifiesta con una pérdida de capacidades intelectuales; el paciente empieza a perder la memoria, no conoce ya el valor del dinero y tiene problemas para manejarlo, no es capaz de solucionar problemas de la vida diaria, etcétera.

La forma de inicio de la enfermedad es muy variable: algunos pacientes comienzan con los problemas psiquiátricos, otros con movimientos, y otros con problemas de memoria. No todos los pacientes son iguales, algunos tienen muchos movimientos y otros no, algunos tienen gran cantidad de alteraciones de conducta y otros no.

¿A qué edad inicia la enfermedad de Huntington?

Generalmente se presenta entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años; sin embargo, existen formas juveniles que inician antes de los diecinueve años e incluso aparece en niños de cinco años de edad, y hay otros casos en que la enfermedad aparece en forma tardía, a los setenta o más años.

¿Qué frecuencia tiene la enfermedad de Huntington?

La EH se presenta en todas las razas y se ha encontrado en todos los países del mundo.

Se ha calculado que su frecuencia es de 5 a 10 por cada 100 000 personas. En México no se han realizado estudios para determinar su frecuencia, pero sabemos que existe en todo el país, ya que en los diferentes estados de la República se han encontrado casos.

¿Cómo se hereda la enfermedad de Huntington?

La enfermedad de Huntington tiene un patrón de herencia llamado "autosómico dominante": ...a los hijos de las personas con EH se les llama individuos en riesgo y cada uno tiene 50% de posibilidad de haber heredado la enfermedad y 50% de no haberla heredado.

¿Cómo evoluciona la enfermedad de Huntington?

La EH es progresiva, conforme avanza el paciente va empeorando lentamente; en términos generales la enfermedad dura de diez a veinte años; en los casos juveniles progresa más rápidamente y dura de ocho a diez años.

En las etapas finales el paciente está muy deteriorado, no se le entiende lo que habla, está muy delgado, no controla esfínteres, ya no camina o lo hace con mucha dificultad y generalmente fallece por complicaciones de tipo infeccioso, como neumonías.

¿Qué es el diagnóstico predictivo?

Es saber si una persona tiene o no el gen que produce la EH, antes

de que presente los síntomas de la enfermedad.

En una persona en riesgo, es decir, aquella que tiene un padre o una madre con EH se toma una muestra de sangre de la que se extrae el DNA y se estudia el gen de EH, contando el número de cag repetidos; si tiene más de 38 décimos (quiere decir) que tiene el gen que la produce, si tiene menos décimos (quiere decir) que no la tiene.

Tomado de un resumen adaptado y traducido de Toward a Fuller Life. A Guide to Everyday Living With Huntington's Disease, Huntington's Disease Association, elaborado por la Asociación Mexicana de Enfermedad de Huntington, A. C.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

Se terminó de imprimir en marzo de 2005

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por
DEMAC